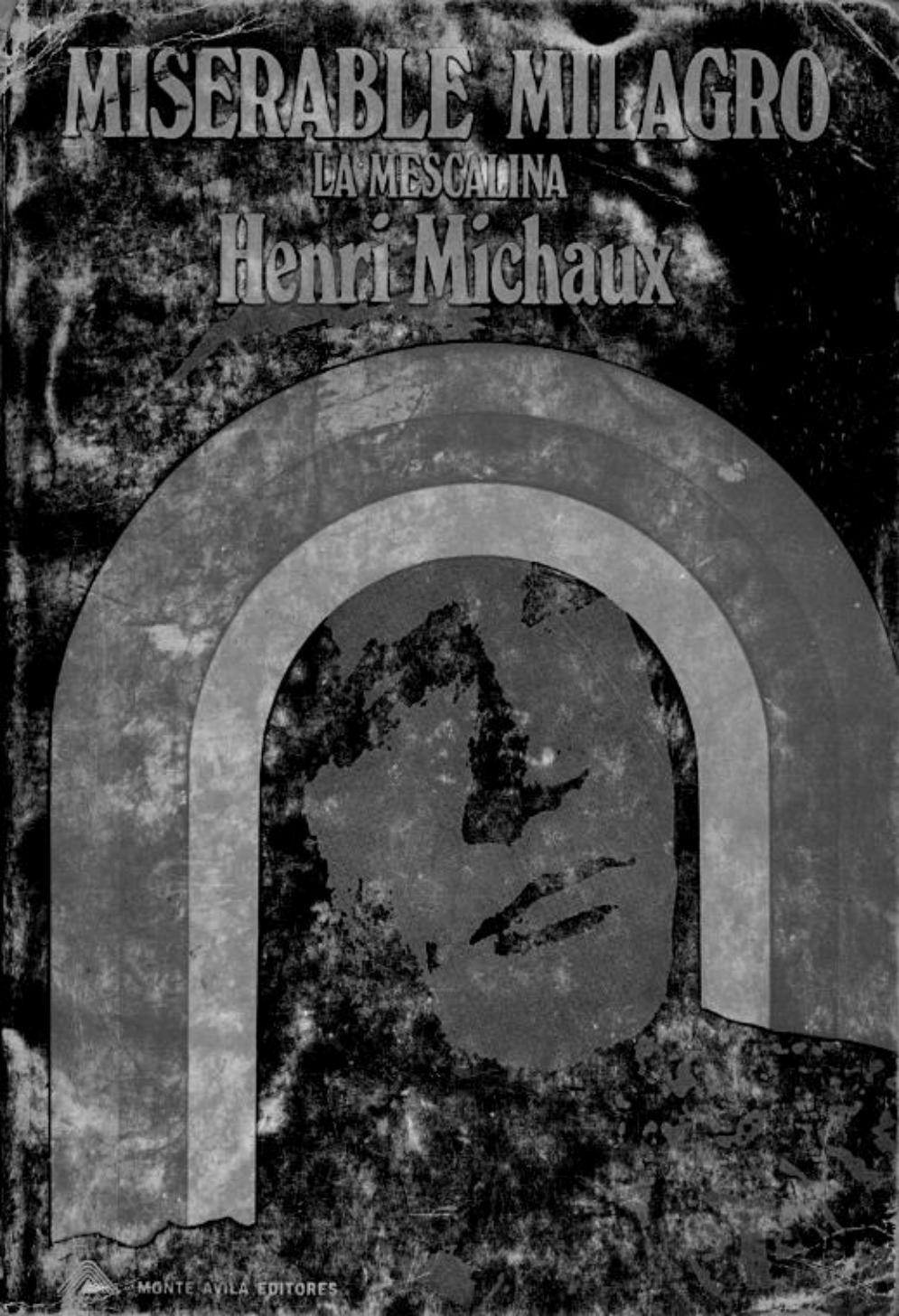
MISERABLE MILAGRO

LA MESCALINA

Henri Michaux



MONTE AVILA EDITORES

COLECCION PRISMA

HENRI MICHAUX

MISERABLE MILAGRO

(La Mescalina)

Con 48 grabados fuera de texto del propio autor

Luis Ruiz.

MONTE AVILA EDITORES C. A.

Título original:
MISÉRABLE MIRACLE
(La Mescaline)

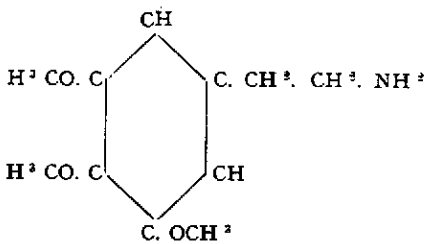
Versión castellana:
JORGE CRUZ

© 1956 by **Editions du Rocher**, Monaco

© para todos los países de habla castellana
1969 by **Monte Avila Editores, C. A.**
Caracas / Venezuela

Portada / Víctor Viano
Impreso en Venezuela por Editorial Arte

. . . y, en suma, uno se encuentra en situación tal que cincuenta onomatopeyas diferentes, simultáneas, contradictorias y cambiantes cada medio segundo, podrían ser su más fiel expresión.


CH
H3 CO. C
C. CH3. CH3. NH2
H3 CO. C
CH
C. OCH3

PREFACIO

ESTO es una exploración. Por medio de las palabras, los signos, los dibujos. La Mescalina es la explorada.

Sólo en las treinta y dos páginas reproducidas aquí, de las ciento cincuenta escritas en plena perturbación interior, aprenderán más los que saben interpretar un texto manuscrito que en cualquier descripción.

En cuanto a los dibujos comenzados inmediatamente después de la tercera experiencia, fueron realizados con un movimiento vibratorio que dura días y días, lo que equivale a decir automático y ciego, pero que precisamente por eso reproduce las visiones, vuelve a pasar por ellas.

Al no poder dar íntegramente el manuscrito, que directamente y a la vez traducía tanto el tema, los ritmos, las formas y los caos como las defensas interiores y sus desgarramientos, se han presentado muchas dificultades frente al muro de la tipografía. Hubo que reescribirlo todo. El texto primordial, más sensible que legible, tan dibujado como escrito, no hubiera podido bastar, de todos modos.

Lanzadas vivamente, por sacudidas, en la página y a través de ella, las frases interrumpidas, de sílabas volantes, deshilachadas, tironeadas, se precipitaban, caían, morían. Sus jirones revivían, volvían a partir, se largaban, estallaban de nuevo. Sus letras acababan en humo o desaparecían en zigzags. Las siguientes, también discontinuas, seguían de igual modo su agitado relato,

como pájaros en pleno drama, a los que una tijera invisible les cortara las alas en vuelo.

A veces se soldaban palabras en el acto. "Martyrissiblement", por ejemplo, volvía una y otra vez y me era imposible librarme de ella. Otra repetía infatigable "¡Krakatoa! ¡Krakatoa!", o una más común como "cristal" volvía veinte veces seguidas, hablándome largamente de otro mundo, y no hubiera logrado aumentarlo en lo más mínimo ni complementarlo con ninguna otra. Ella sola, como un náufrago, en una isla, era todo para mí y el resto y el océano agitado del que acababa de salir y que recordaba irresistiblemente al náufrago que yo era que, como ella, estaba solo y resistiendo en medio de la derrota.

En la inmensa batidora de luces, salpicada de claridades, yo avanzaba ebrio y arrebatado, sin volverme nunca atrás.

¿Cómo decirlo? Hubiera necesitado una manera de expresarme accidentada que no tengo, hecha de sorpresas, de faltas de ilación, de instantáneos golpes de vista, de saltos y de incidencias, un estilo inestable, toboganeante y turbulento.

En este libro, el margen, ocupado más por extractos que por títulos, manifiesta de modo muy insuficiente *los encabalgamientos,* fenómeno siempre presente en la mescalina y sin el cual es como si se hablara de otra cosa. No se han utilizado otros "artificios". Se hubieran necesitado demasiados. Las dificultades insuperables provienen: 1°, de la velocidad inaudita de aparición, transformación, desaparición de las visiones; 2°, de la multiplicidad, de la pululación en cada visión; 3°, de los desarrollos en abanico y en umbelas, por progresiones autónomas, independientes, simultáneas (a modo de siete pantallas); 4°, de su género no emocional; 5°, de su apariencia inepta y, aún más, mecánica: ráfagas de imágenes, ráfagas de "sí" o de "no", ráfagas de movimientos estereotipados.

Yo tampoco me mantenía neutral, de lo cual no trato de justificarme. La mescalina y yo nos hallábamos a menudo más en pugna que de acuerdo. Me sentía sacudido, quebrantado, pero no me apartaba.

El oropel, ése era su espectáculo. Además, bastaba con descubrirme los ojos para no ver nada más de la loca comedia de magia. La inarmónica mescalina, alcaloide extraído del Peyotl, que contiene otros seis, era como un robot. Sólo sabía hacer ciertas cosas.

Sin embargo, me había preparado para admirar. Había ido con confianza. Aquel día removieron mis células, las sacudieron, las zarandearon, las convulsionaron. Las acariciaban, las sometían a violencias. Querían que consintiera en todo. Para que una droga nos complazca es preciso que nos guste someternos a ella. Me sentía empeñado en una tarea demasiado penosa.

Con *mis* terribles sacudidas, *ella* forjaba su espectáculo. Yo era el fuego artificial que desprecia al artífice, aun cuando le prueben que él mismo es el artífice. Me removían, me ponían en apuros. Aturdido, se prolongaba en mí un movimiento browniano, enloquecimiento de la percepción.

Me hallaba distraído, fatigado de estar distraído, con la mirada en ese microscopio. ¿Qué había de sobrenatural allí dentro? Se concedía tan poco al hombre. Uno se sentía más bien aferrado y prisionero en un compartimiento del cerebro.

¿Hay que hablar de placer? Era desagradable.

Pasada la angustia de la primera hora —resultado de la confrontación con el veneno, angustia tal que uno se pregunta si no va a caer desvanecido, como les ocurre a algunos, raros, es verdad—, es posible dejarse llevar por cierta corriente que se parecería a la dicha. ¿Lo creí? No estoy seguro de lo contrario. Sin embargo, a lo largo de esas horas inauditas, hallo, en mi diario, estas palabras, escritas más de cincuenta veces, torpe, difícilmente: *Intolerable, Insoportable.*

Tal es el precio de ese paraíso (!).

II

CON LA MESCALINA

En una habitación oscura después de la ingestión de los 3/4 de una ampolla de 0,1 gr. de Mescalina

CON gran malestar, con angustia, con interior solemnidad. El mundo apartándose a cierta distancia, a una distancia en aumento. Cada palabra tornándose densa, demasiado densa para pronunciarla, palabra llena en sí misma, palabra en un nido, mientras el ruido del fuego de la leña en la chimenea es la única presencia, se hace importante, inquietante y se vuelven extraños sus movimientos... En la espera, en una espera cada minuto más cargada, más expectante, más indecible, más dolorosa de sobrellevar... ¿y hasta dónde se podría sobrellevar?

* * *

estremecimientos estremecimientos tirones

Lejano, parecido al ligero silbido de la brisa en los obenques, anunciador de tempestades, un estremecimiento, un estremecimiento que no se produciría en la carne ni en la piel, un estremecimiento abstracto, un estremecimiento en un taller del cerebro, en una zona en la cual no es posible estremecerse con estremecimientos. ¿Con qué va a estremecerse uno entonces?

* * *

Que puede ocurrir algo que puede ocurrir

Como si hubiera una abertura que sería una reunión, un gentío, que sería que puede ocurrir algo, que pueden ocurrir muchas cosas,

un mundo de cosas. Fenomenal hormigueo de los posibles, que todos quieren ser, se apresuran, son inminentes

que hay una muchedumbre, que hay el mayor hervidero posible, que todas las posibilidades de hormigueos se alcanzan, que la persona que oigo vagamente caminar al lado podría llamar, podría entrar, podría pegar fuego a la casa, podría trepar al techo, podría arrojarse aullando sobre el pavimento del patio. Lo podría todo, cualquier cosa, sin elegir y sin que una de esas acciones tuviera preferencia sobre otra. Pero esto no me conmueve mucho. Es el "podría" lo que cuenta, ese prodigioso acceso de posibilidades que se han vuelto enormes y que siguen multiplicándose.

podría podría podría

(Los sonidos de la radio o del disco, palabra o música, no tienen ningún efecto sobre nosotros. Sólo lo real siembra y produce.)

* * *

Comienzo de las visiones interiores. Cuchillos largos como trayectorias. Cuchillos deslumbradores labran el vacío rápidamente. El mártir de los grandes distanciamientos. Distanciamientos dolorosos como si en mí células debieran acompañar (a menos que sus convulsiones

De pronto, pero precedido primero por una palabra en la vanguardia, una palabra-estafeta, una palabra lanzada por mi centro del lenguaje alertado antes que yo, como esos monos que sienten antes que el hombre los terremotos; precedida por la palabra "enceguecedor", de pronto un cuchillo, de pronto mil cuchillos, de pronto mil guadañas brillantes de luz, engastadas en relámpagos, inmensas como para talar bosques enteros, se precipitan para dividir el espacio de arriba abajo, con golpes gigantescos, con golpes milagrosamente rápidos, que debo acompañar, interiormente, dolorosamente, con la misma insoportable velocidad, con esas mismas imposibles alturas, e inmediatamente después en esas mismas profundidades abisales, en distan-

mismas no fuesen su causa) esas terribles aceleraciones, en el límite mismo de su propia elasticidad

ciamientos cada vez más excesivos, dislocantes, locos... y ¿cuándo va a terminar... si es que va a terminar alguna vez?

Terminado. Ha terminado.

* * *

de la punta terriblemente alta a la base terriblemente baja

insoportables recorridos

Surgen Himalayas bruscamente más altos que la más alta montaña, afilados; son falsos picos, esquemas de montañas, pero no por eso menos altos, triángulos desmesurados, de ángulos cada vez más agudos hasta la extrema orilla del espacio, ineptos pero inmensos.

iMMense terremoto Mense

Mientras sigo mirando esos montes extraordinarios, he aquí que al concentrarse el acceso intenso que me domina en las letras "m" de la palabra "immense" (inmenso) que yo pronuncio mentalmente, los dobles trazos de esas "m" desdichadas se estiran como dedos de guantes, como una cuerda con lazada corrediza, que, desmesuradamente grandes, se lanzan a su vez hacia las alturas, arcos para impensables y barrocas catedrales, arcos ridículamente altos sobre bases que siguen siendo pequeñas. Es de lo más grotesco.

encabalgamientos encabalgamientos

Palabras notables de letras más grandes que viaductos circundados de viva plata, de oropel, y chocante como la publicidad

Basta. He comprendido. No pensemos en nada. No pensemos más. ¡El vacío y mantenerse quieto! No demos una idea, una pieza al loco engranaje. Pero la máquina ya ha retomado su movimiento de cien imágenes por minuto. La máquina de himalayar se ha detenido y luego se vuelve a poner en marcha. Grandes rejas de arado labran un espacio al cual no se le da un comino. Rejas desmesura-

En el incesante sismo, al mismo

tiempo pienso en hacer declaraciones inmensamente ascendentes

das labran sin razón para labrar. Rejas y de nuevo las grandes guadañas que siegan de arriba abajo la nada, con grandes golpes que se repetirán cincuenta, cien, ciento cincuenta veces. (Hasta que las baterías no den más.)

Dejemos que sigan, puesto que no es posible hacer nada. Los distanciamientos dañan menos. ¿Me acostumbraré?

Una blancura se manifiesta, como para reventar los ojos, brillante como un chorro de hierro colado que sale candente de un horno Martin

Si una detonación pudiera ser el blanco El blanco existe pues

No vivir más que en el centelleo

Y "Blanco" sale. Blanco absoluto. Blanco por encima de toda blancura. Blanco de la exaltación del blanco. Blanco sin compromiso, por exclusión, por total erradicación del no-blanco. Blanco loco, exasperado, gritando de blancura. Fanático, furioso, que acribilla la retina. Blanco eléctrico, atroz, implacable, asesino. Blanco con ráfagas de blancura. Dios del "blanco". No, no un dios, sino un mono aullador. (Con tal que mis células no estallen.)

Detención del blanco. Siento que, por mucho tiempo, el blanco va a tener para mí algo excesivo.

* * *

Un océano sin sol, sin yodo, sin olor, sin brisa, sin fresco, un océano para óptico

Descuartizamiento por reflejos

A orillas de un óceano tropical, entre dos mil reflejos de la luz plateada de una luna invisible, entre las ondulaciones de las aguas agitadas, variando incesantemente...

Entre los embates silenciosos, los temblores de la capa iluminada, en el vaivén rápido que martiriza las manchas de luz, en el desgarramiento de círculos, arcos y líneas luminosas, en

Por mí, el mar ondula

Suplicio de la ondulación

Romper en la nada

Suplicio de lo inestable, de lo impermanente, suplicio de las cosquillas por reflejos tornasolados

las ocultaciones, las reapariciones, en los danzantes resplandores, deformándose, reformándose, contrayéndose, extendiéndose para volver a redistribuirse ante mí, conmigo, en mí, ahogado y en una insoportable presión, mi calma mil veces violada por las lenguas del oscilante infinito, sinusoidalmente invadido por la muchedumbre de las líneas líquidas, inmenso en sus mil pliegues, *yo estaba y no estaba,* estaba en la mayor ubicuidad. Los miles de murmullos eran mis mil despedazamientos.

* * *

yo hueco

Sentimiento de una fisura. Oculto la cabeza en una bufanda, para saber, para reconocer los sitios.

el hecho es que es torrencial el hecho es que cae el hecho es que estalla

Veo un surco. Surco con barridos, pequeños, precipitados, transversales. Dentro hay un fluido, mercurial por el brillo, torrencial por la marcha, eléctrico por la velocidad. Y se diría elástico también. *Pfit, pfit, pfit,* se va, mostrando en sus flancos infinitas ondulaciones. Le veo también rayas.

el inolvidable surco

¿Dónde veo exactamente ese surco? Es como si me atravesara el cráneo, desde la frente hasta la coronilla. Sin embargo, lo veo. Surco sin principio ni fin, que me alcanza en altura, y cuya anchura media es sensiblemente igual tanto abajo como arriba, surco que, diría, viene del confín del mundo, y me atraviesa para volver a partir al otro confín del mundo.

Un fantasma perdido estaba

La envoltura de mi cuerpo (si pienso en ello o me pongo a pensar) flota ampliamente

tendido. Yo quizá.
Un surco
atravesaba ese
gigante inmóvil
mientras que
tormentas,
humaredas
cortes,
desmenuzamientos
torturaban ese
no man's land
El arroyo eléctrico
pasajes indecibles
contra-corriente
contra-cuadrante
contra-
despedazante
demasiado
sacudida
demasiado
esa roca responde
a no sé qué en
mí que quiebra,
vuelve a quebrar,
sin cesar se
reforma y quiebra
de nuevo.
rajadura
brechas
brechas
brechas por todas
partes
al mismo tiempo
desgarraduras en
una bolsa,
angulosas,
insoportablemente
angulosas

en torno de él (¿cómo es posible?), inmenso globo que contiene ese inquieto arroyuelo, pues ese gran surco, cuando al mismo tiempo quiero ver mi cuerpo, no es sino un arroyuelo, pero siempre vivo, ardiente, champagne y gatò enfurecido. Un sitio enorme entre mi cuerpo y el surco, que por su mitad lo atraviesa. A veces el vacío ocupa ese sitio. (Es extraño, me creía lleno.) A veces lo ocupan puntitos.

Por tanto, lo contengo, salvo sus extremos, que se prolongan a lo lejos, y sin embargo él es yo, son mis instantes que corren en su curso cristalino. En este curso mi vida avanza. Fatigado por mil fatigas, por ese arroyo me prolongo continuamente en el tiempo. Podría detenerse. Quizá. Quien lo ha visto no creería, sin embargo, que pudiera dejar de correr alguna vez, dejándome allí.

* * *

Ahora me encuentro ante un peñasco. Se parte. No, no está partido. Está como antes. De nuevo se parte, enteramente. No, no está partido. De nuevo se parte. De nuevo deja de partirse y todo recomienza indefinidamente. Roca intacta, luego rajadura, luego roca intacta, luego rajadura, luego roca intacta, luego rajadura...

Cartón ahora, cartón, cartonaje, cartonería, fábrica de cartón, transporte de cartón... y, en fin, caída de cartón. (¿Film documental o sonata?)

Manos que no veo manejan vivamente grandes planchas de cartón, más grandes que biombos, de un gris desagradable a la vista y de una textura que debe ser desagradable al tacto.

"¡Al diablo con esos cartones! ¡No interesan!"

¿La razón de todos esos cartones? Acababa de comprobar cierta insensibilidad del labio y de la mandíbula superiores, comienzo de la sensación bien conocida (antes de una extracción dental) de la "boca de cartón".

Detención.

* * *

Primera etapa hacia las visiones de colores

"¡Oh, las doce y media ya! ¿Cómo es posible? Aún no he visto colores, colores verdaderos, brillantes. Quizá no los vea". Descontento, me envuelvo de nuevo en mi bufanda. Entonces, al abandonar en apariencia mi reflexión, desencadenados por el pensamiento * o por la palabra que oprime el botón, millares de puntitos de colores me invaden. ¡Un embate! Una inundación, pero en la que cada gotita coloreada fuera perfectamente distinta, aislada, separada.

Se detiene la inundación.

* * *

Aparición de los colores

Retorno de la inundación... ¿Qué pasa? ¿Un enemigo con esos colores? Nada más. Sin embargo, los colores tampoco están ausentes. ¿O se apagan ahora demasiado rápido para que se los perciba realmente? (Como una corriente no demasiado fuerte ni demasiado prolongada.) Por intervalos se diría que están allí. Seguramente no es un espectáculo, o bien es un espectáculo así como "ruidosamente" se relaciona con "ruido". Extraño sesgo.

explosión de los colores

Al fin el equívoco cesa. Esta vez reina el color. Cien *Empire State Building,* con todas las ventanas iluminadas, por la noche, con lu-

* O a la inversa: una nada, una pre-sensación ha desencadenado el pensamiento.

ces diferentes, no colmarían con tantas manchas de colores,* la pantalla inaudita de mi visión.

En una de mis fronteras (la había llamado primero mi *Spitzberg*), una superficie inverosímilmente inmensa de bulbos coloreados me satura.

Detención.

Ningún color más. Como si "eso" nò tuviera ya la fuerza de ser color.

* * *

Ha vuelto, recomienza. La mecánica se pone en marcha: *¡Verde!*

* * *

Verde. ¿Lo vi? ¿Lo vi demasiado fugazmente? Sé que hay verde, que va verde, que hay un acceso de verde, que hay verde que tiende frenéticamente hacia la existencia, un verde a más no poder verde. No lo hay y lo hay enormemente (!).

emito "verde"

Extinción del verde

Estoy compuesto por alvéolos de verde. Verdes como puntos brillantes sobre el lomo de un escarabajo. Está en mí la zona que emite verde. Me encuentro revestido de él, emparedado. Termino en verde. (Una especie de verde esmeralda.)

* * *

Una ancha plancha sensiblemente circular y como elástica. Un espasmo en ella que sucesiva y casi imperceptiblemente la ha hecho ya contraer ya dilatarse.

Es también como elásticamente rosa. Rosa, luego no rosa, luego rosa, luego. no rosa o apenas rosada y después extrema-

* Ahora sé, y pronto lo sabré mejor, que los dibujos *bourrés* (atiborrados) de ciertos locos —según la expresión del Dr. Ferdière— no son exagerados sino que dan una visión *moderada* de su extraordinario universo.

damente rosada. El rosa se impone. Múltiples bulbos rosas aparecen. El rosa se impone cada vez más. Lo produzco, chisporroteo rosa. Broto rosa. Me ahogo en rosadez, en arrosamiento. El besuqueo de ese rosa me molesta, me resulta odioso.

En la alcantarilla del rosa

Detención.

¡Uf!

Disyunción

Oigo en el corredor los pasos de la criada que vuelve. ¡Oh! ¿Necesitará algo? ¿Golpeará la puerta? Espero que no.

En ese momento veo (en visión interior) mi puño lanzado con violencia en su dirección, con precipitación, quince, veinte veces seguidas; lo veo en el extremo de mi brazo tendido, pero largo, largo, largo, un brazo de tres metros de largo, un brazo delgado, y me es difícil reconocer mi pequeño puño infantil. Espectáculo pasmoso. ¿Cólera? Pues no siento ninguna. Esto ha quemado el sentimiento. Esto ha atrapado el lado aún no dinámico sino cinético de la cólera, cuya impresión sensible es escamoteada *totalmente*. Es lo extraño de ese mecanismo. Excluye la conciencia del sentimiento, para expresarlo. Por eso miro, como extraño, ese espectáculo fracasado y mecánico, preguntándome si no soy tonto al querer interpretar ese film ridículo, en función de una cólera que no puedo saber si existe y que, por otra parte, corresponde a lo sumo a "¡Con tal que no abra!".

* * *

Fenómeno de las interrupciones y de las inversiones de corriente

un rabioso con la mano en el interruptor

Hay prisa en mí. Hay urgencia.*

Querría. Querría cualquier cosa, pero rápido. Querría irme. Querría estar libre de todo esto. Querría volver a partir de cero. Querría salir. No salir por una sola salida. Querría un salir múltiple, en abanico. Un salir que no acabara, un salir ideal que fuera tal que, si salgo, volviera a salir en seguida.

* ¿Qué ocurriría si se administrara este "acelerador" a animales lentos, al camaleón, al perezoso o a una marmota que sale de la hibernación?

Querría levantarme. No, querría acostarme, no, querría levantarme, en seguida, no, querría acostarme al instante, quiero levantarme, voy a telefonear, no, no telefoneo. Sí, es absolutamente necesario. No, resueltamente no telefoneo. Sí, telefoneo. No, me acuesto. Así diez veces, veinte veces, cincuenta veces en pocos minutos, voy a decidir, decidir lo contrario, volver a la primera decisión, volver a la segunda decisión, retomar de nuevo la primera resolución, enteramente, fanáticamente, impulsado como por una cruzada, pero un instante después totalmente indiferente, desinteresado, flojo.

Siempre el switch corriente establecida corriente interrumpida

No es cuestión de decir, como en el caso de las imágenes, que no marcho, que veo el mecanismo (que es el mismo). Veinte veces estaría dispuesto a levantarme para hacer el llamado telefónico y otras tantas veces abandono, indiferente. Estoy "en la línea de ida y vuelta". Corriente interrumpida, corriente restablecida. Estaré así tantas veces como "eso" quiera, completamente movilizado y después completamente en reposo, tranquilo y sereno en la plataforma de un solo segundo. (O acaso de un doble o triple segundo.)

* * *

En las mesas y rodeándolas, muchos cristales. Cuando el ojo goza es con cristales

Las chispas de hambre

De nuevo siento prisa. Gran prisa. Prisa intolerable. La prisa va a dar un espectáculo corto y repetido. La *mesc* sólo puede suministrar *gags:* veo un enorme restaurant. Los pisos son múltiples y se come en todos los balcones (¡pues hay balcones, y con columnitas!), mesas por millares, millares de personas que cenan, una multitud de camareros de casaca azul. ¡Extraña idea! Sirven. Retiran el servicio. Vuelven a servir. Vuelven a retirar el servicio. No bien colocan la fuente, retiran el plato. No bien colocan el plato, retiran la fuente. Ya no es

siquiera la rapidez de un *gag*, es la rapidez de un metrónomo loco. No es aún la de una corriente alternada. Traté de captar los detalles: esas personas que cenan son una especie de maniquíes, y lo mismo los camareros. Ninguna expresión que pueda retenerse. Ninguna particularidad en los movimientos.

La Mesc. da deseos frenéticos que aparecen y desaparecen al instante

¿Qué explicación? Este espectáculo completamente cretino es, sin embargo, la traducción de un mecanismo prodigioso. Hay que saber que la mescalina da sensaciones de hambre muy violentas, presentes un instante y desaparecidas al instante siguiente: *chispas de hambre.* Ahora bien, la mescalina abunda en imágenes y realiza instantáneamente sensaciones o ideas, sin ninguna participación de la voluntad y sin deseo consciente. El *gag* imbécil es el resultado de ese perfecto funcionamiento automático.

El resto del espectáculo: todo lo que yo detesto, el exhibicionismo. El del arreglo personal, el de la alegría de comer. No se han olvidado el aire festivo y los balcones en los que se muestran colores que alegran.

Detención.

Varias detenciones. Algunas llanuras coloreadas.

Más detención.

Esta vez es el fin seguramente.

Era sólo el fin de algo, el fin de las sacudidas. La cepilladura celular había terminado. Iban a venir las cosquillas, ¿y qué hacen las células que no saben responder a las cosquillas haciendo cosquillas?

Iba a saberlo. Nunca hubiera esperado eso.

Luego de un largo período de nada, y en una especie de reposo después del combate (¿o era mi capitulación que se estaba preparando?), los movimientos rápidos continuaban, mucho menos violentos, ya no más desgarradores y sin embargo dominantes aún... e iba a tener ocasión de advertirlo.

Sin razón particular, salvo —y fue suficiente— que me había asombrado no oír ninguna música (interior), mientras los ruidos

de afuera e incluso una lejana armonía entraban en mí soberanamente, veo aparecer luego de muchos colores azules una cincuentena de trompetistas, la trompeta en alto, perfectamente ridículos, vestidos con trajes azul y rosa * cuyo nombre no sé y no quiero saber, pero con gran aire de opereta, que comienzan a tocar, o al menos a imitar mímicamente un concierto a una velocidad sin nombre, y la mitad de los habitantes de una ciudad como Orléans para escucharlos, también ellos vestidos grotescamente, llamativos como corbatas, y que me cuelguen si no había cuarenta filas de balcones superpuestos (y para que nada falte, con columnitas y ridículamente estirados). Y el conjunto, por supuesto, en colores de cintas propias de señoritas y de confitería para niños... Una perfecta náusea...

El circo retiniano en el paraíso del oropel

formas enclenques, caladas, vacías,

Monumentos de otra civilización

* * *

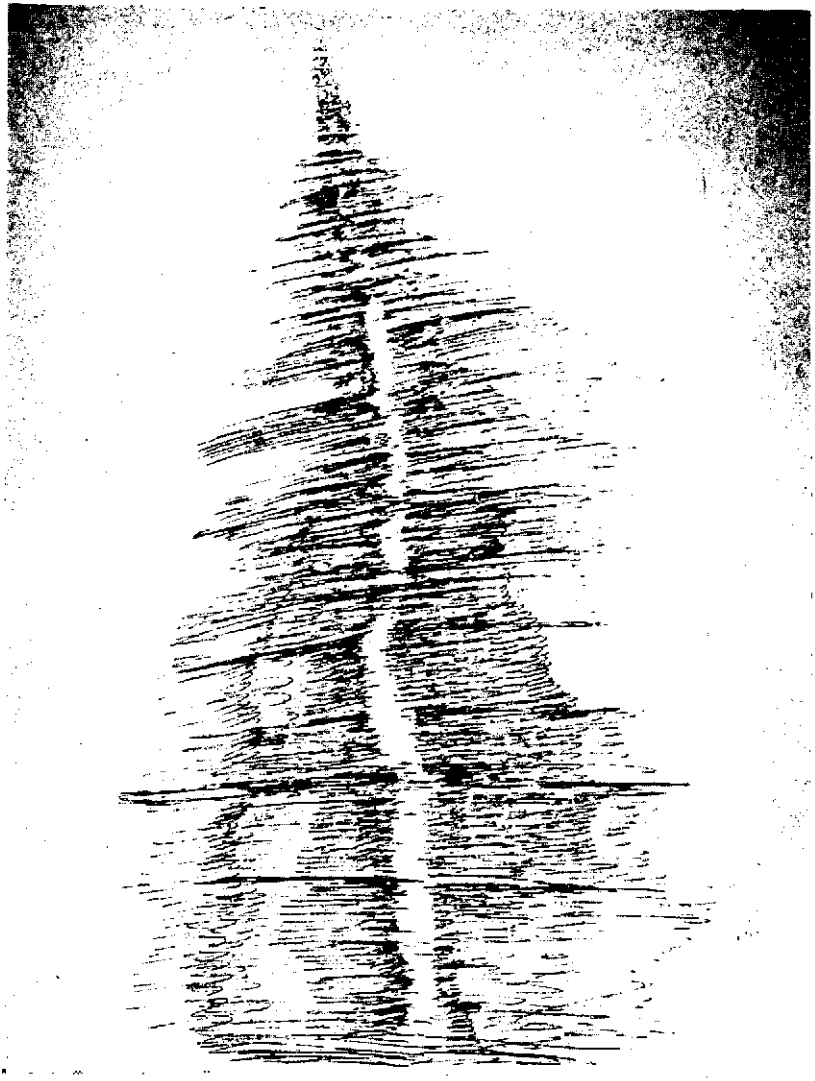
¡Grotesco todo eso, intolerable! ¿Por qué hice esta reflexión y pensé en esa palabra reclutadora? ¡Eh! ¿Podía sospechar que fuera tan reclutadora? En tiempos normales nada me dice y desaparece sin turbar la onda y sin provocarla.

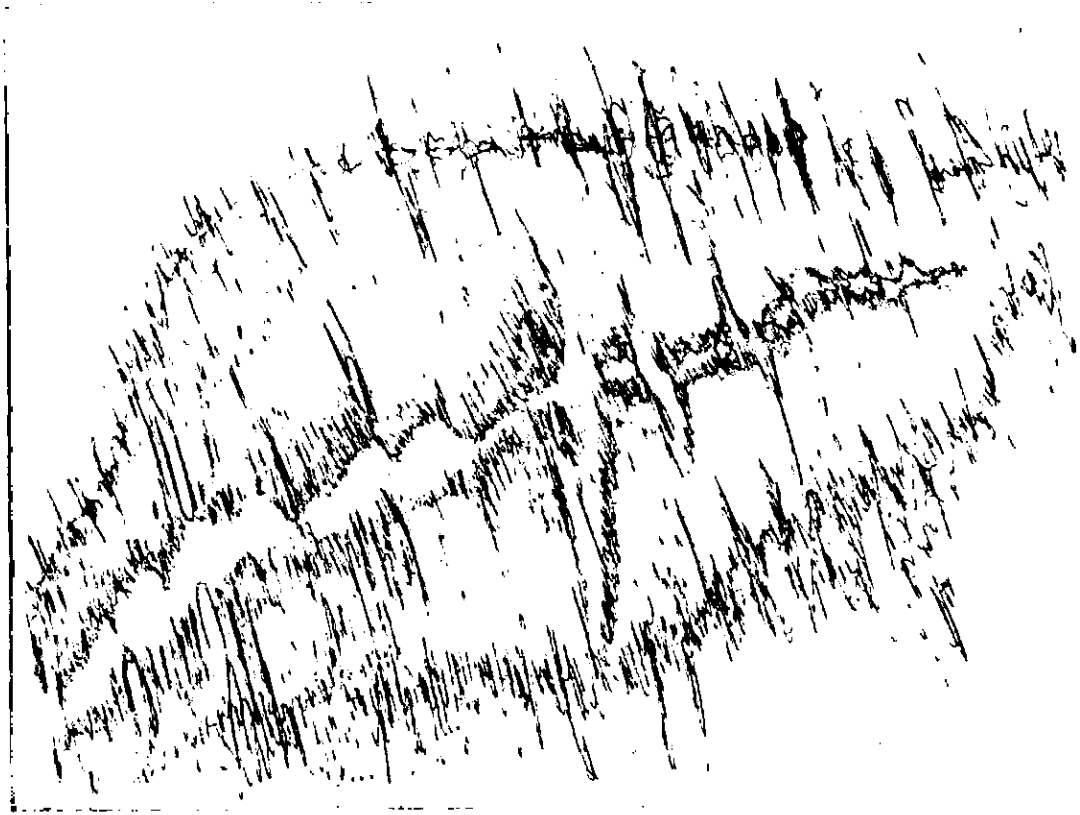
la palabra reclutadora

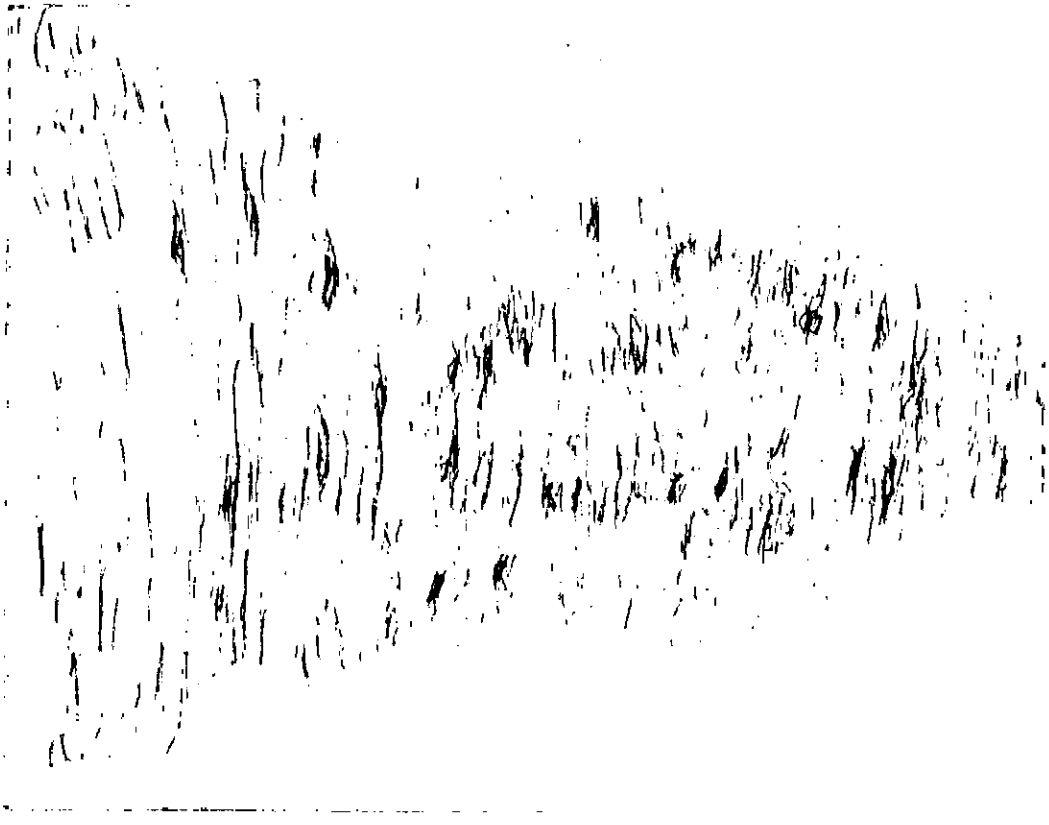
Aquí, apenas aparecida, arrastra consigo irresistiblemente a sus hermanas y a sus primas (por el lado más superficial), sus primas lejanas que tan poco tienen que ver con ella (elijo

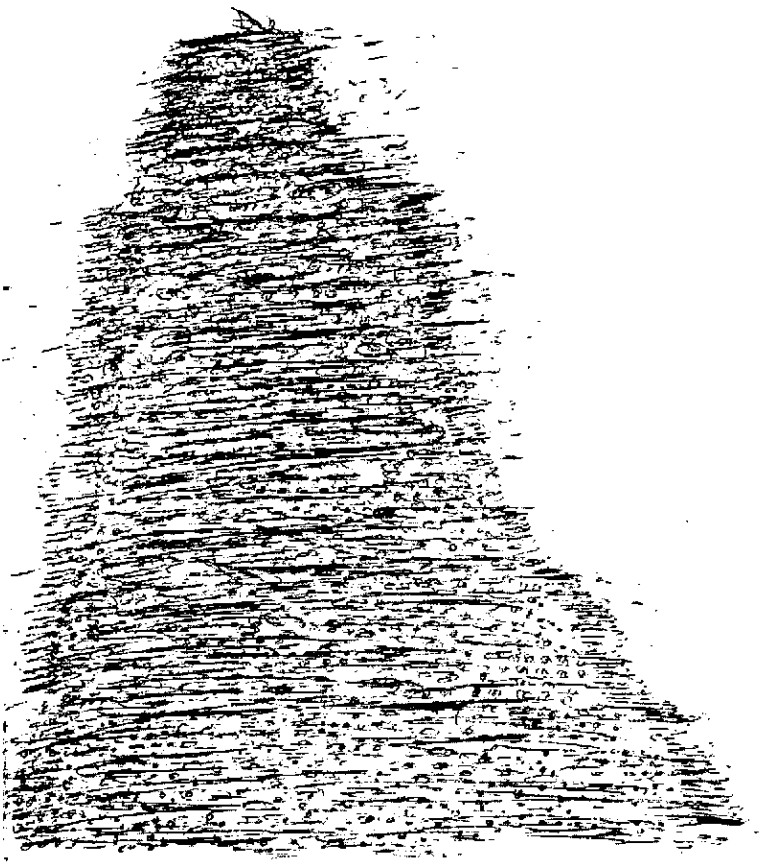
saqueo desordenado en las palabras, y tan rápido que no hay tiempo para

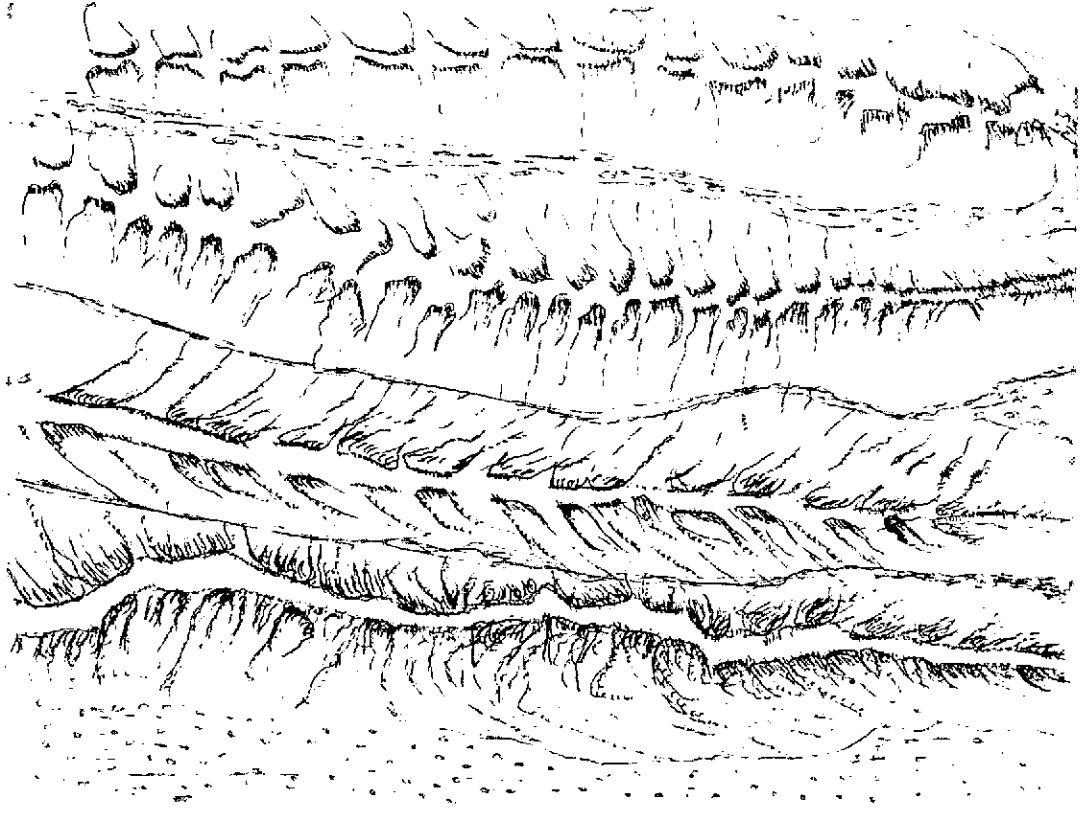
* Se cree que es asombroso ver surgir colores cuando se piensa en la música. Lo sería si se produjeran ambos al mismo tiempo. Pero lo primero que uno advierte, y con disgusto, es que ya no se *puede* evocar sonidos. El circuito se cierra. ¿Por qué? ¿Centro vecino que inhibe al otro? ¿La atención excesiva de un lado (la óptica) no permite la atención del otro (la acústica)?
Es una ley que he creído advertir en la vida del hombre y que en la mescalina es evidente: Un cierre para crear nueva abertura.
Una nueva abertura desencadena automáticamente un cierre de otro lado... sensibilidad de un lado postula insensibilidad de otro, cosa que a los grafólogos les cuesta tanto comprender.
¡Qué absurdo sería un hombre total, igualmente presente, importante, acentuado en todas sus partes!

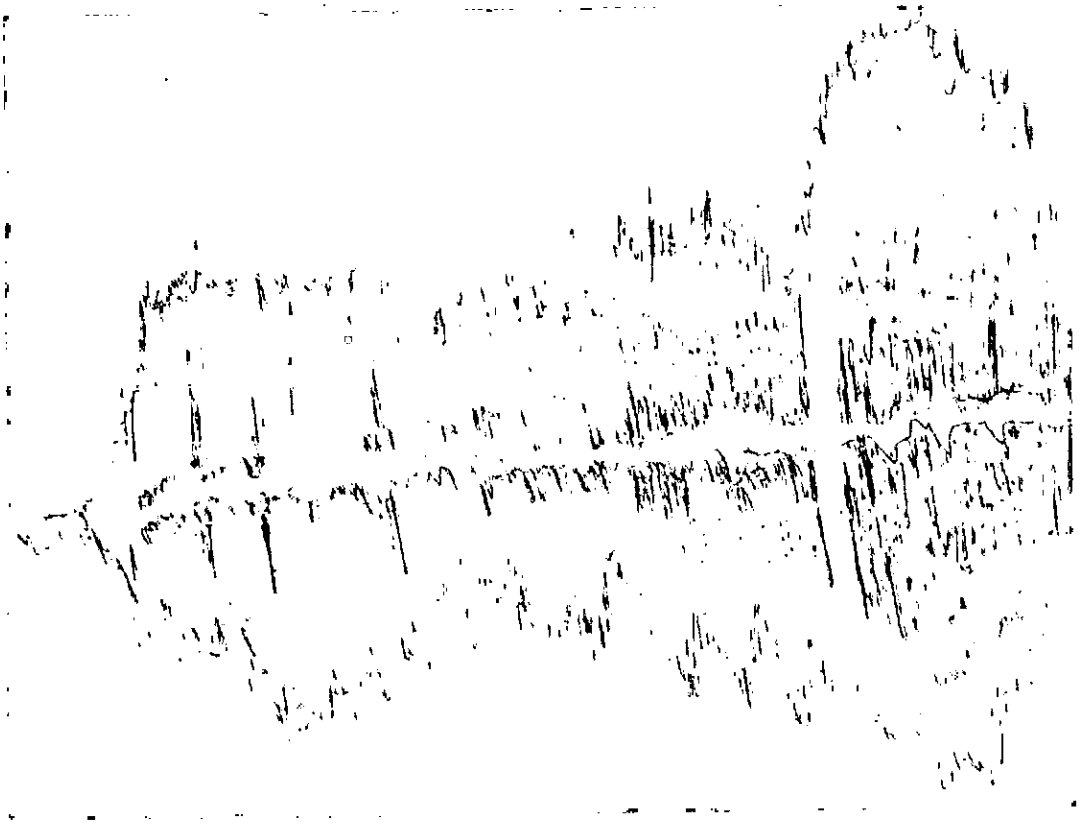


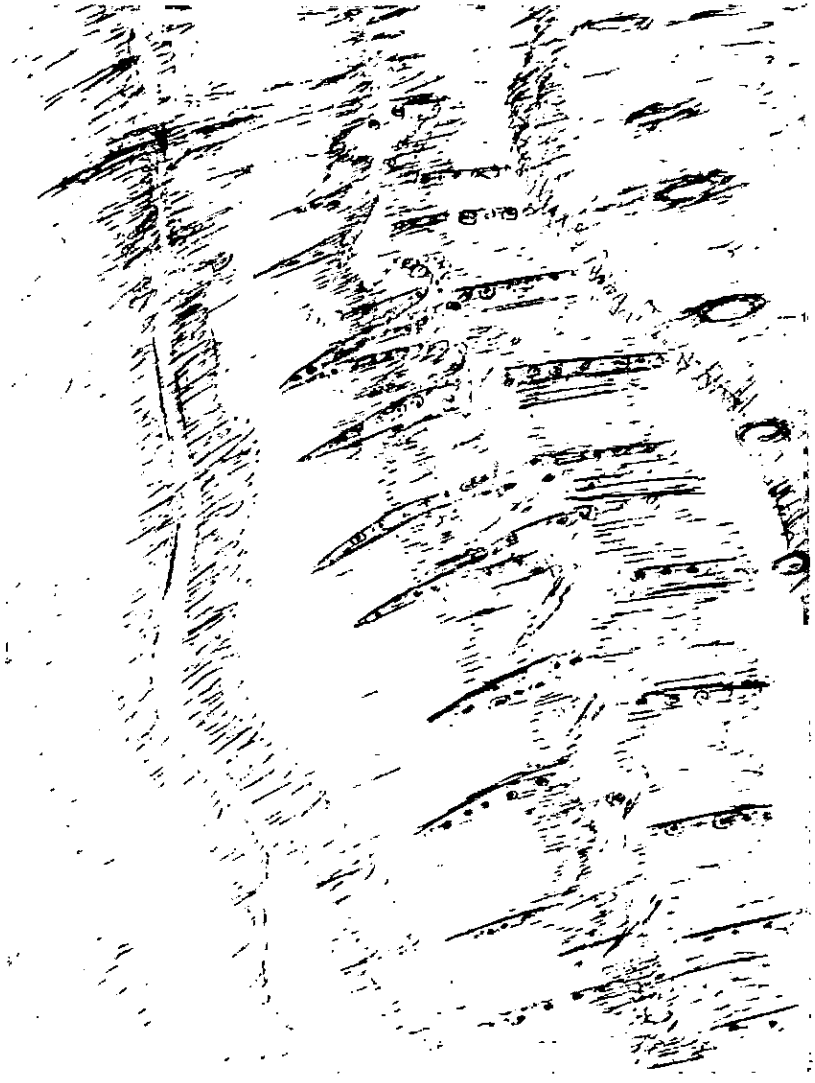












llenarlas de sentido. Sólo inmediatamente después es posible considerarlas del punto de vista del "sentido"

aquí a las menos alejadas), *lo irremediable, lo inagotable, lo implacable, lo irreventable, lo inagotable, lo indesarraigable, lo infatigable, lo improbable, lo innombrable, lo irrevocable, lo infranqueable, lo indomable,* sin contar *lo inaceptable, lo inexplicable, lo "indomitable"* y una retahila que, al menos aquí, debo interrumpir. Pero entonces no sólo no podía interrumpir la tonta enumeración, sino que tenía que recorrer todas las palabras, pronunciarlas mentalmente rápido y fuerte y muy desagradablemente. (Un extraño puente elástico me unía, en efecto, a cada una de ellas.)

Horrible esta cooperación obligatoria, casi muscular, con el deshonroso cortejo de palabras

Imposible detener eso. Los adverbios, los largos adjetivos en *able* y los prefijos y los *"in" "in"* para mi Mezcalina; es irresistible.

(Al fin y al cabo, a su manera, la mescalina se ha expresado. Me ha expresado. Las palabras lanzadas a la diabla, espasmódicamente; se reconoce ahí "al sesgo" la enfadosa situación del momento.)

¡Detención! ¡Al fin!

* * *

Detención. Larga detención.
Una última trinchera de fuego.

. . . . . .

Más detención...
¿Habrá concluido? *

* Casi en ese momento, en la penumbra, iba a levantarme. "No salga", me dice uno de mis compañeros, que me había parecido que deseaba un vaso de agua. "No salga".
"*¿Salir de dónde?*" dije, más o menos graciosamente y entre otras cosas para apartar la idea de que hago más que ellos y me expongo a incomodidades. Rien. Pero al volver a mí la *palabra*, se pone a funcionar, desarrollándose con *concluir* en series que se encabalgan. *Concluir* y *salir* se hacen inagotables.

caricatura de la composición y de la creación

Y he aquí que sobre esta idea de conclusión, el mal compositor en que me he convertido, por mi debilitamiento (?) a causa de la rapidez de las ondas cerebrales sobre las que estoy forzado a alinearme, por el tren inhabituál que tengo que sostener, he aquí, pues, que se pone, que me pongo a emplear los tópicos de desarrollo más deformados y de la manera más tonta, más sistemática, a alinear las antítesis fáciles, las enumeraciones más fáciles aún, todo lo que es fin, final, puerta de salida, terminación (y no sólo las imágenes, sino, colmo de tontería, las palabras mismas que "se pronuncian" precipitadamente en mí): letrero de dirección "Salida", navío amarrado "en la punta del muelle", panorama al final del sendero (!) todo eso —estúpido trabajo de escolar— comienza a desfilar ante mí, que no creo en lo que veo.

Sobre un fondo dado con una velocidad nueva, únicamente ciertas ideas pueden circular

Otras no reclutan nada no suenan con esas sacudidas, y por consecuencia no darán imágenes en el film, aunque puedan contar mucho más que algunas de las que abren en seguida un tumulto óptico

Ridículo e inevitable y que nunca hubiera podido adivinar.

Sin embargo, en ese fenómeno grotesco, lo que cuenta, lo que resulta prodigioso, es el acceso, la muchedumbre, el infatigable, el siempre renaciente acceso, que es tal que al final y a la salida uno se siente urgido, urgido de llegar hasta el fin, un fin nunca bastante final *. En el ápice del ángulo agudo de un triángulo trastornado, el punto final se convertirá en el punto de partida de la base de un nuevo triángulo, en el extremo del cual un punto final engendrará la base de un nuevo triángulo, que... y así indefinidamente. La presión no la anula un tercer punto final, ni un cuarto, ni un décimo, ni una rama de desarrollo colateral de imágenes, que se desarrolla

impulso en sacudidas, impulso indefinidamente renovado

* La gasolina de auto, el éter, el tetracloruro de carbono empleado por René Daumal —que obtiene de ello una... sorprendente fe—, todos los productos que violentamente quitan grasa y azúcar al cerebro, producen quizá ese fenómeno.

simultáneamente, ni la imagen del paquebote que deja el muelle, ni el avión que despega de la pista, ni un súbito cohete intercontinental que franquea la estratosfera, ni un cohete interplanetario que franquea el umbral de la gravitación terrestre. Por lejos que esté, es preciso que suelte un nuevo cohete, que a su vez, al detenerse, suelta un nuevo cohete, que a su vez al detenerse, suelta un nuevo cohete, perpetuos tiros hacia adelante para liberar más y con esfuerzo renovado, el apetito de partida, el apetito de aventajar, falsos cohetes, por otra parte, enteramente abstractos, esquemáticos, pero no menos ávidos de alcanzar por sacudidas el infinito que se aleja.

Todo se transforma en flechas que van, violentamente, hacia el punto final

pregresiones discontinuas

Velocidad como escandida

* * *

En las visiones interiores trato de introducir una imagen del exterior. Con esta intención, en un libro de zoología muy ilustrado, abierto a mi lado, observo sucesivamente varios animales. No hay nada que hacer. Cuando cierro los ojos, ya no están allí, están francamente excluidos. Ni la sombra de una post-imagen. Tan pronto como desaparecen de mi vista, parecen haber sido cortados a cuchillo. De todos modos miro de nuevo jirafas y avestruces, animales de formas esbeltas que deberían probar la alargadora mescalina. Mirándolos, siento que no los "retengo". En efecto, con los ojos cerrados, ninguna imagen. Vuelvo a tomar el libro, pero cansado de imágenes (más que cansado, sin ningún contacto con ellas), me pongo, en la claridad vacilante de la leña, a recorrer el texto del cual leo con dificultad pocas palabras *"la jirafa. . .rumiante, entre los antílopes y los. . . por su forma. . ."* ¡Ay! Me parece que algo se mueve al leer estas palabras. Cierro los ojos, y acudiendo cuando se las nombra, galopan a lo lejos dos docenas de jirafas que levantan cadenciosamente sus patas delgadas y su cuello interminable. Es

la experiencia de introducir imágenes en las visiones mescalinianas

verdad, nada tienen en común con los animales musculosos y coloreados de las hermosas fotos en colores observadas antes y de los que ninguna jirafa "interior" había podido nacer. Estas son esquemas en movimiento de la noción "jirafa", dibujos formados por reflexión, no por copia.

Las jirafas deben alargarse más para entrar en las visiones de la mescalina

Pero en cuanto a ser esbeltas, lo eran. Altas como casas de siete pisos, sin que su base se hubiera agrandado proporcionalmente, para entrar en el universo mescaliniano hubieran debido transformarse en esos delgados gigantes, en esos vertiginosos maniquíes ridículos que un mistral no muy violento hubiera derribado en seguida por tierra, con las patas quebradas.

Detención.

* * *

A golpes de trazos zigzagueantes, a golpes de huidas transversales, a golpes de estelas en relámpagos, a golpes de no sé qué, corrigiéndose siempre, veo pronunciarse, ocultarse, afirmarse, asegurarse, abandonarse, corregirse, afirmarse, a golpes de puntuaciones, de repeticiones, de sacudidas vacilantes, por lentas desviaciones, por agrietamientos, por indiscernibles deslizamientos, veo formarse, deformarse, volver a deformarse, un edificio que urge, en perpetua metamorfosis y transustanciación, aproximándose ya a la forma de una gigantesca larva, ya pareciendo el primer proyecto de un tapir inmenso y casi orogénico, o el taparrabo aún trémulo de un bailarín negro exhausto, que va a dormirse. Pero del sueño, y aun antes que se efectúe, emerge mágicamente el edificio transformado, con articulaciones de goma.

ruinas ruinas perpetuamente en ruinas (sin caer nunca)

encajes-desencajes encajes-desencajes

La "Mescalina elude la forma"

Ahí está de nuevo como antes, con pisos * que no pueden contarse, con mil hileras de la-

* Infinitos, pero nunca vertiginosos. Habría que tener para esto un sentimiento de las distancias y de la profundidad que yo no tengo y del cual, aquí, estoy totalmente desprovisto.

Havelock Ellis

drillos espasmódicos, temblorosa y oscilante ruina, abarrotado, tartamudeante, Bouroubourdour.

* * *

Con la punta sensible de la lengua en el *summum* de su goce, como si esa punta de la lengua se convirtiera instantáneamente en un grueso, graso hipopótamo rosa, enteramente lleno de ese goce y no sólo uno, sino cien pesados hipopótamos ventrudos y diez mil cerdas enormes amamantando a lechones ya grandecitos, apretados contra sus flancos rollizos, y todos amontonados unos contra otros, y como si el *summum* de goce así ostentado y multiplicado, fuera únicamente ser rosa, rosa, rosa, rosa estúpida, maniática, paradisíacamente, rosa a gritos, a menos que tuviera el alma prostituida y el débil goce de sucumbir, así yo veía rosa, estaba plenamente en el rosa. El rosa me asediaba, me lamía, quería que me confundiera con él. Pero no caminaba. Hubiera sentido vergüenza.

de nuevo asediado de rosa, lamido por el rosa

El género "rozador" aplicado a un color

* * *

De isla en isla, cada vez mayor lentitud. Apaciguamiento también. Por primera vez, una figura aparece, si eso es una figura. Dos o trescientas filas alternadas de ojos y de labios, más bien bezos, bezos, bezos, bezos, bezos, bezos y ojos más bien mongoloides, ojos, ojos, ojos, ojos componían esa figura, que se deslizaba continuamente de arriba abajo; a cada fila inferior que desaparecía la reemplazaban otras filas que aparecían, de ojos angostos, de ojos angostos, de ojos angostos, o de grandes bezos, de grandes bezos, de grandes bezos, de grandes bezos, de grandes bezos con pliegue carnoso de cresta de gallo pero no tan rojos. Y los ojos, indescifrables, eran muy estrechos bajo los párpados pesados y

Ultimos signos de velocidad

la inmensa alfombra andante de figuras

vastos y ligeramente vibrantes. Y todo esto inmensamente rectangular y, en suma, como una alfombra andante en la cual profundidad y volumen eran totalmente invisibles; se hubiera dicho, más bien, un espesor siempre igual, el de una confortable alfombra en que los ojos y los labios tuvieran acaso el bulto más que el relieve de vientres de avispas, vientres innumerables que hubieran sido fijados allí y aún se movieran. Y pasaba la alfombra andante de ojos enigmáticos, y no se sabía a cuál de ellos prestar mayor atención. Había un ligero declive; la anchura de la cara que se deslizaba sin cesar era la de una calle común y la altura en proporción. No había —cosa curiosa— ninguna dificultad para observar lo alto más que lo bajo o lo mediano. Yo podía considerar sin miedo y aun sin repugnancia ese gran rostro atento, tan exagerado y tan despojado, por otra parte, visiblemente incapaz de un movimiento que lo habría "desvinculado" de los demás. Tampoco mi curiosidad era tan grande. Como los demás espectáculos, no parecía hecho para mí. La mescalina, pronto agotada, se había vuelto discreta. Si los rostros parecen monstruosos cuando quiero describirlos, no lo son en verdad, ya que ninguna expresión es visible. Los colores tenían las centenas de matices y de tonos finos que muestra el otoño en los bosques y las selvas. Más que una alfombra, podía ser también un campo o una montaña de rostros. Parecían simplemente yuxtapuestos, en un paralelismo más mecánico que deliberado. Manifiestamente, la mescalina no sabía transigir. La superabundancia de colores, que ocupaba todo el espacio y en ninguna parte se podía sofocar, nos molestaba, a ellos y a mí, supongo. A esta gran exhibición le faltaba gravedad en proporción a su extensión visible. Inmensa sin grandeza. Todo se esfumaba cada vez más. La tormenta de las luces blancas había pasado y ya no volvería.

El anopodokotolotopadnodromo iba a cerrar.

J. P. nos dijo a todos en cinco palabras nuestro pensamiento. "No se sale con orgullo". De los tres que éramos, ninguno había tomado esto con reverencia sino más bien como un juego de prestidigitador. Y nos levantamos con la impresión jubilosa

de haber salido de entre los restos de una cristalería, y no se nos pediría cuenta del por qué *.

* * *

Sin embargo no había terminado todo como yo había creído. Avanzada la noche, con la cabeza de nuevo envuelta en una tela, a cubierto de la lámpara, veía imágenes indudablemente más coloreadas de lo que soy capaz. Más esfumadas que una hora antes, debilitadas, características, sin embargo, "suyas", no "mías".

La delicadeza de ese debilitamiento progresivo la seguí con delicia toda la noche. Por lentas e insensibles degradaciones, las imágenes, ahora extremadamente más lentas al punto de convertirse en cuadros, pero siempre inmensas (especialmente una alfombra, hermosa, grande como la Plaza de la Concorde), sufrían en sus colores, para concluir bellas y "humanas", sufrían una atenuación de una fineza que yo hubiera querido compartir con alguien... Ese tono extenuado, extremo prodigio de la delicadeza, totalmente en el límite de la perfección, había sufrido, si se lo volvía a ver una media hora más tarde, una nueva, ínfima atenuación, última caricia de la extranjera que se va, y así, en niveles decrecientes, de una enternecedora sutileza, se convertían en imágenes-recuerdos. Había un punto en que ya no eran apariciones visionarias, sino sólo su recuerdo. ¿Cómo saberlo? Siempre nos engañábamos o veíamos que antes nos habíamos engañado, tan exacta iba a hacerse la superposición. Imágenes e imágenes del recuerdo que debían coincidir, cosa que sólo en ese estado ocurre. El tiempo pasaba

la atenuación milagrosa

* Varios colores habían faltado totalmente durante horas; por ejemplo el rojo, que sin embargo empleo a menudo en pintura, al contrario del verde, que nunca empleo y que, con el blanco, se mostró aquí violento y superabundante (Teoría de Ewald Hering —*Theorie der Vorgänge*, 1890— según la cual, si estoy bien informado, en la embriaguez sólo vemos el color... de nuestro humor, con exclusión de otros... Pero yo estaba *contra* la mayor parte de los colores mescalinianos. Por ello me sentía avergonzado o furioso.)

en la observación de esas minucias. Aquí y allá retornaban verdes magníficos. Nunca me dormía del todo.

Así pasó mi noche, acribillada, de tiempo en tiempo, por imágenes admirables.

* * *

TERCERA EXPERIENCIA

Las pequeñísimas muertes de la Mescalina, de las cuales se resucita sin cesar

a los movimientos locos de las imágenes que desaparecen periódicamente el cuerpo responde con un ritmo lento y grave el ritmo de los cuatro minutos (tiempo aproximativo insuficientemente verificado)

Si alguien tuviera que habituarse a la mescalina, pero ella suscita más bien miedo ("Haz que no nos volvamos locos", rogaban los mejicanos dirigiéndose al dios del Peyotl, luego de ayuno y continencia), sería por los periódicos e inefables naufragios que con ella se sufre. El agotamiento en el goce que sigue al acto de amor se llama a veces "pequeña muerte". Comparada con ella la extremadamente pequeña muerte de la mescalina es como la primera en relación con la Gran Muerte, tan discreta y dulce es, pero se padecen centenas de esas muertes en una jornada.

De pequeña muerte en pequeña muerte, durante horas, de naufragios en salvamentos, se sucumbe sin inquietud cada tres o cuatro minutos, para resucitar dulce, maravillosamente. Sólo un largo suspiro, muy elocuente para los que saben, anuncia los nuevos salvamentos, pero la travesía continúa, una nueva muerte se prepara y de ella se va a salir de manera semejante. Es como si se poseyera otro corazón, cuyo sístole y diástole se produjera quince o veinte veces por hora. Sin embargo, existente o no, el órgano infatigable rehace sus fuerzas y su drama; hay que participar de él, aunque ya estemos fatigados, y, al cuarto minuto de su ciclo, aliviado, uno deja escapar el suspiro que concluye la abstracta opresión.

Así me ocurría a mí mismo la última vez que le entregué mi cuerpo y la herramienta que se llama mi cabeza. Fue también

la vez de la fractura, abierta y quizá por mucho tiempo, como ocurre con una mujer que poseemos pero ante la cual nos mantenemos independientes, cuando un día, por una especie de desmatención o de enternecimiento más grave que el amor, uno se abandona y ella penetra en uno a una velocidad de torrente y para no salir más.

abierto a ella, esta vez aceptando estar abierto

Así aquel día fue el de la gran abertura. Olvidando las imágenes de pacotilla que, por otra parte, desaparecieron, cesando de luchar, me dejé atravesar por el fluido que, penetrando por el surco, parecía venir del extremo del mundo. Yo mismo era torrente, estaba ahogado, era navegación. Mi sala de la constitución, mi sala de los embajadores, mi sala de regalos y cambios donde hago pasar al extranjero para un primer examen: yo había perdido todas mis salas con mis servidores. Estaba solo, tumultuosamente sacudido como un hilo mugriento en un detergente enérgico. Brillaba, me quebraba, gritaba hasta el confín del mundo. Me estremecía. Mi estremecimiento era un ladrido. Yo avanzaba, bajaba, me hundía en la transparencia, vivía cristalinamente.

a derecha la escalera celeste

A veces una escalera de vidrio, una escalera como escala de Jacob, una escalera con más escalones de los que podría subir en tres vidas enteras, una escalera de diez millones de peldaños, una escalera sin descansos, una escalera hasta el cielo, la empresa más formidable, la más insensata después de la torre de Babel, subía al absoluto. De pronto, ya no la veía. La escalera que llegaba al cielo había desaparecido como burbujas de champagne, y yo continuaba mi navegación precipitada, luchando por no rodar, luchando contra succiones y tirones, contra cosas infinitamente pequeñas que sobresaltaban, contra telas tendidas y patas arqueadas.

una estrella de mar gigante

Por momentos, millares de piececillos de una estrella de mar gigantesca se fijaban en mí tan íntimamente que no podía saber si era ella la que se convertía

en mí o yo quien me había convertido en ella. Me apretaba, me cerraba y contraía, pero todo lo que aquí se contrae pronto debe relajarse; incluso el enemigo se disuelve como sal en el agua, y de nuevo yo era navegación, navegación ante todo, que brillaba con un fuego puro y blanco, que respondía a mil cascadas, a fosas espumantes y a torrentes remolineantes que me doblaban al pasar. Quien corre no puede vivir en un lugar.

Corriente corriente

La corriente que ese día extraordinario pasó por mí era algo tan inmenso, inolvidable, único, que yo pensaba y no dejaba de pensar: "Una montaña, a pesar de su falta de inteligencia, una montaña con sus cascadas, sus barrancos, sus declives por donde corren las aguas, sería, en el estado en que me encuentro, más capaz de comprenderme que un hombre..."

* * *

Lo que se ve con los ojos abiertos

Muchos peyotleros, poco acostumbrados a soñar quizá, no tienen visiones o no las tienen tan fuertes como para interesarse en ellas, y prefieren mantener los ojos abiertos para contemplar la belleza totalmente nueva, irisada y como vibrante que adquieren los objetos, sobre todo los más apagados, pues éstos son los que resultan mejor, hasta ser casi maravillosos (de tonos).

los colores de la debilísima visión interna conjugándose con los de la percepción para dar tonos exquisitos

En cuanto a mí, en una oscuridad muy espesa, con las cortinas bajas y los postigos entreabiertos, no distinguía gran diversidad en los objetos, salvo que ya no podía mirarlos fijamente. La distancia en que me hallaba con relación a las colgaduras y sobre todo a la pared de enfrente, había dejado de mantenerse fija. La pared vacilaba entre hallarse a tres metros y a tres metros y medio. No llegaba a decidirse. De todos modos yo no había puesto gran atención en ello, ya porque no me pareció muy diferente de lo

Las distancias modificadas

que había experimentado en momentos de fuerte fiebre, ya porque siendo poco agradable mantenía los ojos cerrados, interesado únicamente por las visiones.

Sin embargo, tuve que levantarme para poner un leño en el fuego. El ruido que produjo me pareció tan formidable que me disculpé ante mis compañeros del temblor de tierra provocado. Rieron de manera tan espontánea e inteligente que comprendí en seguida que su oído sensibilizado por la mescalina había percibido el mismo alboroto insólito que el mío. Pasé a la habitación de al lado cuya claridad me hizo mal. Finalmente en el baño, encendí la luz y... confundido, vi en la palangana un feto. ¡Oh! ¡Caramba! Estaba asombradísimo. Una mujer, es verdad, había pasado por allí hacía poco, pero apenas la conocía y parecía tan discreta. ¡Inaudito! Estaba muy sorprendido. Quizá ella había pasado allí un tiempo bastante considerable —ahora me acordaba— pero de todos modos ¡era tan reservada! Un accidente, sin duda. El efecto del choque emotivo, del traumatismo de la droga. Y yo miraba fascinado, sin moverme. No soy muy activo. Veamos, sin embargo, hay que saber si este feto está entero. Si no, la pobre seguirá sufriendo. Iba a volver al baño. Por eso se había mostrado tan agitada de repente. Había que hacer algo. Por lo tanto, toco con disgusto la cabeza blanda y azulada del viscoso pequeño ser sanguinolento. ¡Qué cosa! ¿Entero o no?... En fin, para terminar cuanto antes, con una varilla que encuentro en un rincón, me pongo a sacudir con enérgicos movimientos de vaivén el cuerpecito... que se abre y se deshace. "¡Ah!" y me siento extenuado como ante un incidente de más. Sin embargo, el feto que ya no existía estaba ahí todavía, glauco y azulado y ensangrentado, con tonos finos, por otra parte, y casi irisados... pero que yo no apreciaba. No, me aterraba. ¿Y la prueba suministrada por la desgarradura? Quizá, pero la existencia del feto, perfectamente evidente e indudable momento antes, no podía suprimirse por la aparición de esta especie de jirón o de papel mojado, en verdad providencial. Quedé abatido. De acuerdo, el caso de ese feto parecía resuelto, pero oscuramente sentía que de encontrar en una fuente, en un

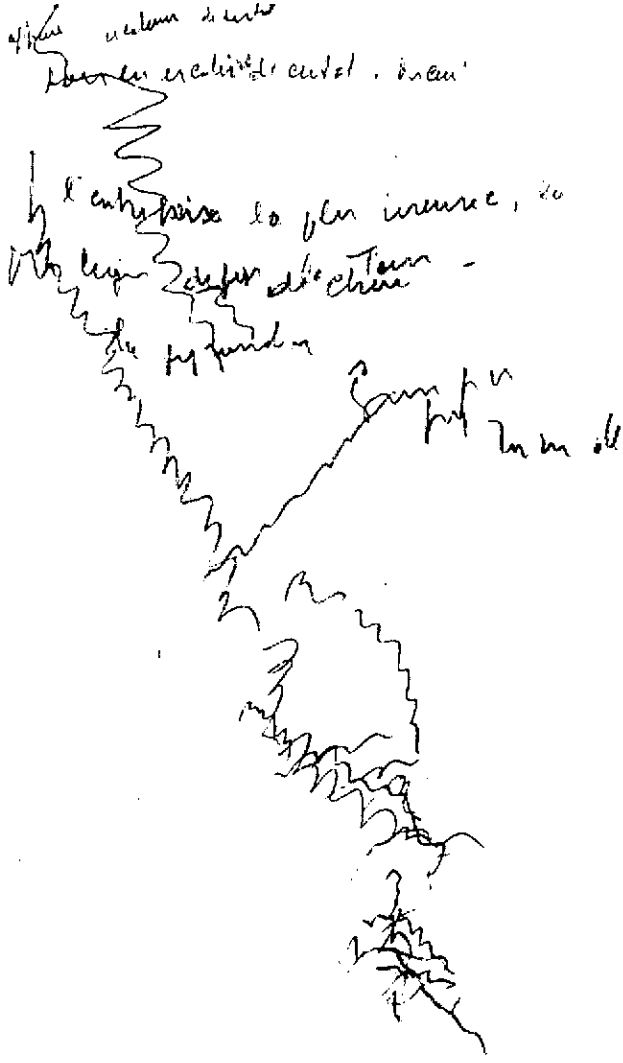
lavatorio o en un jarrón vacío otro feto o algo peor que un feto, la cuestión no podría explicarse tan feliz e inesperadamente como la presente. Conducta no tan pueril como parecía. Sintiendo que no era capaz de resistir a la alucinación y prefiriendo no exponerme, volví resueltamente al *living-room* oscuro, donde en mis visiones interiores habían aparecido y aparecían extrañas imágenes coloreadas, pero no fetos, nada que se pareciera a fetos,. nada verdaderamente peligroso. No temía en ese sentido. ¿Por qué? No sabría decirlo. Es posible que en el mundo real, con las mujeres, los animales domésticos, incluso con las tortugas, tema las consecuencias. Como soy poco práctico, tengo miedo de lo que puede hacerse "material" y exigir decisiones rápidas y racionales, tengo miedo de que me tomen de improviso. Todo esto, por otra parte, resulta visible si no materializado en ese episodio, que no es tampoco una verdadera alucinación, ya que no se realizó sin un apoyo, pero me ha enseñado más que decenas de páginas sobre el tema. Comprendí cómo quedábamos clavados en ella, sin poder apartarnos. En cuanto al apoyo, lo hay siempre. ¿Cuál es la superficie, por lisa que sea, que no tiene suficientes variaciones como para dar a un objeto imaginario la ocasión de situarse allí? ¿Qué atmósfera no contiene suficiente polvo en movimiento para retener y fijar el objeto de una ilusión?

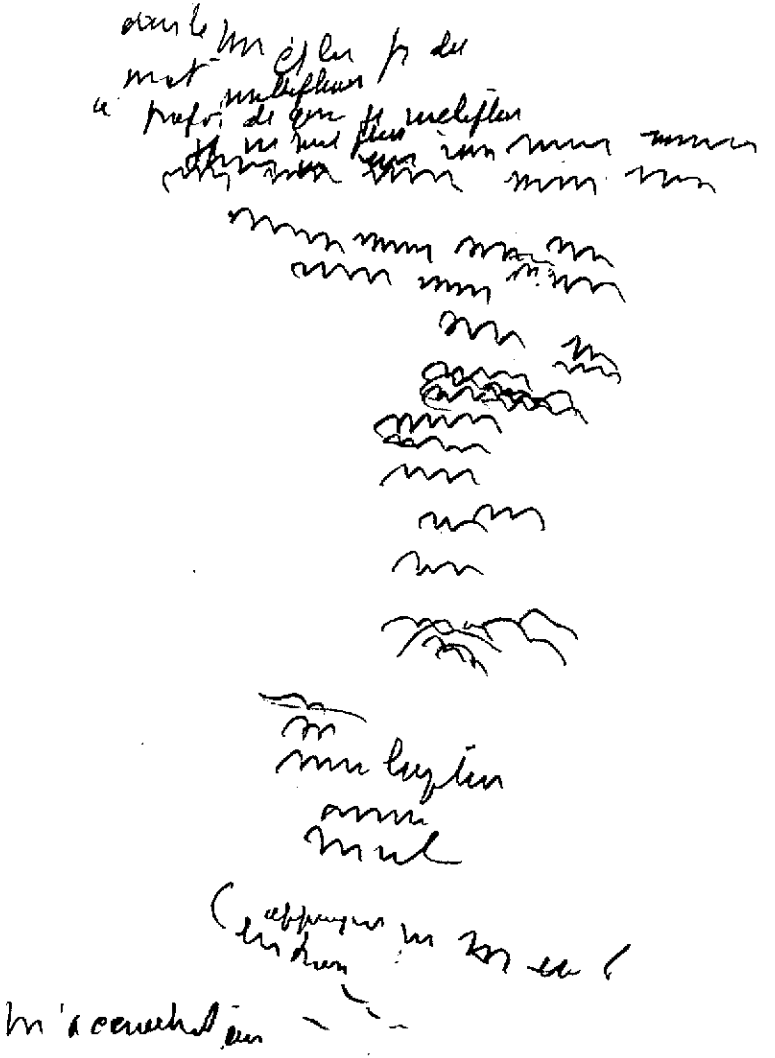
huyendo de la alucinación

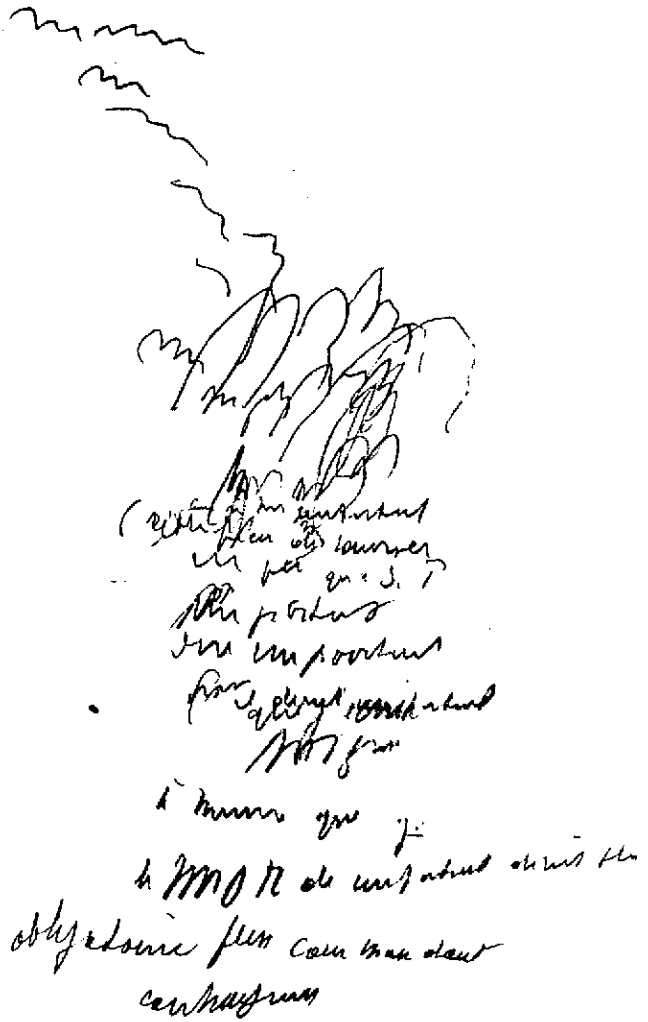
Antes yo sentía una especie de respeto por los que tenían apariciones. ¡Ahora no! Quizá las vean, pero ¡en qué estado! (De ningún modo en la calma, que, en efecto, las haría extraordinarias).

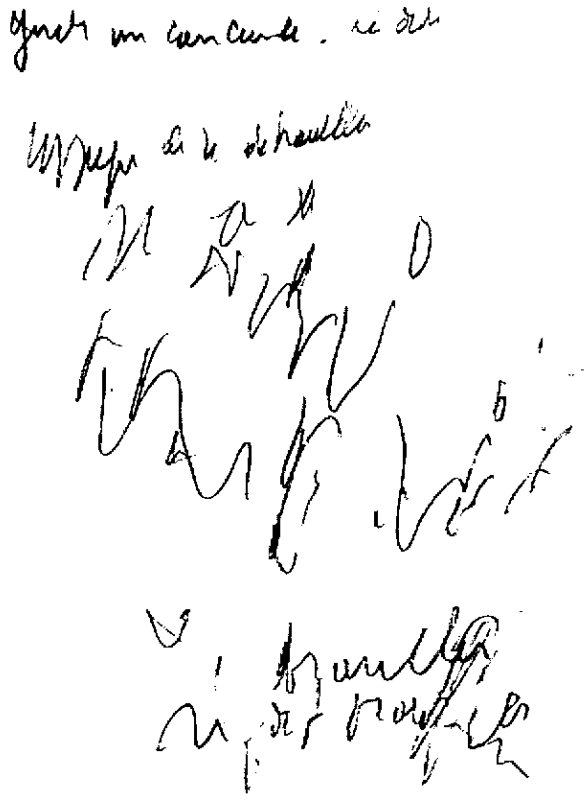
Todo se mueve, todo es vibrante y lleno de realidad para el ojo y el alma de quien se halla en estado segundo... o sea ha hallado en él.

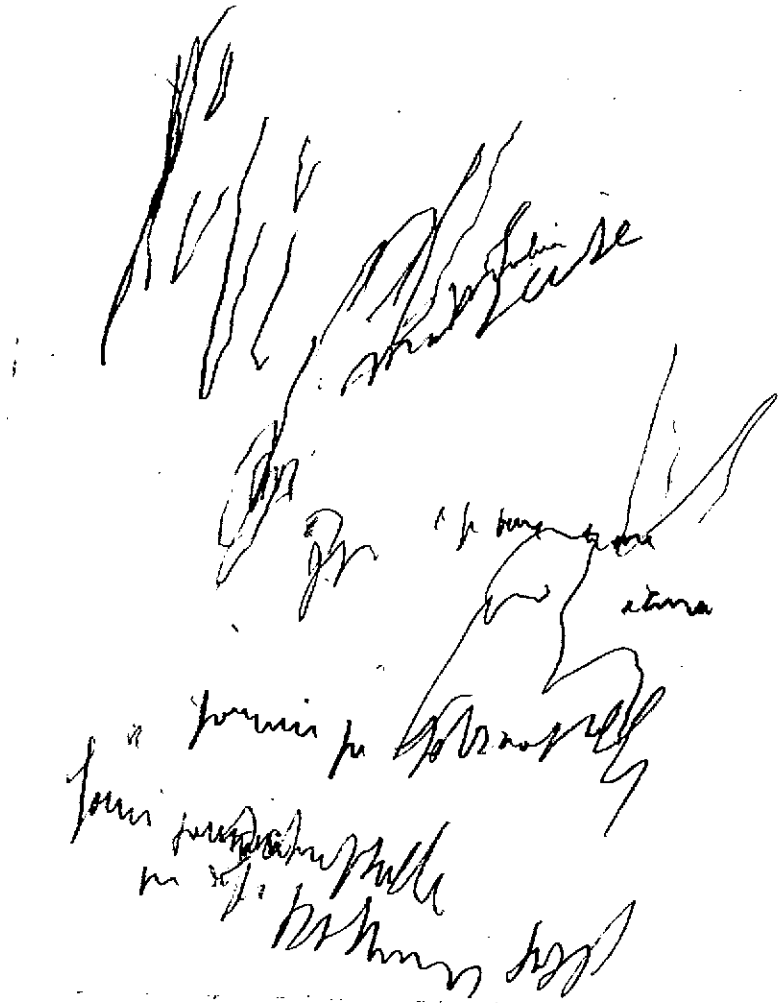
Alrededor de tres semanas después de la última ingestión de mescalina, me propuse, una noche, leer en la cama el estudio de Quercy sobre la Alucinación. Un falso movimiento y el libro que lancé sobre el diván cae en el *parquet* y, al abrirse, me muestra una admirable fotografía en colores que allí se encontraba inserta. Me precipito para volver a ver esos colores maravillosos

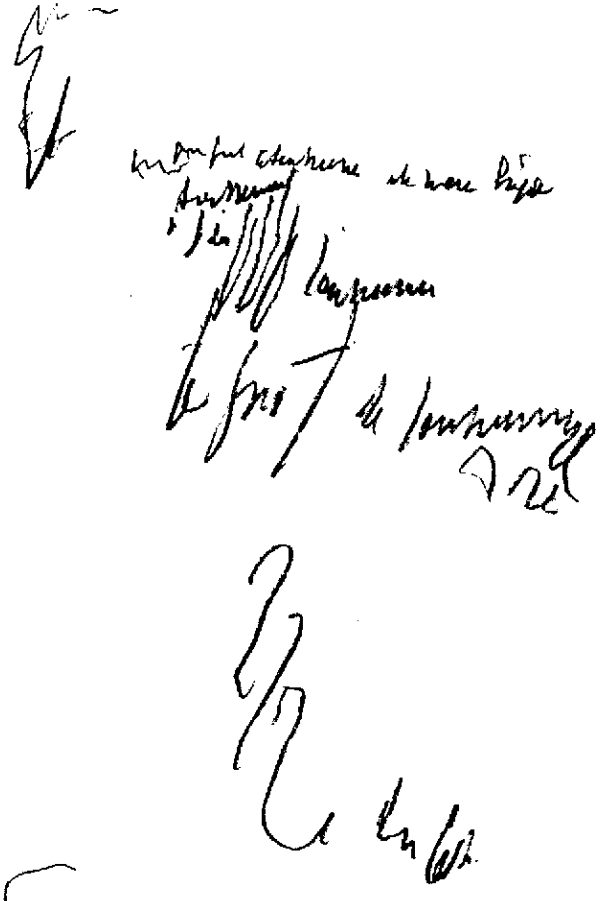


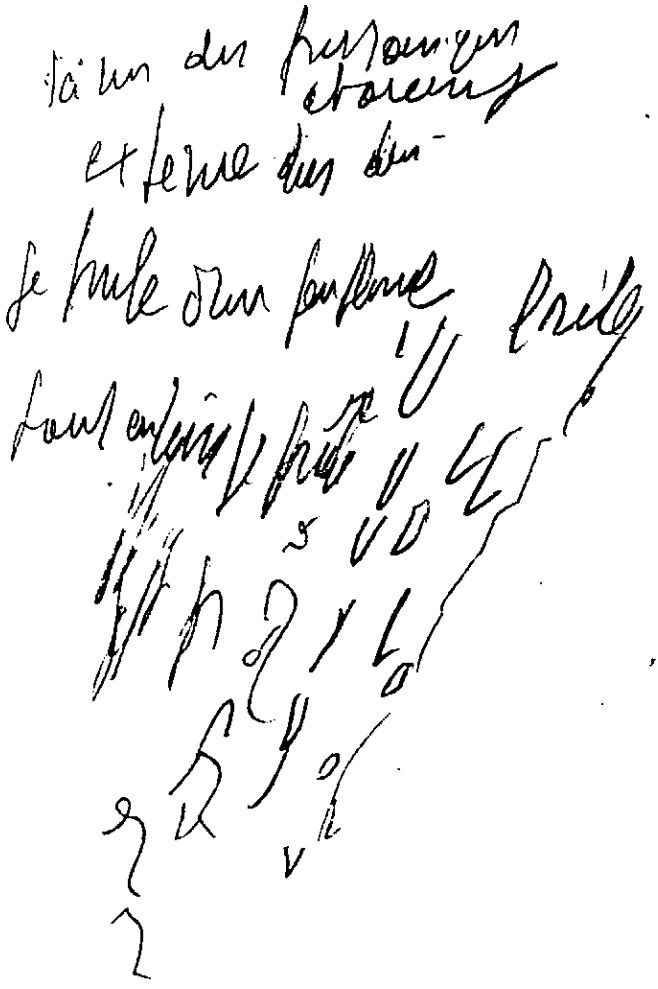


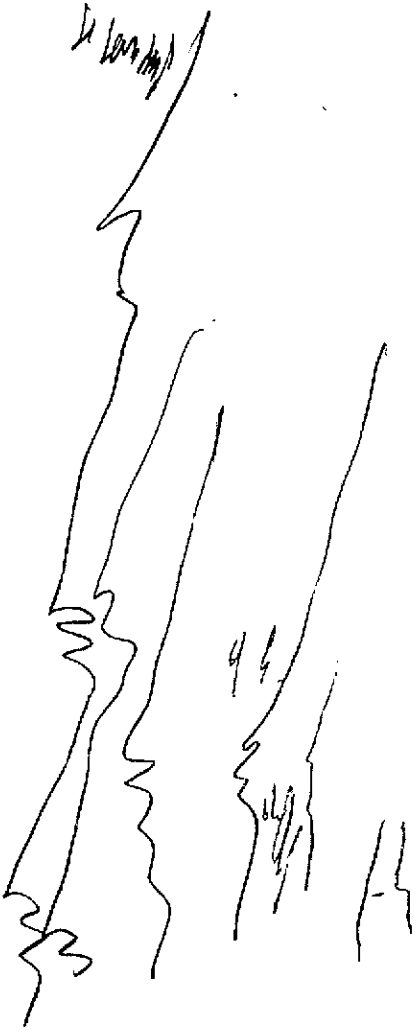


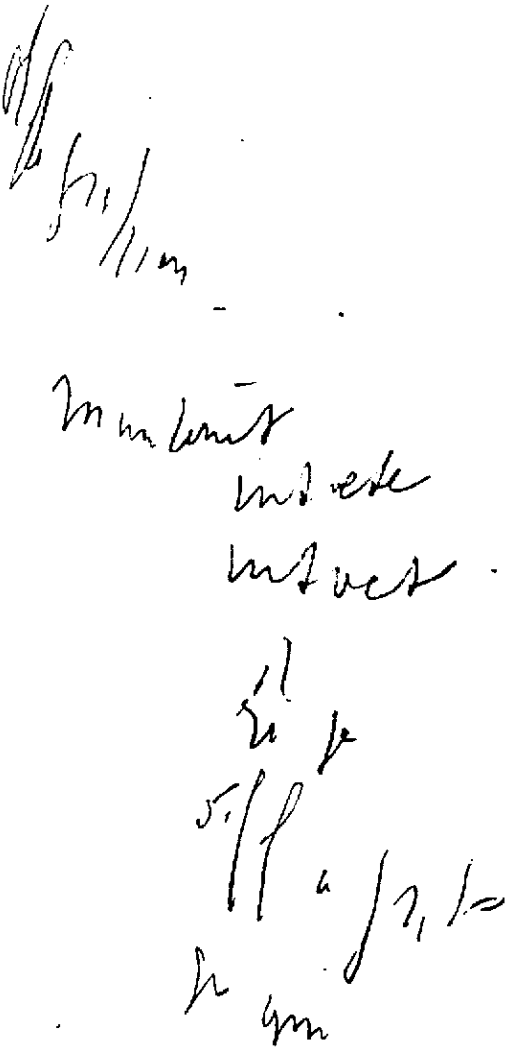


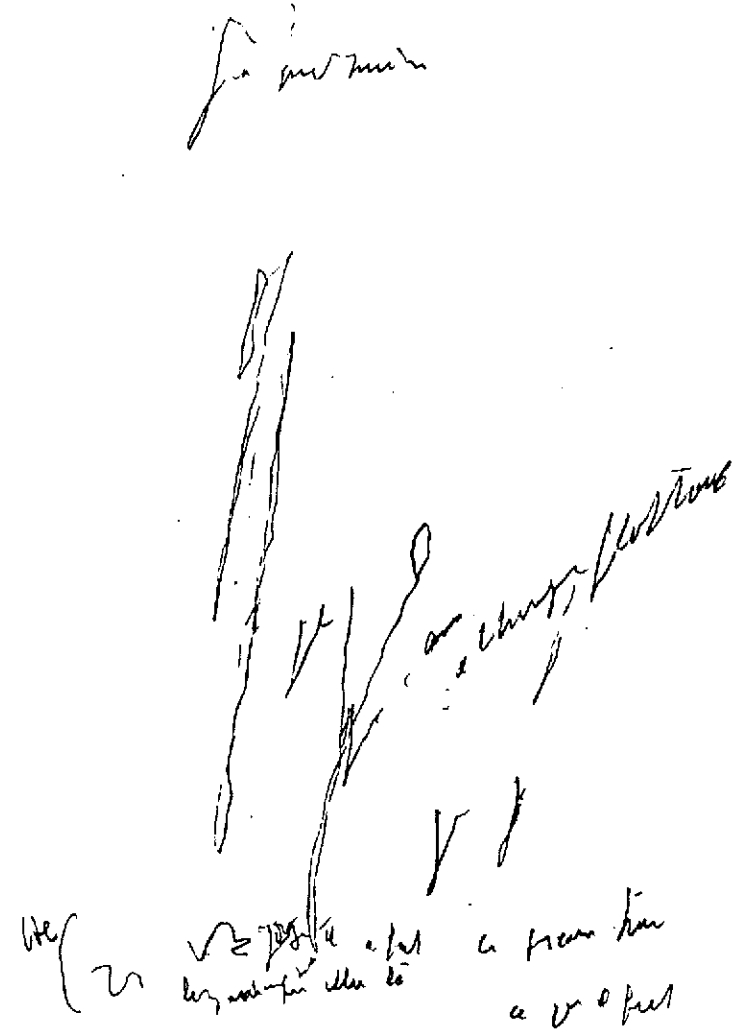


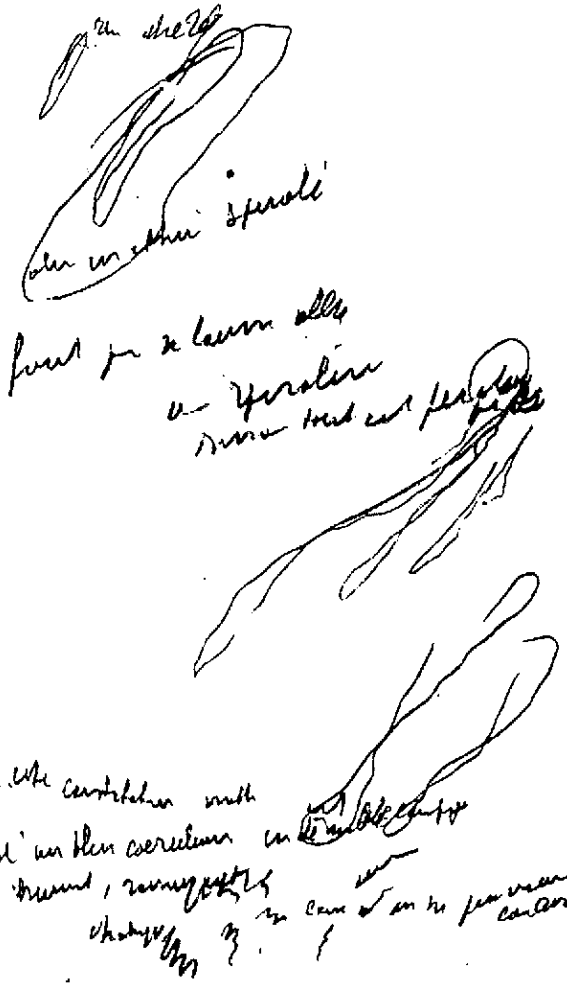


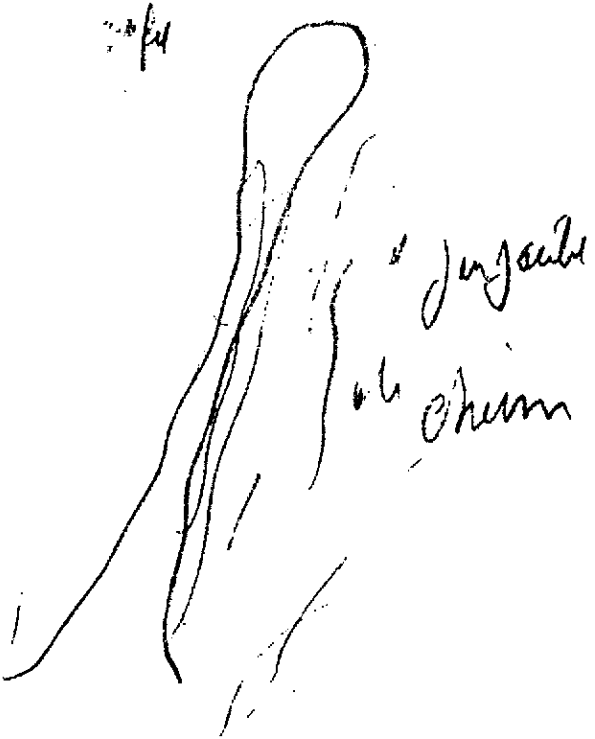


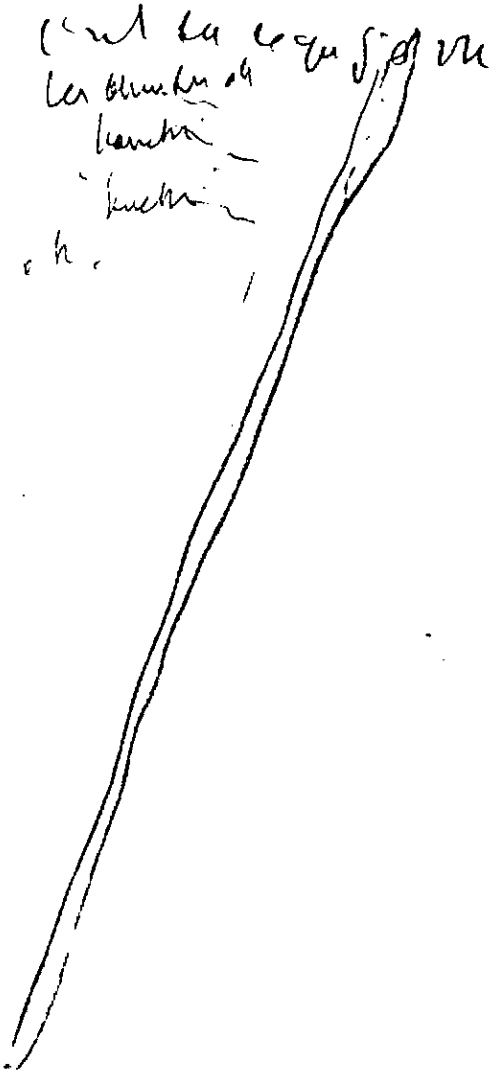












y saber de quién es el cuadro reproducido que he visto apresuradamente y que, sin embargo, reconocería entre todos. Hojeo el libro: Nada. Trato de dejar caer del volumen la hoja extraña. Imposible. Tomo el volumen y, página por página, verifico, y al día siguiente por la mañana vuelvo a verificar y hago verificar por un amigo: Nada. Ante la palabra "Alucinación", *he tenido una.*

Al verla en la cubierta del libro, yo había funcionado. Al instante se había efectuado. Sin embargo, no había comprendido y buscaba vanamente, más verdadera que una verdadera, la admirable reproducción en colores entre las páginas grises del libro que la había suscitado.

III

CARACTERES DE LA MESCALINA

Visiones. Lo que la Mescalina impulsa a ver

EL QUE recibe un puñetazo en el rostro ve mil velas o mil estrellas centelleantes, pero no ve un volquete de hollín o un acto de una pieza de Shakespeare, aunque sea abreviado.

Lo que da por encima de todo la Mescalina, es una vibración enorme, múltiple, fina, polimorfa y terrible, que parece que no va a terminar jamás

En lo más intenso de su acción la mescalina provoca imágenes enceguecedoras o hendidas por el rayo, zanjas de fuego, así como hombres lejanos o liliputiensemente * pequeños, animados por un movimiento rápido, más cercano al de los pistones de un motor que a ademán humano alguno.

Muchísimos cristales y todo concluye tarde o temprano en cristales.

Más debilitada, pero aún muy agitante, ostenta grandes campos de colores de millones de puntos distintos y expande muchedumbres con la agitación de las muchedumbres. Más tarde sólo es capaz de agitarse como orugas en marcha. Las formas casi siempre innumerables, extremadamente alargadas, exageradamente endebles y gráciles, hendidas en su mitad, permiten ver delgados minaretes, columnitas como agujas, torrecillas demasiado lindas, losanges y lo que puede haber de más esbelto en cualquier género, esbelto y endeble. Más que hendi-

* La imagen liliputiense en la mayoría de las toxicomanías ¿no se deberá a que la imagen que es prodigiosamente pequeña no vuelve a agrandarse, como ocurriría normalmente?
El mecanismo de agrandamiento (o el sentimiento de que es más grande) no funcionaría más.

das, están a veces quebradas * (al menos reducidas) en su mitad o en varios sitios. Para quien no haya probado más que una vez la mescalina, las artes mejicanas (estatuas zapotecas y toltecas; y templos aztecas) con múltiples líneas de fisura, se vuelven elocuentes y significativas.

Más débil aún, la mescalina hace temblar todo con pequeñísimos temblores incesantes, oscilaciones, encajes-desencajes. Reina allí un ínfimo y permanente sismo, que hace pensar en un proceso ruiniforme, sin que nada, a pesar de los incesantes lagartos, *caiga* en ruinas.

Más tarde aún hace ondular ** todas las cosas, con una casi imperceptible y microscópica marejada. En esta especie de alfombra andante que desfila de un extremo a otro del campo visual, se puede reconocer, según su temperamento, sus preocupaciones, sus impresiones últimas (importancia de las últimas), según los incidentes del momento (ruidos fortuitos, palabras oídas, o incluso pensamientos transmitidos, pues uno se ha vuelto extremadamente receptivo), *se puede reconocer,* digo, *cualquier cosa,* con tal que, única condición, sea por miríadas, es decir muchedumbres, cuadros de flores, ciudades, rebaños, campos en barbecho, dioses, o, quien no sabe inventar o se opone a ello, múltiples puntos únicamente de color. Cierto espesor más bien que un verdadero relieve y superficies cuyo tacto resultaría ligeramente desagradable.

como si se vieran las ciudades y los signos de una especie de civilización de las maríadas

Así como hay un estilo mescalina, hay colores de la mescalina. A quien la ha probado es posible mostrárselos en la realidad. Los reconocerá. (No siempre aquéllos sino los que tengan el mismo aire de familia.)

---

* La vibración quebraría la línea recta que querríamos trazar.

** La impresión de ondulación podría provenir, advierte el Dr. Ajuriaguerra, de la irregular aparición de puntos sobre una superficie.

Estadio I. Violencia por el movimiento

Los chillones primero *. Rojos estridentes pasan junto a los verdes absolutos. Es un drama óptico. Los repugnantes después. Pedrerías en cantidad, visiblemente falsas, son el incansable regalo.

Debilitándose más, la mescalina distribuirá hasta el agotamiento tejidos con aguas, rasos dudosos, objetos niquelados cuyo níquel ha sufrido deterioros y revestimientos de tonos provocativos. Por momentos hay colores muy intensos y puros, pero tarde o temprano el bazar retorna, reduciendo a la nada el efecto de las bellezas precedentes. Cualquiera sea el color, el matiz dulzón, verdadero halago para la visión, es el más corriente.

Estadio II. Halago por el movimiento

El que detesta las seducciones fáciles va a rabiar. ¿Pero por qué torturarse los nervios?

La mescalina provoca un estado vibratorio. Vibraciones múltiples, al comienzo casi fulminantes. Con amplitudes anormales, con muchas puntas. Habría que efectuar su prueba experimental. Lo curioso es que en ese estado nos mantenemos sensibles y en la epilepsia no. Caemos en él, simplemente. La descarga eléctrica de las neuronas es acaso menos masiva y las ondas diferentes. El estado de esquizofrénicos agitados debería ser también examinado desde este punto de vista.

El alargamiento fantástico de las imágenes en la visión mescaliniana podría tener una relación con las puntas. Las puntas, al comienzo de la intoxicación, son muy altas, y siguen varias, muy próximas.

La imagen visual es (o se acompaña de un fenómeno que es) del mismo orden de tamaño quizá que esas vibraciones agrandadas, lo que explicaría también la interferencia onda-imagen y también onda-pensamiento (esta última constreñida hasta la locura) y que ha sido observada y registrada aquí en muchos pasajes.

---

* A consecuencia de la vecindad frecuente de los colores complementarios (?) —ver Rouhier— *El Peyotl. La Planta que hace que los ojos se maravillen.*

Visión, puerta del estadio segundo

Es curioso que en la técnica yoga y en algunas otras la posición forzada de los ojos excesivamente convergentes en la contemplación inmóvil de la punta de la nariz, baste para dar, maltratando los globos oculares, visiones y alucinaciones, y para provocar el estado segundo, una especie de autohipnosis. La droga sigue el camino contrario. La mescalina va del córtex óptico al ojo, y en la técnica yoga el recorrido es inverso, del ojo al córtex óptico.

"Vuelva a verme —me dice el gurú, a quien habían querido confiarme— cuando, luego de meditar en esa actitud, vea allí una luz". Se refería a mi frente. Ese recuerdo vuelve ahora. Es probable que, una vez más, por exceso de orgullo, haya perdido algo esencial. Me disgustaba utilizar un procedimiento tan exclusivamente corporal. ¡Tonto miramiento de señor! La mediocre condición humana hay que recorrerla de un extremo a otro, sin fin, sin vergüenza. *Después,* no antes, liberarse de ella... si se puede, si es realmente eso lo que hay que hacer.

* * *

La mescalina disminuye la imaginación. Castra la imagen, la desensualiza. Produce imágenes ciento por ciento puras. Se transforma en laboratorio.

Las mías, como las de muchos, como las de los no-científicos, viven habitualmente en los olores, los ruidos, los contactos, el calor, la carne y se mezclan con todo.

Ella (la mesc.) produce imágenes tan exactamente despojadas de la buena piel de la sensación, y tan únicamente visuales, que son el escalón de lo mental puro, de lo abstracto y de la demostración.

También es la enemiga de la poesía, de la meditación, y sobre todo del misterio. Lo tiene quizá. Así una cabalgata no lleva a la meditación aunque sea tan lenta para quien la capte como la muerte interminable de un anciano. Pero la velocidad, ¡ay! Un

opiómano me interrogaba sobre la mescalina. ¿Agita o calma (es decir, es capaz de grandeza)? Ante mi respuesta, abandonó el tema con desprecio.

* * *

La Mescalina repite, enumera

La *mescalina es un desorden de la composición.* Se desarrolla tontamente. Primaria, minus, chocha.

Ligada a lo verbal, redacta por enumeración. Ligada al espacio y a lo figurativo, dibuja por repetición. Y por simetría (simetría sobre simetría).

El sismo que ha conmovido primero el córtex visual, lanza sus vibraciones hacia todas partes. Algunas se advierten. Otras se ignora por dónde pasan. Se sospecha que muchos compartimientos del cerebro ya no están intactos. Compartimientos de palabras acusan el ataque y muchas barreras útiles caen. Acuden palabras que no queremos, tonos y colores que desechamos.

Dos semanas después de la última experiencia, todavía no lograba escribir sin repetirme y de la manera más trivial, sobre todo carente de imágenes (naturales), que hubiera necesitado como ejemplos de las leyes que me parecía haber descubierto, o bien volvía a las imágenes padecidas durante la experiencia, pero sin ninguna libertad frente a ellas, sin variaciones posibles, como un verdadero paralítico de la imaginación.

Incluso en la conversación, aunque más locuaz, menos contenido, me había vuelto indigente en imágenes. "La planta casta" * (Rouhier) es el terreno y el triunfo de lo abstracto.

A pesar de las apariencias estamos en lo abstracto, en lo rápido abstracto. (Rápido sobre todo si no hay encadenamientos de palabras). Es imposible detenerse. Sus seres son dibujos; sus formas, esquemas. La imagen no llama a la imagen, la suscitan

* Casta, antierótica, aunque deja la virilidad intacta, en efecto, pero sin que el goce mismo llegue a *desabstraer*.

una reflexión, una palabra, una abstracción *. Acude por evocación.

La imagen: fijación de la idea. Lo abstracto —abstracto es una manera de seguir corriendo—. La imagen es un procedimiento de fondeo, la vuelta a lo sólido. Sin imágenes, no se tendría la prueba de lo abstracto. No se sabría si es una idea o remar en el vacío. La imagen es la prueba de su logro, su aterrizaje, su merecido reposo. Se avanza por abstracciones, pero se reposa en la imagen.

En la mescalina, las imágenes son el epifenómeno (abundante y molesto), pero lo que cuenta es lo abstracto.

Nos inundan claridades. La reflexión más chata, pues estamos muy *matter of fact,* sigue a algunos rebotes en la metafísica. Saltando y volviendo a saltar sobre otras ideas, todas las cuales le sirven de trampolines, tomando informes al vuelo, no deja de avanzar vertiginosamente, de iluminar, de descubrir, con un devorador apetito de detección que pronto hace descuidar la feria óptica que la acompaña o los cretinos balbuceos de la lengua derrotada.

Los agregados al pensamiento principal se hacen fenomenalmente rápido, las correcciones aún más rápido; retrocesos como el relámpago recaen fulgurantes sobre lo que había quedado en la sombra y que resplandece con la última evidencia. En esta abstracción, ningún tartajeo, ningún circo, contrariamente a las visiones que en vano intentan seguirla. Su velocidad prodigiosa y ridícula es una tortuga al lado de la abstracción que las precede y continúa su carrera sin ocuparse de ello.

---

* Contrariamente a lo que durante mucha tiempo se ha pensado, la videncia (ver observaciones del Dr. Jarricot) no es tampoco videncia de imágenes. El vidente *sabe* de golpe (tiene la intuición) que, digamos tal persona, cuyo nombre se le dice, está encinta. Después y mal y tanteando y engañándose fabrica imágenes a la ventura: congestión de ovarios, detalles diversos, apoyados en un bagaje científico insuficiente y descritos falsamente.

El hombre sabe primero, después comprende, *tertio* ve y cree ver y amplifica.

Del mismo modo, el verdadero poeta crea, luego comprende... a veces.

En lugar de un trabajo de construcción, la inteligencia bajo el efecto de la mescalina efectúa sobre todo recorridos. Sobresale en recorridos. Sin descanso, no contemplativa. Lo que le falta es ser panorámica, tener una visión *de conjunto,* trabajar sinópticamente. La que atraviesa espacios —por otra parte crítica de la otra inteligencia— carece de sentido crítico y sigue su camino, cavando sin mirar a su alrededor. Yo mismo, engañado por las luces que recibía sobre todas las cosas, sobre todo problema examinado (y todo se me convertía en problema y se ofrecía a mis desciframientos), cedía a la tentación de creer en las nuevas claridades, que —lo sé, sin embargo, y habitualmente me guardo de ello— no son más que ilusiones o, en el mejor de los casos, la vanguardia de nuevas oscuridades, de las que hay que guardarse como de la peste. Qué ironía, era la mescalina, por su misma falta mescaliniana, la que me daba la ilusión de comprender la mescalina, me arrojaba en explicaciones de primer grado y me hacía efectuar imprudentemente cien reflexiones... y este libro.

* * *

Es difícil introducir una imagen en la mescalina y fijarla en ella, pero la mescalina realiza las ideas, incluso de través, y las cubre de imágenes acto continuo. Al menos las que pueden circular sobre su fondo vibratorio, donde se agitarán en muchedumbres ridículas y tontas; pero tonto, sobre todo, quien se deje distraer por ellas.

Los huichols, los tarahumaras, y muchos otros mejicanos se reunían para ingerir el mismo alimento. ¿El mismo? Se dirigían a un dios al acudir al Peyotl, y los demás dioses invitados por la solemnidad del acto sacramental no estaban lejos. Los de los volcanes, del fuego, de las cosechas, de la lluvia, el de los astros y el Universo. Le bastaba al indio pronunciar el *nombre* del dios que adoraba, para que éste, *mandado* por la palabra, *apareciera.*

Fenómeno de la aparición a la evocación

Lo que se aprende en demonología parece ahora aclararse, a saber, *que el nombre es todo.* Cosa verificada aquí.

El demonio, una vez llamado, aun cuando no exista, aparece a quien ha tenido la imprudencia o la audacia de pronunciar su nombre, permaneciendo en estado segundo (ya sea que el trance provenga de la exaltación por la fe, por la danza, o que, muy simplemente, como se hacía en el mundo entero y según el ritual, se haya mascado previamente algunas hojas de datura o las extremidades florecidas del cáñamo indio).

En cuanto al occidental de hoy, que hace tiempo no cree en los dioses y que sería incapaz de imaginar una forma bajo la cual serían susceptibles de aparecérseles, lo que su espíritu capta, único dios que él percibe todavía y que sería vano adorar, es la infinita relatividad, la cascada interminable, la cascada de las causas y de los efectos, o más bien de los precedentes o de los siguientes, donde todo es rueda que arrastra y *rueda arrastrada.* Aun esos pasajes de una rueda a otra, que erradamente se llama dispersión, son acaso molestos para muchos pues su espíritu aspira a unir. Como no les gusta esa velocidad, incapaces de volar, se ponen a dormir como lo harían en el tren.

A falta de dioses: Pululación y Tiempo.

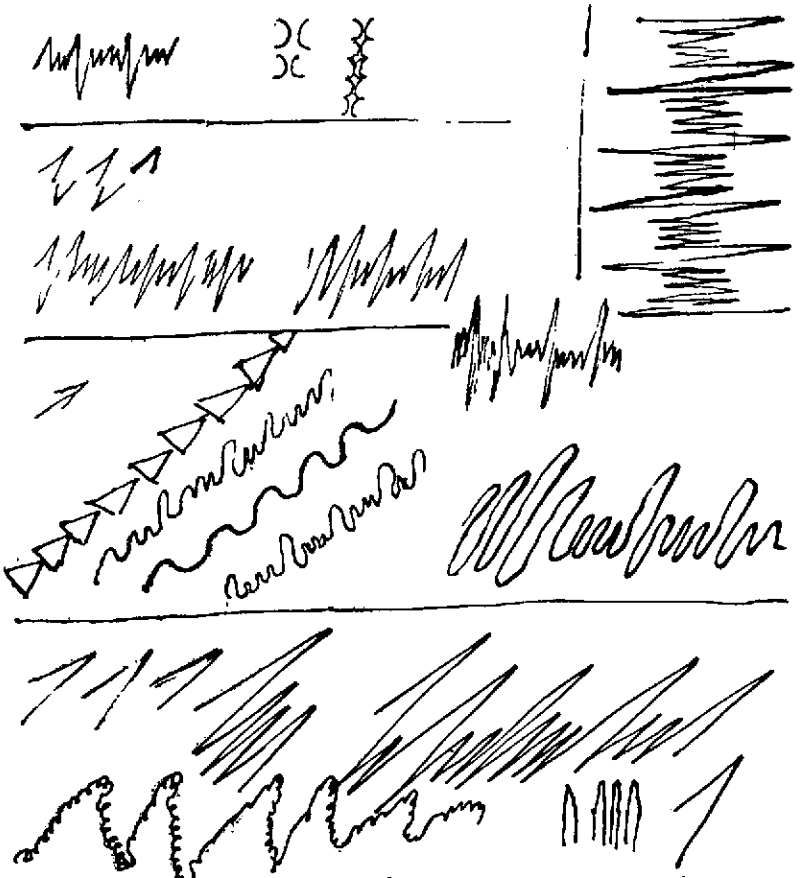
En la mescalina el tiempo es inmenso. La aceleración fantástica de las imágenes y de las ideas lo ha hecho así. Ahora es soberano. Las cabezas de cohetes de las ideas siguen prodigiosamente rápido, sin afectarlo. Dios debería vivir en uno semejante, si existiera...

El otro tiempo no lo alcanza.

En el sensacional domingo en que me fue dado cambiar de tiempo, estoy a salvo.

Tiempo nuevo, tiempo que, por otra parte, de ningún modo aparece como inadmisible, sino más bien verdadero tiempo encontrado. Lo inconmensurable es natural. Es lo único natural. Por extraño que sea, hemos vuelto a lo nuestro. Hay seguridad.

¡Espacio! También el espacio ha cambiado. ¿Que la mescalina no se ha contentado con el espacio, como hace el éter en que uno se zambulle, donde se vive principescamente, en un perfecto y grandioso aislamiento?



Vibrations et formes élémentaires qui sous-tendent la plupart des apparitions et poussent à voir une pullulation de pointes, de hampes, de clochetons et de collonettes microscopiques ainsi que des formes élancées, fines, cintrées, indéfiniment répétées et de petites formes convulsives aux déplacements égaux d'avant en arrière et d'arrière en avant -

¿Que no nos importa la paz con sus imágenes? Deseo absurdo; son ellas, omnipresentes, las que condicionan ese espacio. Soy un continente de puntos. Estoy emparedado entre acantilados de puntos. Una pared sin fin de puntos es mi frontera. ¡Pululación! ¡Pululación por todas partes! Pululación de la que no se puede salir *.

Espacio que rebosa, espacio de gestación, de transformación, de multiplicación y cuyo hormigueo, aunque no fuera más que una ilusión, daría mejor cuenta que nuestra vista ordinaria de lo que es el Cosmos. Medio rápido, único (aun cuando los enfermos de infinito lo encuentra más o menos en todas las drogas), de entrar en comunicación con lo infinito corporal. Ese interior espacio estrellar es tan sorprendente y tan precipitados son sus movimientos, que no se lo reconoce como tal. Autoscopia celular en que las energías se perciben mejor que las partículas y donde pronto se superponen como en una pantalla las imágenes desencadenadas por el pensamiento superactivo.

En esa desordenada aglomeración de partículas, más dominada por las ondas que por esférulas, reina por momentos una no menos insoportable e infinita rectitud.

La simetría (más mecánica que pensada, en general completamente situada fuera de propósito y locamente repetitiva) podría calcarse sobre las ondas cuya sarta interminable seguiría la atención, saltando a izquierda y a derecha de una línea ideal, de modo que se puede dejar atrás esa explicación.

La repetición (que también crea simetrías) es curiosa pero de otro modo. No se trata, naturalmente, de figuras repetidas tres o cuatro veces. No hay aquí menos de cien repeticiones y aun la última no es más que el fin provisional, hasta el momento en que la observamos; entonces se repite en seguida, dos, tres, cuatrocientas veces.

---

* Ver al final la observación de Be. S. sobre el espacio, condicionado, según él, no por las imágenes pululantes sino particularmente por un sistema durable y tendiente a volver que él llama imagen privilegiada y cuyo análogo cree encontrar en la imagen, en mis visiones, del "surco", a la vez cambiante y permanente.

Extraña multiplicación (todo este universo nace por gestación espasmódica).

crecimientos discontinuos

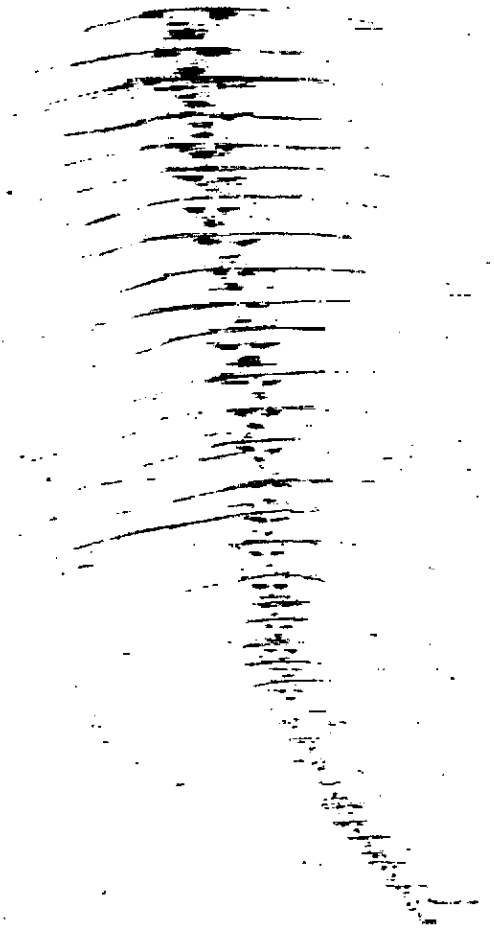
progresiones probablemente correspondiendo a quantas

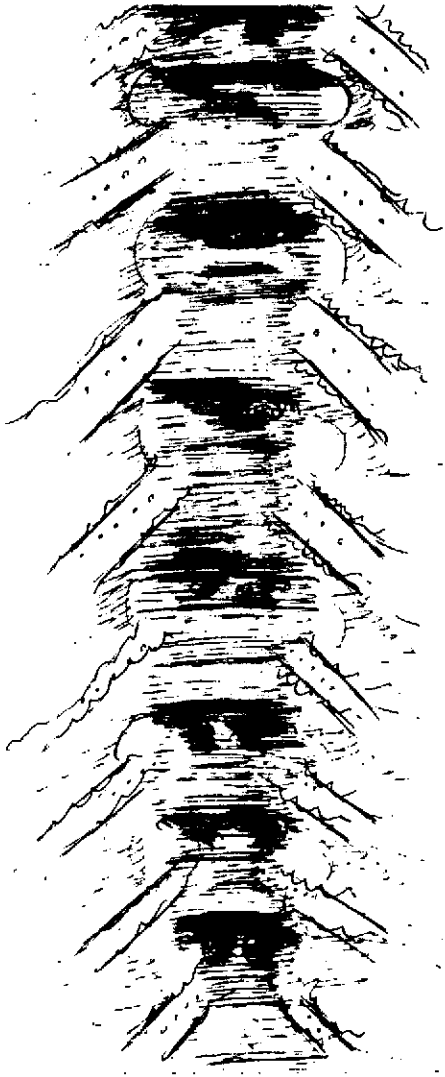
Las generaciones sucesivas de un cuerpo, las multiplicaciones sucesivas de una figura (geométrica o natural) se producen por descargas sucesivas, con detención total después de cada una o después de cada serie, seguida de una continuación casi inmediata, y todo a tal velocidad que a veces es casi instantánea. Muy a menudo cada fase es perfectamente visible, recortada, estupenda; rapidez y crecimiento *por quanta de energía.* (Ocurra lo que ocurra en este espacio, tenemos todo el tiempo para asistir al espectáculo. Con nuestro tiempo nuevo, con nuestros minutos de tres mil instantes no seremos superados, con nuestra atención subdividida no nos sobrepasarán. Jamás.)

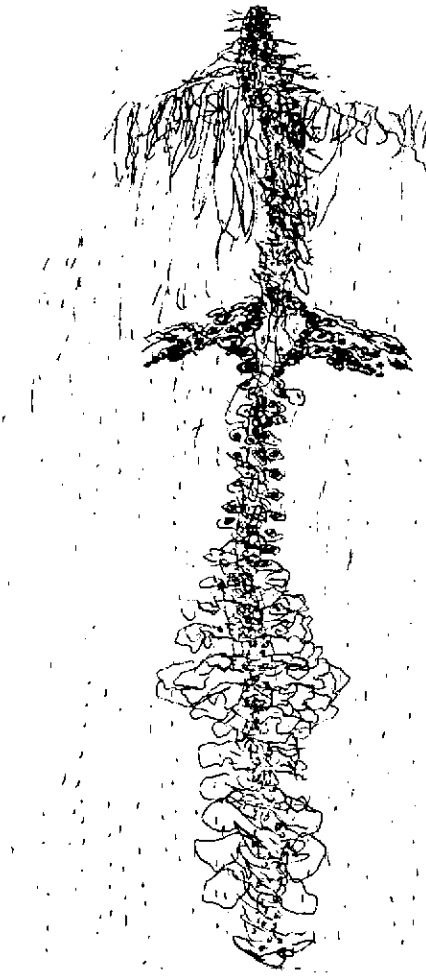
Y sin embargo, como testimonio de las armonías complejas que se establecen en el ser en las situaciones más inauditas (por otra parte, el cuerpo emplea más de tres horas para recuperar su ritmo), un ritmo extraño y lento se instala en nosotros poco a poco y constituye el ciclo de los cuatro minutos, que parece mucho más largo. Cualquiera sea el espectáculo que observamos en nuestra visión, sufrirá después de este lapso un vuelco general. De golpe, otra composición ocupará su lugar, se desarrollará, se repetirá hasta que un nuevo trastorno se produzca y la atención pase a la visión siguiente. Es entonces cuando se lanza un ligero suspiro, pero de extremo alivio, que conmueve a quien lo oye y lo reconoce; pero la nueva presentación no tarda. Aquí está, surge, se forma, se desarrolla, se amasa, se muda, se multiplica; luego de transcurrido su tiempo, también ella desaparece y no volvemos a verla más.

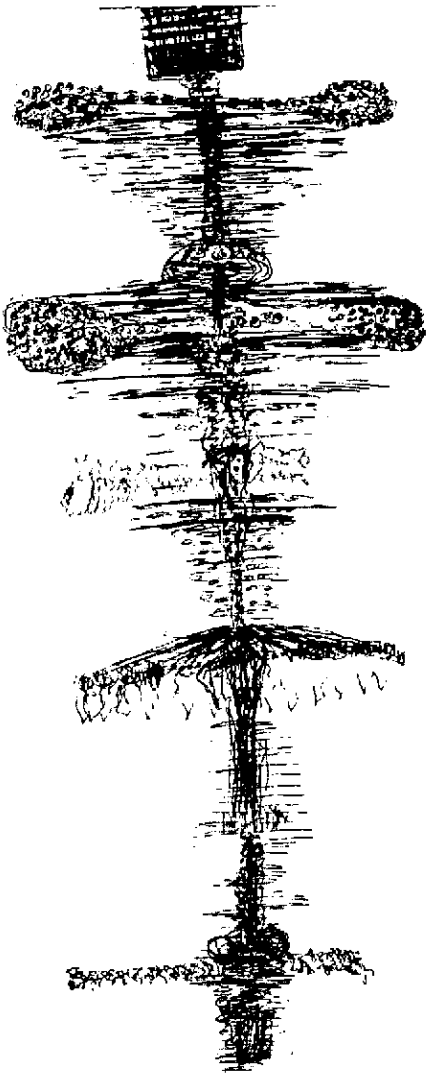
Todo aquí, aunque se trate de la mayor ciudad debe ser construido y acabado en cuatro minutos

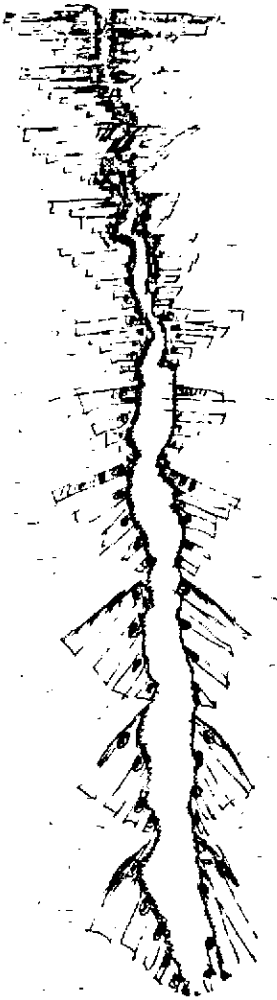
Cuando se calma el efecto de la mescalina, los espectáculos se encuentran muy caprichosamente metidos en su nido de cuatro

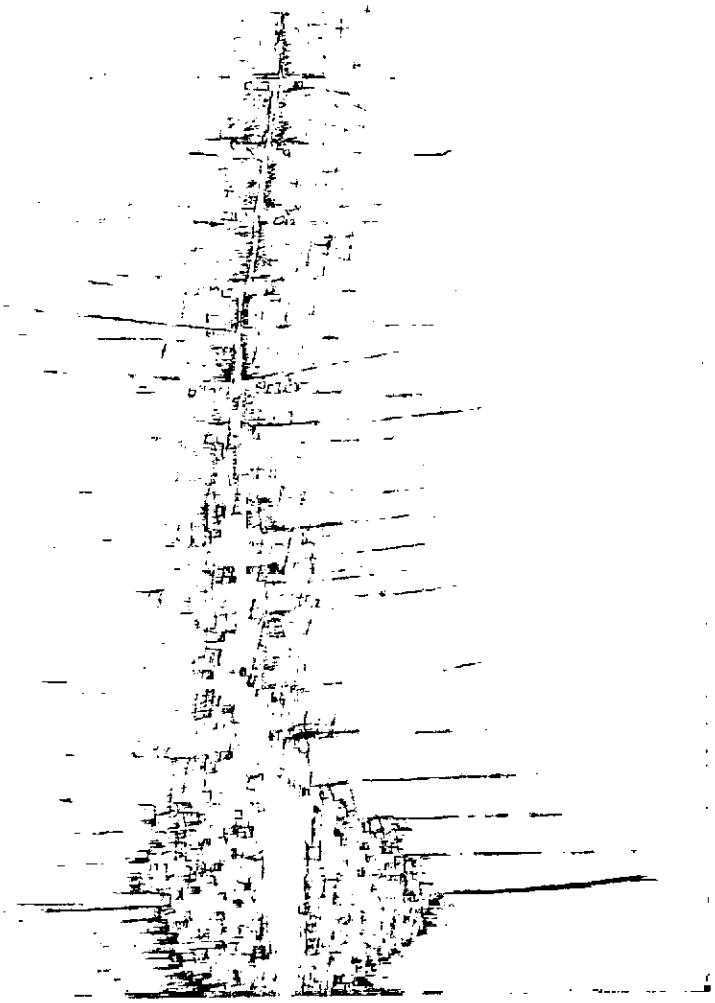


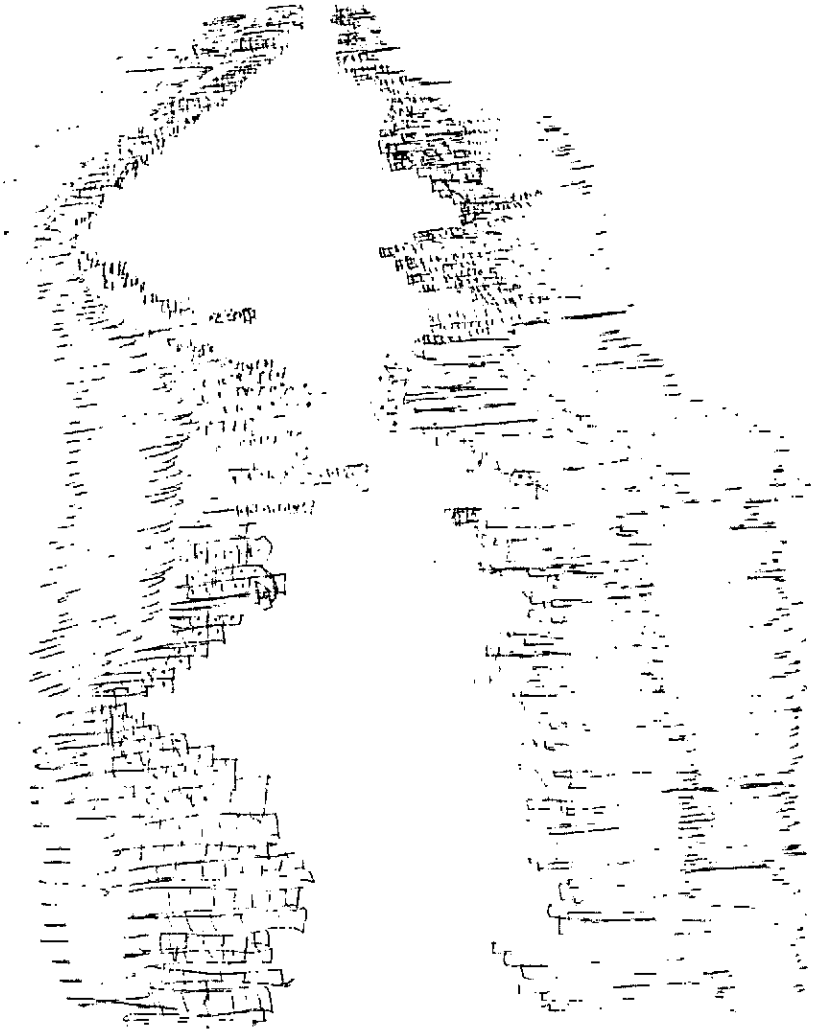












o de tres minutos. Completamente diferente es su comienzo, su plena fuerza, su tormenta. Entonces todo teatro desarticulado por los demás choques, por las demás "tomas" padecidas en todo el ser, cruje y no quiere decir nada más. Lo múltiple y lo encabalgado se realizan en usted.

En el mismo momento, es decir en los veinte momentos que constituyen un momento ordinario, en un tercio de segundo quizá, siento un escalofrío, veo estremecerse la palabra, veo pequeños *friss* escritos al infinito, y sus *s* silban aunque sin hacer ruido; al mismo tiempo me rastrillan, me tirotean, varo en escollos, quiero proclamar muy alto, y todo lo que pasa ocurre desde el comienzo de lmundo, y al mismo tiempo es *suffixe* [1] y *patissier* e infinitos *frottis* se producen, y superlativamente, superlativamente es lo que es, y es seguro, absolutamente, superlativamente en las sacudidas ininterrumpidas...

Así la droga sobreexcitante toca muchas teclas en mi cabeza, pero no sabe tocarlas ni sabe hacerme tocar.

Interminablemente interrumpidos, nuestros ensayos de composición no dejan más que esta constante... *Muy*... Es muy... Todo es muy...

* * *

¿Qué expresa quien dice "un ser infinito"?

un mecanismo de infinitud

Sería jactarme hablar más inmodestamente de lo infinito que de lo finito. No toqué nada. Estaba en un *mecanismo de infinitud.* Todo lo que aparecía quedaba preso en ese mecanismo. E incluso si digo "todo", esto equivale a jactarme. Lo que allí aparecía era lo triste más que lo importante.

Pero al contrario de lo que ocurre con lo finito, en lo infinito no había ninguna diferencia. El tamaño no hubiera sido más grande ni tendría la menor necesidad de ser aumentado, aumentado, aumentado y siempre, siempre, siempre.

1 Estas palabras han sido dejadas en francés porque se asocian en sentido sonoro con la primera mencionada por el autor. *(N. del T.)*

Yo no había llegado a ello tampoco por una mayor abertura de espíritu, más abarcadora, sino —¿cómo decir?— por una división más grande, y lejos de haber deseado tocar el "ser infinito" (?), yo había más bien aceptado, en contra de mi instinto, la infinita fragmentación, el estado bullente de lo más menudo que divide todo y lo compone y lo recorre.

Si yo asistía a una "serie * en infinitud", no se trataba de la grandeza de los imperios, se trataba, por ejemplo, de un error, del cual, al advertirlo, me desembarazaba para caer víctima de uno nuevo, del cual, al advertirlo, me desembarazaba para ser alcan-
modelo de infinito zado por otro error, del cual, al advertirlo, me desembarazaba, para ser aferrado por un nuevo error, del cual, al advertirlo, me desembarazaba, para caer en un nuevo error... como si indefinidamente fuera de una habitación a otra en un palacio de innumerables departamentos, pero construidos y recorridos en una sucesión tan rápida que quizá cincuenta segundos hubieran bastado. El fenómeno radica justamente en que no se trata de contar. El alienado —pensaba— que gracias a su locura conoce semejante carrera relámpago, ve seguramente con piedad la simplificación miserable de los razonamientos en torno de él, tan laboriosos, desarrollados por hombres normales que quieren hacerlo encerrar. También acepta que lo metan en el asilo, *quid pro quo* añadido a las centenas de *quid pro quo* cuya fila interminable ve alargarse en el horizonte, desalentando en él toda palabra. Por sentimiento de infinito, deja hacer.

* * *

Hacia la quinta hora que sigue a la ingestión de la mescalina, luego de los grandes choques del comienzo y los amplios desarrollos que siguen, en la fatiga (¿a causa de ella?), el fenómeno
gravitación de las ideas de las ideas, gravitando como planetas, es sorprendente y fácil de observar (salvo su ronda,

* *Serie* expresa suficientemente que va a finalizar. Pero al quedar atrás por la velocidad de sus componentes, toda capacidad de medición, y al hacer abandonar la idea misma de contar y evaluar, se convertía en un "modelo" de infinito, un modelo práctico y suficiente.

si se efectúa realmente). Acude una idea y rápidamente deja de existir. Cuando vuelve algunos minutos más tarde, parece absolutamente nueva. Justo antes de desaparecer, tenemos el fugitivo sentimiento, si no de reconocerla, al menos de haber pasado muy cerca. ¿Pero cuándo? ¿Hace tres minutos? ¿Una hora?

Paz para los despropósitos.

Desvarío interior de la mescalina

Así el anciano repite quizá cien veces una frase, una idea que noventa y nueve zonas de sombras le han ocultado sucesivamente y que le resulta fresca y espontánea otras tantas veces. Y todo hombre desvaría, pero se guarda de mostrarlo. El anciano, en cambio, no puede contenerse y se traiciona. El niño, por su parte, ¿por qué iba a ocultarse? Sus despropósitos son su fiesta.

La mescalina demuestra a quien la prueba su desvarío interior, pues éste está muy aumentado gracias a la velocidad o gracias a la supresión del mecanismo de freno de esa velocidad.

¿Pero el inventor, el tipo del cual se dice que ha efectuado un descubrimiento pensando siempre en él?

La diferencia con el desvarío puro, que no mejora la idea, cualquiera sea el número de pasajes de ésta, es que el inventor o el creador, en cada pasaje, realiza vivamente un nuevo vínculo, reuniendo aquí, separando allí, hasta que al cabo de muchas intervenciones provisionales, crea una obra enteramente conforme con su secreto deseo.

Sea lo que fuere acerca de esos desvaríos, los pasajes (aparentemente) planetarios de un universo acelerado son una de las maravillas de la mescalina. Ella realiza experimentalmente también el mundo de la relatividad. La exhibe. De repente, cuarenta minutos después de haberla absorbido, la rapidez de las imágenes aumenta fantásticamente y el tiempo se trastorna. Todo se modifica. Las ideas son más bien esferas que ideas. La inverosímil irrealidad de la realidad es patente, violenta; las reflexiones desoxidadas y veloces circulan como cuerpos astrales.

Al salir de la mescalina sabemos mejor que cualquier budista que todo no es más que apariencia. Lo anterior no era más que

ilusión de la salud. Lo que fue durante el efecto era ilusión de la droga. Estamos convertidos.

Al otro día y los días siguientes, podemos observar mejor el pensamiento de lo acelerado. (Durante la mescalina la velocidad de aparición y desaparición es demasiado grande.)

Pasan pensamientos a gran velocidad, elementos perceptibles sólo un breve instante. Se trata de atrapar algo para hacer con ello un vínculo mental; se trata de hacer una buena unión o de deshacer otra. Pasaba allí las primeras jornadas de mi regreso a la "salud mental", pues... casi me olvido de decirlo: la mescalina es una experiencia de la locura. Se emplea para su estudio, aunque es raro aún, pero no seguirá siéndolo. Es la "esquizofrenia experimental".

Lo supe después; si no algunos de sus inesperados efectos me hubieran sorprendido menos, y quizá me hubieran parecido acaso menos dignos de atención. En este sentido me creía su primer explorador.

La mescalina me revelaba más sobre la locura de los demás que sobre la mía, y más sobre los síntomas que sobre el fondo. Me hacía revelaciones, principalmente, sobre los automatismos mentales y sobre las constituciones mentales diferentes. Por primera vez comprendía desde adentro a ese animal, que me había resultado tan extraño y falso hasta ahora, llamado orador. Creía sentir qué irresistible era para algunos la inclinación a la elocuencia. La mescalina actuaba de tal manera que me despertaba deseos de lanzar proclamaciones. ¿Sobre qué? Sobre cualquier cosa. Ella regresaba siempre y quería que proclamara algo, pero yo no sabía qué, y no lo averiguaba. Con tal de proclamar algo perfectamente, absolutamente... J. P. habla de una certidumbre absoluta y general que había tenido. Pero yo no la tenía. En mis notas escritas en el momento hay abundancia de superlativos (que me trabajaban), pero en el aire, sin referirse a nada, a ninguno de mis pensamientos, y que en mi libro tuve que suprimir: sin relación con nada.

Me pregunto por qué proceso la mescalina excitaba en mí los superlativos. ¿Por la intensidad de su presión en mí y por la

intensidad proporcional y acoplada de mi resistencia? Quizá. El orador tiene a menudo una fuerte presión.

Si yo hubiera puesto algo mío, sería encaminado a la megalomanía.

Tiraban con fuerza de los hilos que agitan al megalómano. Con fuerza y mecánicamente. Yo no respondía. Una sola buena razón me hubiera arrastrado mejor.

La gran demoledora me ponía también en ciertos estados normales, que no lo son para mí.

xQuizá un día sea obligatoria en el estado universitario y para los futuros "¡conductores!" de hombres la ingestión de la mescalina y de algunas otras drogas bien elegidas.x

Sobre todo demolía algunas de mis barreras, las que hacen que yo sea yo y no otro entre mis otros posibles "yo". Necesité semanas y semanas para reconstruirlos y encerrarme allí de nuevo.

* * *

al día siguiente Así como un pintor moderno que hemos comenzado por detestar, hallar fuera de tiempo y rechazar, daña después y a pesar de todo a quienes antes nos satisfacían, y por comparación los torna grises y fáciles, al día siguiente de la experiencia mescaliniana, ningún cuadro me pareció interesante (salvo, ligeramente, los cuadros mediúmnicos). Todos me parecían tontamente (¡y voluntariamente!) desviados de lo innumerable, si no de lo infinito.

Los que me parecían más hermosos, dos días antes, por ser los más sobrios, me resultaban hoy los más extraños, los más despreciables de acuerdo con las superficiales apariencias del hombre, con su pecho, sus manos, sus pies..., cuando no con su casa. Asimismo las bellas páginas de la literatura me parecían carentes de interés, ciegas, avaras, mezquinas.

El hormigueo, incluso inconsciente, proseguía en mí, impidiéndome comunicarme con la simplicidad; y el tamaño, dema-

siado ligado a la medida, ya no tenía sentido. Estaba perdido para mí.

* * *

diez días después Escribía todavía "en migajas". Me era imposible componer de un tirón, ampliamente. Todo se hacía por pequeños aportes, por muy pequeños aportes, por palabras aisladas, trozos de frases, aproximaciones, por correcciones a veces a la palabra que había acudido media hora antes, pero jamás por varias frases enteras seguidas. Esos pequeños trozos, por otra parte, al cabo de tres semanas, "tenían" un tema, que la aguja de un Norte inolvidable había dirigido secreta aunque sabiamente.

〈En fin, ya no tenía dominio sobre las palabras, no sabía dirigirlas. ¡Adiós, redacción!〉

Con otras barreras, mi barrera contra los "más o menos" ya no funcionaba.

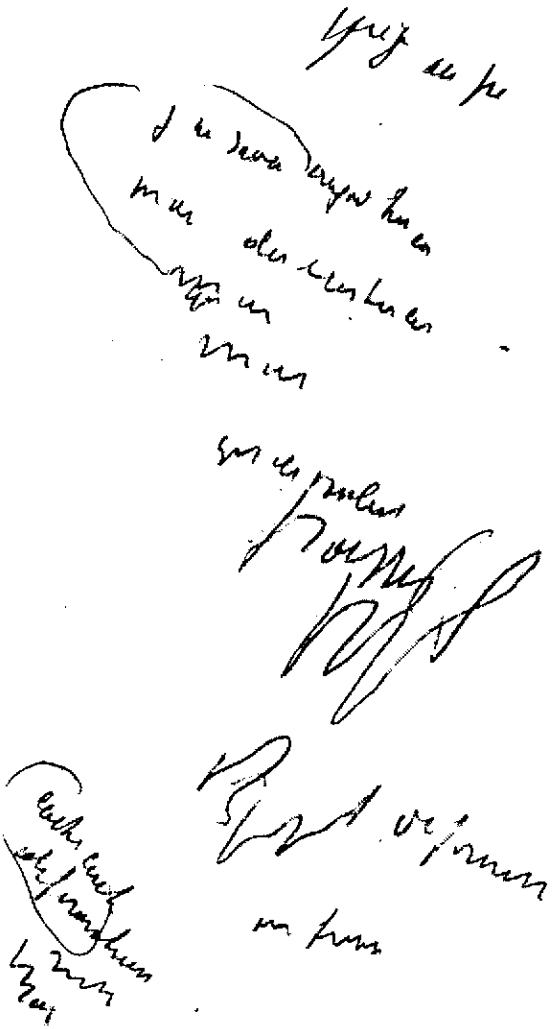
Como mis hermanos desconocidos de Zacatecas, citados en 1737 por el P. de Arlegui en la *Chronica de la Provincia de Zacatecas,* "incapaces, cuando se embriagaban con su terrible Peyotl, de mantener un secreto", a mí también, por primera vez en mi vida, me gustaba más divulgar un secreto que guardarlo. ¿Qué digo? Me precipitaba en la divulgación de los secretos (secretos personales pero que me había prometido guardar).

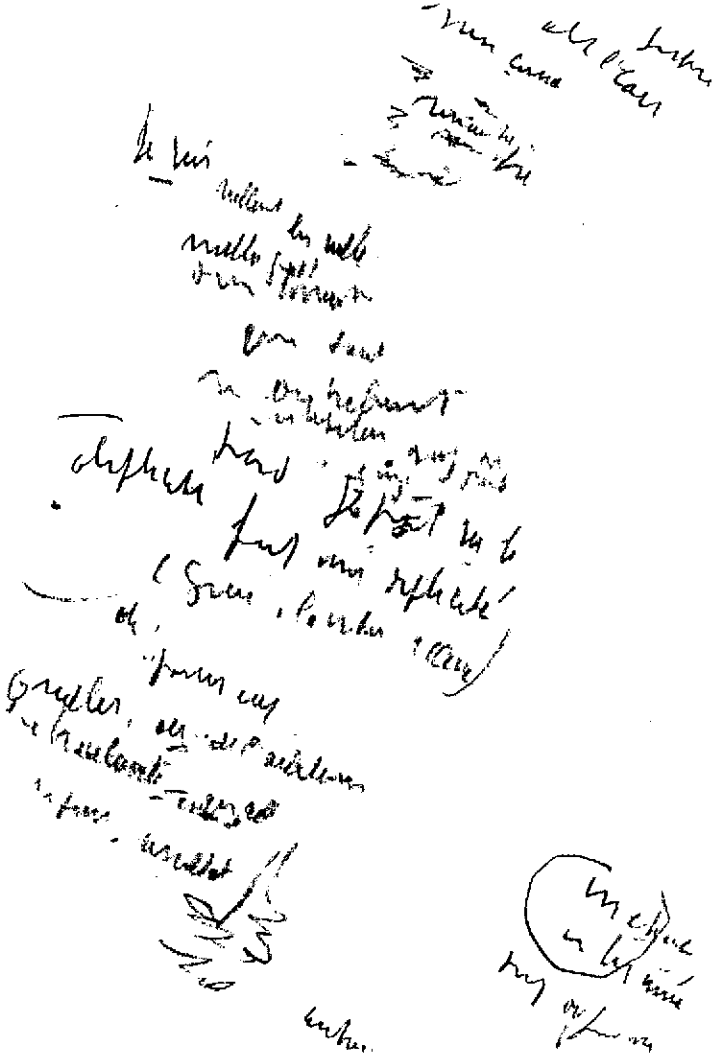
Soltarlos se hubiera dicho una especie de eyaculación.

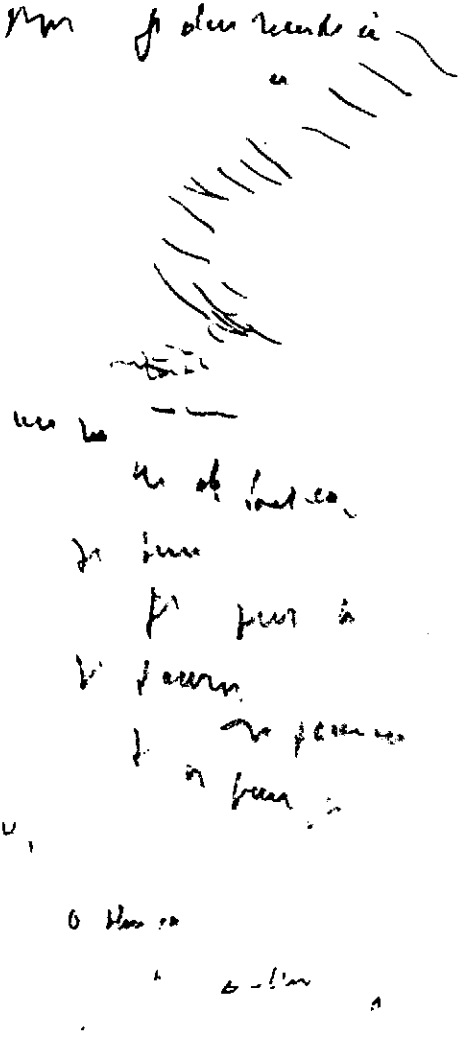
La barrera de las numerosas vacilaciones y tergiversaciones ya no existía. Respondía a las cartas cuando era necesario, por sí o por no según los casos, sin buscar complicaciones. Acudía a los demás, abierto, complaciéndome en abrirme y en verlos abiertos, enfadosa disposición que espero cambiar pronto.

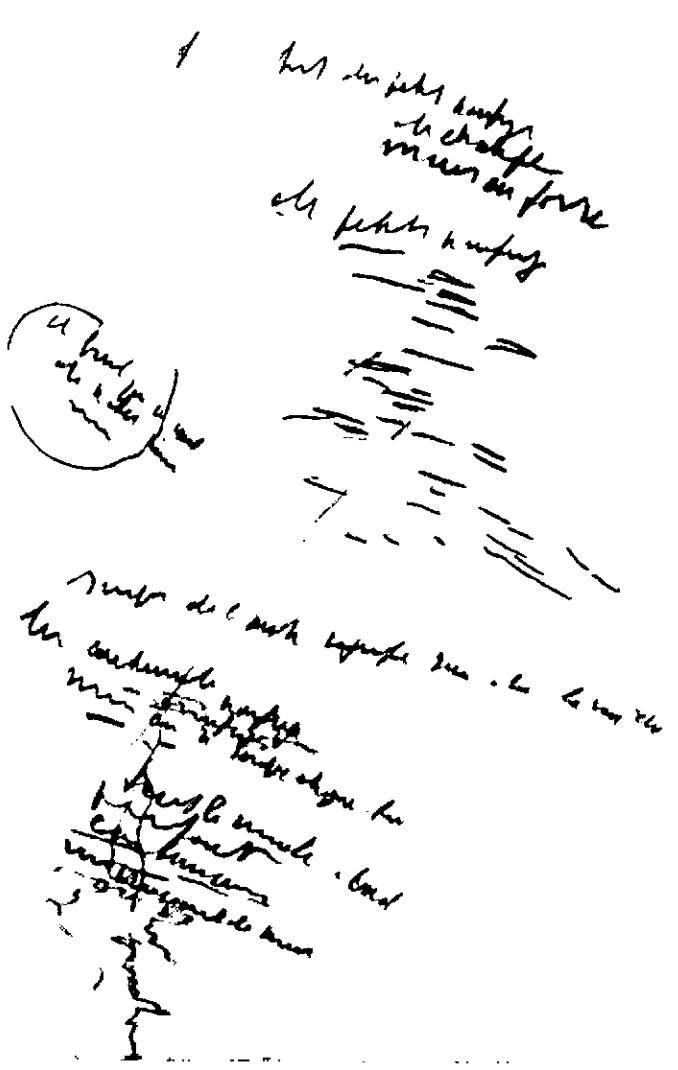
* * *

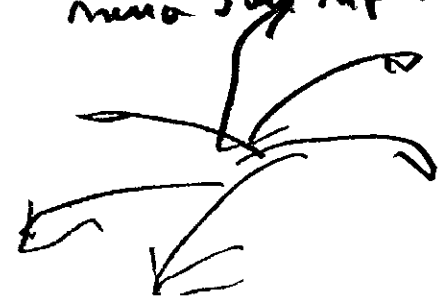
tres semanas después La mayor parte de las imágenes de la mescalina habían desaparecido. Algunas debían ir y venir, sin que me volviera sobre ellas, y no me mostraba

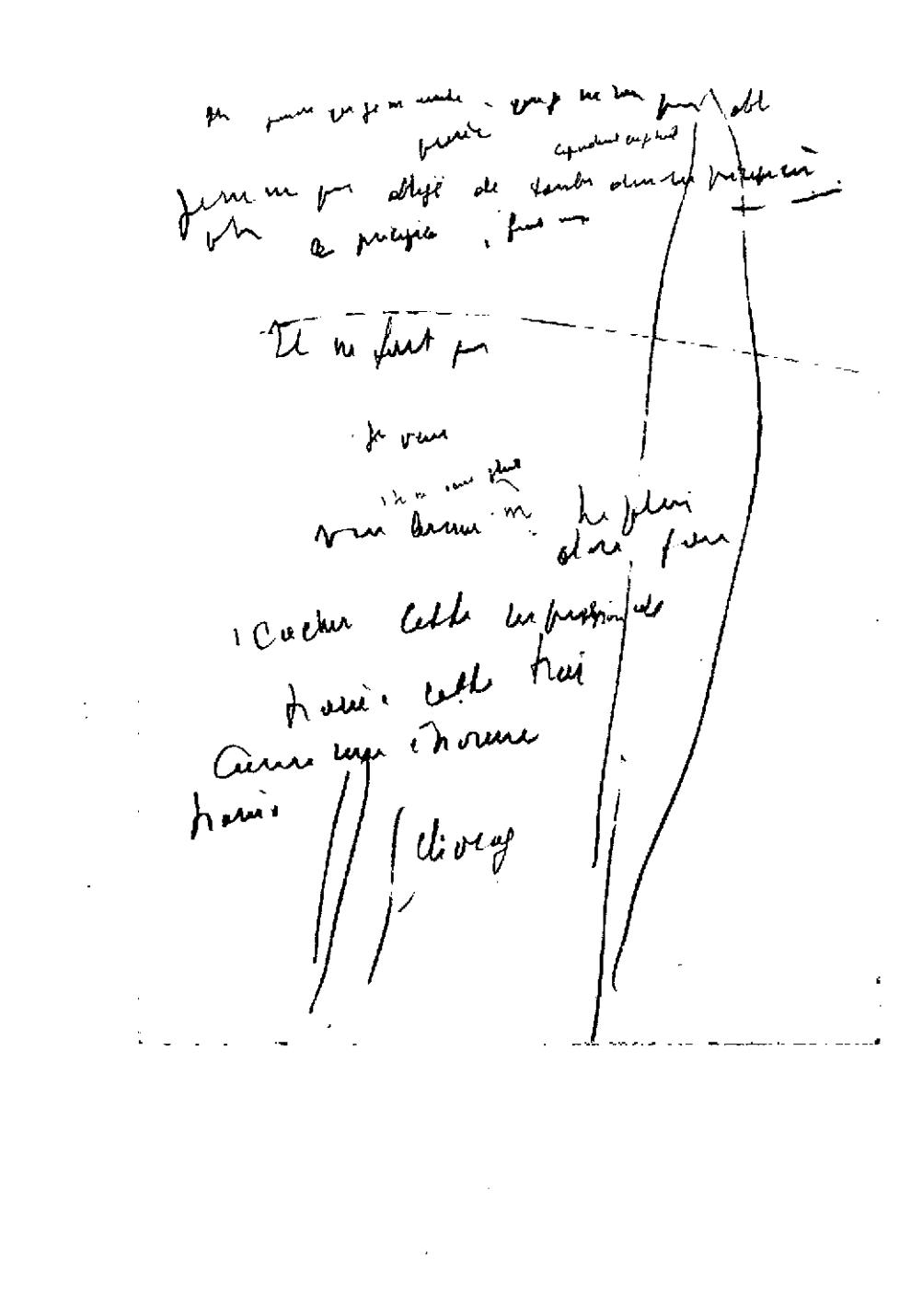


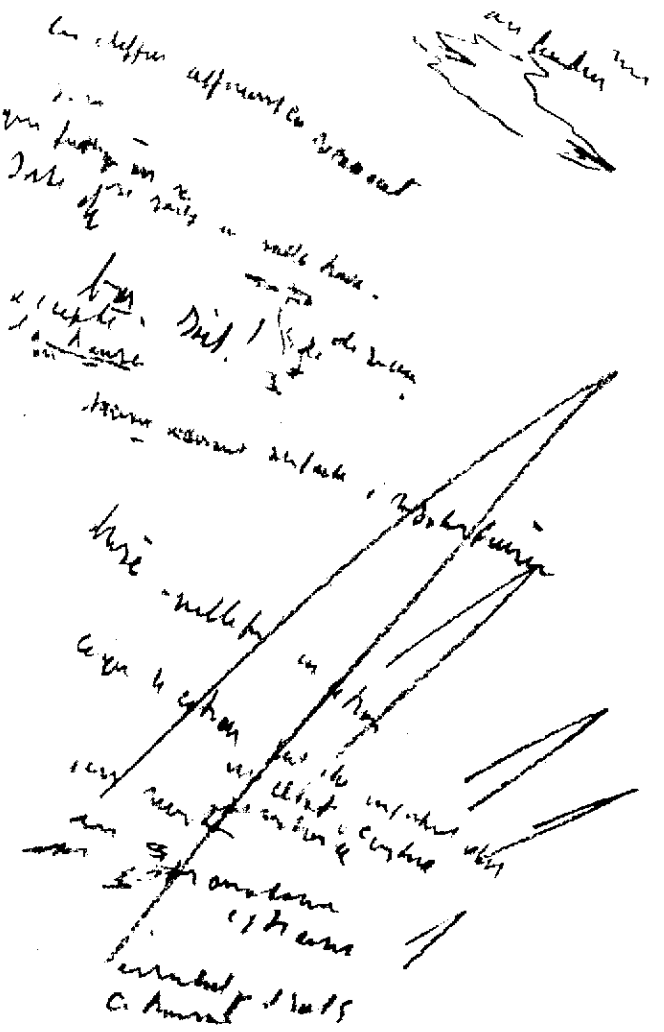












orgulloso ni avergonzado por eso. Si me ponía a dibujar, una simetría imperiosa y desconocida me advertía que yo estaba aún bajo la influencia de su recuerdo.

〈Lo único consciente allí era el surco, el surco de la fractura, claro como el primer día. La pululación, después de un aparente eclipse, había vuelto; la de los infinitamente pequeños, la de los infinitamente posibles, la de los infinitamente más allá〉

Pero el surco seguía siendo el problema central.

Ese foso que se me había aparecido tan soberanamente, tan constante durante horas, y con una existencia que hubiese jurado más evidente que la mía ¿habría sido un signo que la horrible mescalina, a través de su tonta imaginería, había llegado a darme?

Acaso fuera sólo una simple "comparación". Una palabra-reflexión como *"soy más abierto"* que habría acudido al espíritu, y con la cual *ella,* inagotablemente, había forjado imágenes y un *film.*

Pero ¿por qué no se movía, volviendo a pesar de mis diferentes reflexiones, a esa representación o a un equivalente?

Y ahora, luego de más de veinte días, esté acostado, sentado o caminando, el surco sigue allí atravesado en mi cabeza, sin ocuparse en absoluto del cerebro, del diencéfalo ni de la materia gris, que, sin embargo, deben estar allí; me hiende de un extremo al otro juntándome con el infinito, por un camino infinito, campo de fuerzas extrañamente ligado... ¿ligado a qué?

* * *

más de tres meses después

Me vuelvo a orientar poco a poco, sin haberme recuperado aún completamente, me alejo de esa droga, que no me conviene. Soy yo, mi droga, lo que ella me arrebata *.

* Debe haber temperamentos más mescalinianos que otros, los que a consecuencia quizá del adrenocromo, hormona de una composición parecida a la mescalina, convierten en seguida una palabra en una imagen. Conozco a algunos. Tal vez razas también.

Me alejo del cambio de carácter que había introducido en mí. Vuelvo a mi lentitud, a mis filtros, a los puentes que construí entre las cosas y que prefiero a las cosas, y, sobre todo, lejos de las asépticas imágenes de la mescalina, vuelvo a mi gran desorden, que me torna más ebrio de lo que a ella le es posible.

Confluencias incesantes de arroyitos provenientes de todas partes, que constituyen la dulzura de las reservas de "salud", verdadero infinito que sólo su extrema variedad impide reconocerlo así.

Y recupero mis fuerzas. ¿Quién lo hubiera creído? ¡Mis fuerzas! Con qué delectación adolescente las siento volver.

Alegría, alegría por primera vez en mi vida también, de hallarme la voluntad, con la cual he sido siempre injusto (no tiene importancia), pero en lo cual me he mostrado muy poco perspicaz. Mi gran descubrimiento posterior a la droga: la voluntad. La veo por todas partes ahora, me veo lleno de ella, empleándola en todo y allí donde menos lo sospechaba.

¿Debo añadir lo siguiente? Con mayor frecuencia veo gatos en las ramas altas del jardín, más gatos de los que hay en realidad. Muy a menudo no hay nada. A veces palomas. Más de una vez he tenido que tomar los gemelos, tan bien imitados están esos seudogatos.

IV

EL CAÑAMO INDIO

Notas para un paralelo entre dos alucinógenos

QUIEN, para compararlos * tome haschich después de la mescalina, deja un auto de carrera o una locomotora eléctrica de gran velocidad por un *poney* **.

Vuelve a lo humano. Lo invade primero un sentimiento de benevolencia. Siente en su pecho una especie de agradable estímulo, algo que regocija el corazón. Incluso desea salir y sale. (Ya no es ese enfermo encerrado en una habitación que a pesar de estar entre dos estufas debe envolverse con una manta y para quien un rayo de luz que pasa a través de las cortinas corridas es una navaja cortante). Camina y le gustaría ver gente. Hay un rostro ante él, en el autobús, se instala allí, se siente a gusto, permanecería horas... si el recorrido lo permitiese... De regreso en su casa se siente bastante agitado. No es que advierta un gran cambio cuando de repente *ríe.*

---

* Ha habido psicólogos y psiquiatras que atribuyeron al subconsciente de Aldous Huxley las ruinas que bajo el efecto de la mescalina se le habían aparecido; pero ellas se les aparecen a casi todos los individuos debido —verosímilmente— a los movimientos de temblor que animan las imágenes de los objetos reales (o imaginados) que por eso parecen en ruinas o dispuestos a caer.
En respuesta a este estado de espíritu (pues en nombre de la psicología profunda convertida en verdadero sustituto universal me formulaban objeciones semejantes) me resolví a tomar otro alucinógeno, para comprender mejor las diferentes provocaciones que iba a sentir y ver. Tratándose de un simple paralelo para evitar engañarme sobre la "originalidad" de la mescalina, fui muy breve sobre el segundo veneno y no presento aquí un estudio sobre él. Por otra parte, el haschich, pues de él se trata, no se entrega pronto. Es muy reservado.

** Sin embargo un *poney* puede dar sorpresas que no esperaríamos de una locomotora.

Risa súbita, risa sin motivo

¿De qué? ¿Qué pasa? No hay ningún motivo visible de risa. Desearía más bien visiones, pero —no lo sabe todavía— para eso va a tener que esperar horas. De nuevo ríe. De nuevo sin hallar razones.

¿De qué? ¿Qué pasa? No hay ningún motivo visible de risa. Desearía más bien visiones. De nuevo ríe. De nuevo sin hallar razones.

Yo, ateniéndome al único testigo que puedo seguir, yo, "al acecho", velaba en mi interior a causa de esa risa, de esa risa sin motivo.

Vagos torbellinos pasaban, provocando lentamente el estado segundo. Torbellinos y otra cosa. Se hubieran dicho movimientos uniformes que habrían acabado de repente en vibraciones bruscas y cortas, muy cortas, exageradamente cortas. Yo hubiera representado esto mediante un plano regularmente inclinado, concluido de súbito en escalones muy pequeños, cada uno menor que el precedente y menor que lo menor esperado... que nos hacía caer. Lo imprevisto o los sucesivos imprevistos, provocan la risa. Una base mecánica de la risa; vibratoria más bien. También una suerte de comicidad metafísica pero sólo al cabo de cierto tiempo, ya que primero el sujeto es suavemente sacudido y preparado para esto.

ondas-sacudidas en escalera cuyo último "escalón" sería menor

Así contemplaba una media hora más tarde, con un sentimiento inaudito de humor, el mapa de la Argentina colocado por azar ante mí, pues un diccionario, al caer, se había abierto en esa página.

Sin moverme, prodigiosamente divertido, saboreaba la comicidad exorbitante de la forma de ese país, que, lo confieso, hasta entonces se me había escapado totalmente y que al día siguiente se me escaparía de nuevo por completo.

Risas que vuelven por olas

Incluso en plena degustación de esa comicidad, sólo vagamente presentía lo que ponía a ese país aparte de todos los demás, Nada argentino acudía tampoco a mi espíritu. Simplemente, en una especie de éxtasis

del ridículo, me hundía en silencio en su forma inefablemente divertida, infortunio del cual ese país, merecedor de algo mejor, me pareció que no iba a librarse nunca.

olas de risa

El cáñamo se manifiesta para muchos mediante estentóreas carcajadas, aunque sobre todo al comienzo no hayan notado nada de gracioso. Masajeado por las risas, *por las olas de risa,* por ese cosquilleo vibratorio tan particular, poco a poco llegan a advertir la gracia, sobre todo donde nada la reclama. Ella reside justamente en el contraste entre esa no gracia y el humor que las inunda y en ese objeto perfectamente grave cuyo estado hilarante va a triunfar. Pues cierta seriedad se torna propiamente irresistible. Sin embargo, no será la risa de las grandes palmadas en la espalda, sino la risa fiel a sus orígenes, una risa delicada aunque intensa, nacida de vibraciones sutiles, risa que "pesca", que capta el fin del fin de un mundo infinitamente absurdo.

Como las visiones no se producían siempre (¿Hay que renunciar a ellas? Algunos adictos al haschich no las han tenido jamás y están muy bien así), me puse a hacer cualquier cosa.

Zonas de preferencia en el espectáculo

Mirando fotos noto que me fijo en ciertas zonas con preferencia muy marcada, mucho más marcada que de costumbre, pues tengo preferencias sin duda, como todo el mundo, supongo, pero ya no son las mismas. En lugar del camello y de la cabeza del camellero, por ejemplo, que, como me conozco, hubiese observado primero, paso por encima de ellos y me detengo largamente en el pico rocoso de atrás, y, más lejos, en los peñascos granosos de Hoggar. Me deleito en ello, observo con una admirable "digitación óptica", si puedo decirlo así, todas las anfractuosidades de la roca. Las sigo. Veo en profundidad. El placer *sui generis* que se siente en la montaña y que hace tan atrayente la visión, por las rocas desiguales, tan agradablemente múltiples de percibir, de tocar con la mirada, lo vuelvo a encontrar aquí, placer que

admirable "digitación óptica"

nunca experimento con la fotografía. La fotografía, contrariamente a lo que se ha creído (lo que determina que casi pueda pasar por una de las causas del arte abstracto), es esa *representación en función de la luz, espectáculo perfecto, del cual no podemos participar, aunque se trate de lugares, de objetos, de personas. Pasamos por delante. Les pasamos revista.* Al contrario de los cuadros antiguos, occidentales, chinos, persas... la fotografía no nos indica las distancias, las interdistancias que habría que percibir para mezclarnos con los seres y con los lugares representados. Es opaca. *Nos rechazan del lugar mismo que admiramos, por la minuciosidad de las sombras y de las luces, capa molesta dotada de impermeabilidad.* ¡Prohibido entrar!

la mirada rejuvenecida

Cuando el haschich desfotografía los lugares fotografiados, *podemos penetrar por fin. Lo helado se deshiela.* Yo devoraba con renovado ardor ese paisaje en colores. ¡Qué maravilla es mirarlo! ¡Qué felino es! Una nueva juventud volvía a mí, una de las más sutiles, la de la mirada.

Actualmente me aburro pronto cuando viajo. Tantas cosas ya vistas, e incluso cierto envejecimiento en el ojo. Cualquiera sea la causa, el goce había vuelto, justamente aquél, solo y suficiente. Con la mirada intensa y maravillada, yo tentaculaba las palmeras y las rocas.

Qué estremecimientos del aparato ocular, qué sutiles movimientos de adelante hacia atrás o de atrás hacia adelante, qué vibraciones, qué ínfimas variaciones en la acomodación visual

estereovisión

llegaba a procurar esa visión deleitosa (discriminadora), esa estereovista que no da del todo la mescalina, cuyos aparentes movimientos de encaje y desencaje no actúan en favor de un perfeccionamiento de la visión, sino solamente en favor del embellecimiento de los tonos.

¿Era la misma cáusa que hace poco me hacía hundir en los rostros? Pues me hundía en ellos más que enamorarme o considerarlos con benevolencia. Veía demasiado —ahora me acuerdo— sus ligeras arrugas... y las apreciaba.

Pero el haschich ofrece más aún. Ofrece el relieve interior,

espacio psíquico

el relieve humano, el de las presencias, el *espacio psicológico,* el que conocemos cuando entramos en un salón donde hay personas que se sientan, que se levantan, que se preparan a salir, y otras que vienen hacia nosotros, donde algunas nos miran, otras no, donde otras que nos gustaría tocar alzan los ojos hacia nosotros. Este conjunto de movimientos, reales o potenciales, ocupa un espacio psíquico. En ese lugar penetramos. Así es como gracias al haschich, sus imágenes recobran su admirable naturalidad.

* * *

sentimiento de las alturas, sentimiento de ingravidez de suspensión en el aire

...yo miraba en una revista esos sorprendentes saltadores de las Nuevas Hébridas, que, más o menos protegidos por largas lianas, se arrojan de una rústica torre de unos quince metros, con la cabeza hacia la tierra, en la que aterrizan con menos velocidad aunque no tan menor.

Veía las distancias, las apreciaba, como si hubiera estado allá arriba, como si hubiera sido aquel o hubiera estado con aquel que debía saltar, sentía el vértigo de las alturas y, al dar vuelta la página, seguía aún en la cima a esa altura impresionante. No sabía entonces que el sentimiento de estar en el aire y sin peso era una de las impresiones propias del haschich. La historia de la alfombra mágica es una vieja realidad en Persia y en Arabia, donde el cáñamo, desde hace siglos, impulsa a volar por el aire y recorre los cielos.

* * *

Lo que más me sorprendió el tercer día que probé el cáñamo indio, no fueron los rostros que —ya hastiado— me resultaban bastante indiferentes; fue la voz, oída al pasar, de una muchacha que ni siquiera había mirado, pero mientras ella se alejaba, yo residía amorosamente en su voz; voz como detenida y en suspenso, voz apenas formada, de una timidez religiosa, apropiada para enajenarnos, voz implorante de protección, tan preca-

vida para con el fenómeno verbal, adelantada con tanta prudencia como un pie en el borde de un precipicio, como dedos que se aproximan al fuego. ¿Cómo todo el mundo, conmovido, no volvía sobre sus pasos para seguir esa presencia exquisita? En cuanto a mis decisiones, siempre llegan demasiado tarde. Sin embargo, me hubiera bastado con dar media vuelta, alcanzarla, encontrarla, conocer a esa joven tan elegante en sus aprehensiones, tan conmovedora y distinguida en su ínfima audacia que debía parecerle inmensa, tan delicadamente osada en su falta de reserva, en la que ensaya sus primeros pasos.

Más tarde, de regreso en mi casa, vagamente, vuelvo a recorrer y a ver en mi ensueño el episodio de un film visto algunos días antes, cuyos ruidos y cuyas voces "salen" violentamente de súbito, se echan sobre mí. Recuerdo revivificado, más fuerte que la impresión original.

Parece que oigo de manera desacostumbrada. Un ruido real, ínfimo, que normalmente no oiría, lo percibo a través de tres puertas cerradas. Mejor aún, sigo sus desplazamientos, aunque pequeños, los sigo como un enjambre volante de abejas. Gozo de una *estereoaudición.*

Oigo como los ciervos que acechan en el monte cuando levantan, dirigen, bajan los grandes pabellones peludos de sus rosadas orejas independientes.

* * *

¡Qué larga es la espera! Dudo, salgo, camino, me agito, me fatigo, camino, camino, vuelvo, me acuesto, me duermo y... me despiertan las ruidosas carcajadas de niños que, para divertirse, se lanzan en mi sueño bolas de nieve a la cara. ¡Pero qué risas! Como si estuvieran en mi cuarto; y las siluetas de los muchachos tan claras, la distancia entre unos y otros tan sensible... Qué diferencia con mis sueños (tan vagos... cuando los tengo).

* * *

Vivamente me cubro los ojos con una sábana, ¡las visiones deben haber llegado! ¡Al fin!

Las visiones interiores

Oh, no eran ya las cataratas de la mescalina, el tifón en el mundo de las imágenes, las oscilaciones y lo ruiniforme y la constante desintegración y transformación.

Las imágenes eran claras (permanecían en su lugar). Tenía el tiempo (justo el tiempo) de contemplarlas.*

Eran como muy cortas escenas en colores, muy bien compuestas, más bien sobrias, la última de las cuales, como un cuadro, concluía abruptamente, un cuadro como una palabra final.

El conjunto se hubiera dicho compuesto por un excelente director de escena, por un señor excéntrico. Ridículo, a veces espiritual, pellizco sin risa (¡Todavía!). La risa por lo abrupto, pero eso de ningún modo me hacía reír. Primero, embustes de "prestidigitador", calvo con barba y cosas por el estilo. Pero con una sorpresa. Siempre me sorprendía. Era más un enigma que una bufonada, por ejemplo una corola admirablemente blanca con, aquí y allá, una adorable sospecha de amarillo indio, uno de cuyos pétalos, delicado y pleno como la salud, estaba retenido como por una cadenita, por un larguísimo resorte de reloj. Esto adquiría a veces un aire de apólogo, de demostración, como si se hicieran signos, y luego de los primeros tanteos, poco a poco (regulando mejor el tiro), un signo para nosotros, un signo satánico.

Resueltamente a veces provocaba también farsas. Una cuerda que yo seguía con la mirada, enrollada aquí, desenrollada allá, continuándose alrededor de un tonelete, detrás de un trípode, concluía de golpe en boca roja de pequeño felino (un género de ocelote según me pareció y que no me espantó en exceso; el cuello tenía forma de cuerda, pero la boca era muy verdadera y amenazante). Y yo había retrocedido sobresaltado. Otra vez, un conjunto complicado de piezas metálicas que observo, se convierte de pronto en una ametralladora que me apunta. Tampoco entonces me conmuevo demasiado.

* Luego de cierto número de imágenes extremadamente fugaces, de las que nada hubiera podido decir.

Los seres eran a menudo de pequeña talla, los hombres también, veinte centímetros significaban aquí una gran talla, pero de ningún modo equivalían a la muchedumbre inmensa de los hombres-microbios de la mescalina. Tampoco eran como maniquíes, sino al contrario, tenían expresión. Cosa curiosa, y propia del haschich, a menudo *incompletos.* Les faltaba, por ejemplo, la mitad del brazo, pero la mitad del medio y completamente, sin enlace; y el brazo cumplía su función sin dificultad e incluso en un interior faltaban, por ejemplo, los tres cuartos de la bandeja de la mesa, por otra parte en excelente estado, nueva. Así, según he dicho, el film demasiado corto parecía incompleto, como si hubiera sido interrumpido demasiado * pronto.

el cáñamo omite

Agujeros, faltas

Era como un ser bastante artista y que me conocía; un ser que venía por espectáculos insólitos (que hacen perder el equilibrio más que reír), sobre los cuales convenía reflexionar; un ser que venía a presentarse a mí, o, más bien, antes de la presentación, me daba señales de su habilidad y de su saber (respecto a mí). Lograba verdaderos hallazgos. Me intrigaba, se mostraba taimado y traidor.

Me adivinaba, me vigilaba, me devolvía las imágenes que yo había recorrido en un libro, luego de haberlas repensado, refundido y transformado en monstruos compuestos, no del todo aterradores, equivalentes de una palabra recientemente forjada, pero en la que no hacía falta ser gran erudito para ver alusiones y burla.

Comenzaba a ver sus especialidades. Le gustan las molestas consistencias, pero es una manera de hablar, sólo accesoriamente pueden molestarme; le gustan los relieves interesantes, múltiples, lo granuloso; la corteza como la de los castaños y de los alcornoques, la superficie áspera de las limas. No le gusta lo liso, aprecia mucho los pequeños

Relieves interesantes

* Así los últimos peldaños, cada vez menores, interrumpidos, de la escalera que provoca risa.

accidentes en el relieve. Sobre un brazo liso, pone grietas o una excrecencia como cresta de gallo, o lo llena de pliegues como una rodilla. A una mejilla le añadirá una desconcertante superficie escrotalosa, la superficie cicatrizal de un árbol que ha sufrido un daño o la piel entorpecedora de un cuello de tortuga. Todas esas cosas me habían parecido farsas primero. Pero no. Puede hacerlas y muchas más sin utilizar esos medios.

La tendencia al alargamiento, manifestada en los objetos y en las personas por efecto de la mescalina, que alarga y adelgaza todo, era poco visible con el haschich, pero no estaba ausente *. Era mucho más extraña y, como conviene al haschich que es reservado, estaba allí como oculta, sensible únicamente al interior oscuro de sí misma. La prolongación es evidente, según se lo experimenta, pero ¿de qué? De tiempo más que de espacio, y de "no-interrupción", más que de tiempo, de distancia, sobre todo, de una distancia que no encuentra su medida.

Mirando mi pierna, mientras permanecía acostado, me sorprendió la distancia entre ella y mi cabeza; el recorrido para ir de una a otra me pareció tan exorbitante que me preguntaba qué ser podría considerar la posibilidad de llegar al final o incluso de emprender el trayecto. Y yo me instalaba en esa longitud, instalaba confortablemente no sé qué (¿tiempo? ¿espacio?), me instalaba sin cesar cada vez más.

* * *

En una visión que tuve, encontré una abubilla posada y preparándose a tragar a su presa. La distancia que había desde la extremidad de su pico, con el cual sostenía un gusano, hasta su gaznate, por donde debía pasar, me precipitó en una meditación indecible, constantemente reforzada por la del pájaro inmóvil, que también reflexionaba en un tiempo que parecía inmenso

* La mescalina partía a toda velocidad sin interesarse (aparentemente) en mí. Al Ha le parece tener la mirada sobre mí. Mi mesc. se esforzaba en vano; aunque se excitase y se repusiese yo nunca creía en nada. En cambio, todo lo que muestra el haschich me interesa, lo sigo hasta el fin. Quiero conocer el final. Quiero saber a dónde me lleva.

y sin embargo insuficiente para resolver ese problema difícil que nos volvía inmóviles, al pájaro y a mí, inverosímilmente posados y atentos.

El pico era largo, es cierto, como el de todas las abubillas, pero no más. Sin embargo, la abubilla, como yo, había comprendido, en una especie de descomposición imaginaria de su pico, que el trayecto que había que recorrer desde su punta hasta su base se había hecho prácticamente infinito.

El haschich es maniobrista, director de escena, demonio. Hay que encontrarlo en su terreno

Es posible hacer trabajar al haschich, formularle preguntas, someterle problemas. Dará una respuesta, acepta los datos del problema, lo cual es quizá lo más extraordinario; pero atención a la solución que tal vez nos pondrá en ridículo a nosotros y a los datos de nuestro problema. Pero no rechaza el trabajo. Es activo. Un buen hueso que puede dársele es una foto. Dos más bien, incluso tres. Las miramos (por él) sin pensar en nada (de todos modos habremos pensado en algo, él nos lo mostrará bien). Luego cerramos los ojos. A él le corresponde trabajar ahora.

imágenes de síntesis

Cuando la mescalina está en nosotros, si se pronunciaran ciertas palabras, las imágenes correspondientes aparecerían instantáneamente, tontamente, irresistiblemente, sin inteligencia, sin la menor fineza. Con el haschich ocurre lo contrario. Hay que darle su tiempo de prevención, de destrucción (como para pasar de oruga a mariposa), su tiempo de preparación, de reconstrucción, fases donde la mayor parte de las veces no vemos nada. Prefiere mostrar el problema resuelto, es decir, el cuadro final, a veces pasmoso,

"Sueños al minuto"

especie de sueño de encargo, de sueño al minuto, en el cual los datos han sido convertidos en las estatuas de una monstruosa pareja inesperada (sin embargo, siempre sobria y con elegancia en la solución).

Así forja a gusto un ser híbrido, del mismo modo que se compone una palabra nueva con otras dos, o como se formaron

las representaciones de los dioses Ganescha y Anubis, es decir, hombre con cabeza de elefante y cabeza de zorro sobre hombros de hombre, bloques de atributos contradictorios, nunca manejados al mismo tiempo ni fusionados, sino definitivamente distintos.

Formas compuestas

la mujer-cocodrilo

Hacer mujeres-cocodrilos se torna cosa fácil con el haschich, pues contrariamente a la fría mescalina, se interesa por las mujeres, se interesa por las pieles desiguales, arrugadas y duras.

No retrocedamos ante ninguna disparidad. "El" se las arreglará.

la mujer-camino

Fotos ante mí; miro largamente un camino. Luego, largamente, miro una mujer desnuda. Cerremos los ojos ahora. El cáñamo puede efectuar una síntesis interesante si está en uno de sus buenos días; puede convertirme en un monstruo muy curioso, en el cual yo encontraría tanto a la mujer como al camino y el estilo y el género, si puedo decirlo así, de uno y otro, y la expresión femenina no estará ausente. No es mecánico el haschich. Sus comienzos son siempre inesperados, pero raramente visibles. Esta vez, lo serán. Vaya, comienza de manera sorprendente, recorriendo el camino más largo, más largo aún, como si tuviera miedo de que un camino fuera demasiado corto para una mujer. En fin, cuando es muy largo y se pierde en las lejanías, usted se dará cuenta de que es también la pierna de una mujer que sigue, que sigue (qué razón tenía de alargarse), se pierde en el infinito. Nunca hubiera esperado una síntesis semejante, que adopta ahora un carácter de evidencia y "dice bien lo que quiere decir".

En cierto modo también el hecho de mirar a una mujer a partir de sus piernas, de "remontarla" de abajo arriba, se describe aquí y acaso se toma en solfa.

Si yo le daba, junto con una mujer, ya no un camino sino otra cosa, la respuesta "reunidora" era siempre apropiada e imposible de adivinar de antemano, como si yo, por mi parte, viera los objetos y él sólo, en mí, sus puntos comunes.

El haschich no sólo hace cuadros. Realiza actos. Quizá a *sus* mismos cuadros los forman no tanto imágenes que se proponen como deseos que hinchan sus imágenes; a ellos están destinadas sin que uno lo sepa. Allí usted prueba, experimenta que ya no está solo. Usted habita a alguien, el habitante Nº 2. Todo cambia desde entonces. Todo es trampa. Ya en cuadro, él era más que taimado, cínico que ve demasiado claro.

El lo va a sustituir a usted, va a convertirse en el habitante Nº 1. ¡Osa, por su parte, realizar * actos, y qué actos! Actos no suyos y sin embargo usted no puede recusar completamente. No son suyos y menos aún no-suyos. Provienen de usted; sus elementos lo prueban. Están justamente más allá, allí donde usted se ha detenido, por temor, sin saber que era por temor, sin saber que se había detenido. Ahora usted comprende. Su acto es una invención. Imaginar: dar una solución nueva. Me demuestra que yo había retrocedido. Pero él no ha retrocedido y me lo ha hecho hacer. El demonio lo ha realizado. Demonio ¿existirá entonces? Lo que existe, en todo caso, es, en el ser convenientemente escindido y orientado (y "vidente", pues nunca encontraría esto en estado primero), lo que o el que descubre sus posibilidades demoníacas.

El demonio. (¿Por qué nunca el ángel? ¿No hay droga para el ángel? Parece que no.)

Sin embargo, en estos actos inconfesables que por él comento, falta cierto encarnizamiento. El acto existe, la visión, el ruido, el sentimiento de presencia constituyen una visión circunstanciada, pero los contactos groseros, los olores, innobles compañeros de la vida real, no existen.

* * *

Me ocurría en las horas reposadas de la gran inmovilidad final (*Keff* en árabe significa *reposo*), cuando uno no levantaría el brazo aunque fuera para impedir un cataclismo inminente;

* En las visiones del cine interior.

acudían a mí, como incluso en el sueño no las he conocido, imágenes tan naturales, que sienten de tal modo lo natural, que no es posible, me decía, que no existan en alguna parte. Espectáculos, muebles y sobre todo lugares que no conozco, comunes, ordinarios, donde nada tengo que hacer, y donde, sin embargo, no me sorprendía estar; la escalerita de una pobrísima quinta de las afueras, una callejuela, un patiecito. Y no sólo veía todo esto, sino que caminaba a mi gusto por esos sitios, con seguridad, sin vacilación, sin preguntar tampoco, empujando una puerta que no conozco, que quizá conocería un día, donde entonces —lo espero— la reconoceré.

Yo que sólo acepto lo extraordinario y me cierro a lo que me rodea y se presenta a mis ojos, y lo expulso de mi memoria como mediocre e indigno y a lo cual me niego a aficionarme (y por eso no sé nada y quedo vacío y sin recuerdos), yo estaba allí y me quedaba mirándolos con toda simplicidad y adhesión del corazón y familiaridad.

* * *

Hay días en que, en los libros que hojeo o estudio, leo una palabra por otra. No una vez sino veinte veces, cincuenta veces, tantas veces que, como una descarga que obstruye el paso a la comprensión, pronto se me hace imposible y... abandono mi lectura.

Luego de fumar haschich e incluso muchas horas después, cuando su efecto aparentemente ha terminado (con él, sin embargo, tan antojadizo, nunca se sabe), si retomo una lectura abandonada antes, se producen aún interrupciones, lapsus, no más numerosos, pero sí más incongruentes, más críticos, más combativos. En esto reconozco que no son míos sino de *él*. Las palabras que antes solía leer en lugar de las verdaderas no llegaban de ese modo. Estas (las del haschich) me llegan precipitadamente, como sopladas a último momento. Lo falso se arroja, se lanza sobre lo verdadero, que durante un segundo se

oculta y reaparece inmediatamente después. Continúo mi lectura aturdido. De nuevo el demonio ha sido más rápido que yo.

* * *

Cuando salgo, luego de tomar haschich, soy otro hombre, tengo otra mirada. El haschich señala, elige, observa y, como una espada que no se dobla, penetra.

Sin él miro más bien como los bueyes y como ellos tengo una digestión, una digestión interminable, una digestión de no sé qué. Y como esta situación nunca se altera del todo, no puedo impedir que mis miradas vaguen circularmente; a veces, un espectáculo más llamativo las atrae, pero no por mucho tiempo, y la mirada circular recomienza, vacilante y bobalicona.

El Ha. me reestructura en forma diferente

Con el haschich dentro soy como un halcón de caza. Si mi mirada se extiende en círculo, será una sola vez, como una rápida exploración del horizonte que no se repetirá. No somos partidarios de la dispersión. Buscamos un objeto para llegar a una pista. Si es un rostro nos remontaremos por él hasta el fin del mundo. Ya nada nos apartará de él. Con una mirada que piensa, que piensa, que atraviesa la cabeza del otro. No nos sentimos febriles. El interior de la cabeza, ese sitio de la metafísica, del cálculo, es quizá lo único que lamento de este haschich apenas conocido y resueltamente abandonado. Ese sitio que podría señalar con el dedo en mi cráneo, agregando "es aquí dentro a cinco o seis centímetros", ese sitio que sólo vive entonces y no antes; que es, si no una facultad, al menos una función, gracias a la cual, aun debilitado por la droga, sé que estoy en un centro y que ese centro, vivo en mí, me da el derecho (y la desenvoltura) de mirar a cualquiera en los ojos, pues voy más allá de los rasos. Tan pronto como el haschich se desvanece en mí, ese fenómeno desaparéce y me veo obligado a volver a la periferia, a la corteza, el otro centro definitivamente dormido.

Los dibujos que efectuaba después de tomar mescalina, al día siguiente o una o dos semanas más tarde, contenían enorme

cantidad de líneas finas, paralelas, apretadas unas contra otras, con un eje de simetría principal e infinitas repeticiones.

Por su misma marcha, las líneas que yo trazaba, rápidas, vibrantes, sin cesar, sin reflexionar, sin vacilar, sin disminuir la velocidad, prometían un dibujo "visionario".

El Ha. es un gran supresor

Muy diferentes, los dibujos efectuados después del haschich eran inhábiles, torpes, fragmentarios, interrumpidos prematuramente. Siempre presentaban partes inconclusas. Sus superficies estaban compuestas de cuadrados, de polígonos. Y siempre faltaban muchos.

Se hacían lentamente.

Del mismo modo las telas de las arañas Zilla drogadas (experiencia del Dr. Peter Witt, de la Universidad de Berna) con atropina y bencedrina, nembutal y marihuana resultan siempre incompletas, rasgo idéntico en todas las arañas de la misma familia; diferente según la droga empleada.

Arañas drogadas, con marihuana y con orina de esquizofrénico

Y como es de esperar, son igualmente incompletas las telas de las arañas que han bebido la orina de un esquizofrénico, nueva prueba de que esa enfermedad es primero enfermedad del cuerpo, primero es una toxicosis.*

¿No convendría someter a esta experiencia a los psiquiatras más que a las arañas?

---

* . . . que sería de naturaleza amínica. Prueba imperfecta, es verdad, ya que la enfermedad mental puede crear, acarrear el mal físico, que le corresponde y que a su vez lo arrastrará.

V

ESQUIZOFRENIA EXPERIMENTAL

Más mescalina. Seis meses más tarde tomo seis ampollas, o sea 0,6 gr., el miserable se convierte en el espantoso milagro

. . . pero hubo una cuarta vez. Por un error de cálculo, tomé el séxtuplo de la dosis que me bastaba. No lo advertí en seguida. Con los ojos cerrados, observaba en mí, como en una pantalla o como en un tablero de comando, los colores y las líneas esta vez desmesurados de la Mescalina —que aparecían en la visión interior— y la agitación de las imágenes siempre tan sorprendente. Luego, de pronto, nada más. No vi nada más.

las imágenes

De golpe todo se borra

Me había deslizado en un fondo. Una puerta hasta entonces abierta acababa de cerrarse de golpe en medio de un silencio absoluto.

¿Qué? ¿Qué ocurre? El estado mayor capturado pierde de vista sus tropas. Más indefendible que un tapón saltando en aguas agitadas, más vulnerable que un niño que avanza en sentido contrario de una columna de tanques que desembocan en el camino.

Las olas del océano mescaliniano se habían precipitado sobre mí, atropellándome, derribándome como si yo fuera arenilla. Los movimientos, hasta entonces en mi visión, estaban ahora *sobre* mí. No había durado diez segundos, pero se había efectuado. Estaba perdido.

Pero no tan rápido. No vayamos tan rápido. El suplicio debe durar horas. Aún no ha comenzado. Es la una y media. Ignoro aún que voy a abordar la gran prueba del espíritu.

A pesar de que el descenso a los infiernos se prepara sin que yo lo sepa

Inocentemente, como un turista, asisto a los primeros cambios. Asisto con calma a la agitación interna, extraña, que ya conozco, que reconozco. Advierto el comienzo de las deshilachaduras que quizá voy a ver pronto; la sensación de boca de caballo, y que en la ventana, con las cortinas nó del todo corridas, es como si se agitaran grandes sábanas de una brillante blancura.

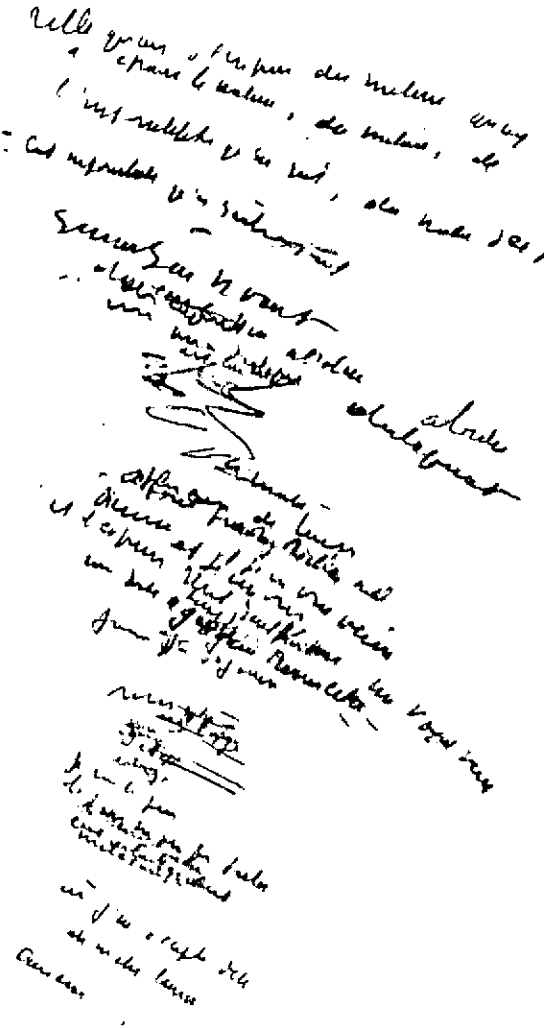
Un comienzo de respiración más pesada se forma en mi pecho, preludio de otra "atención".

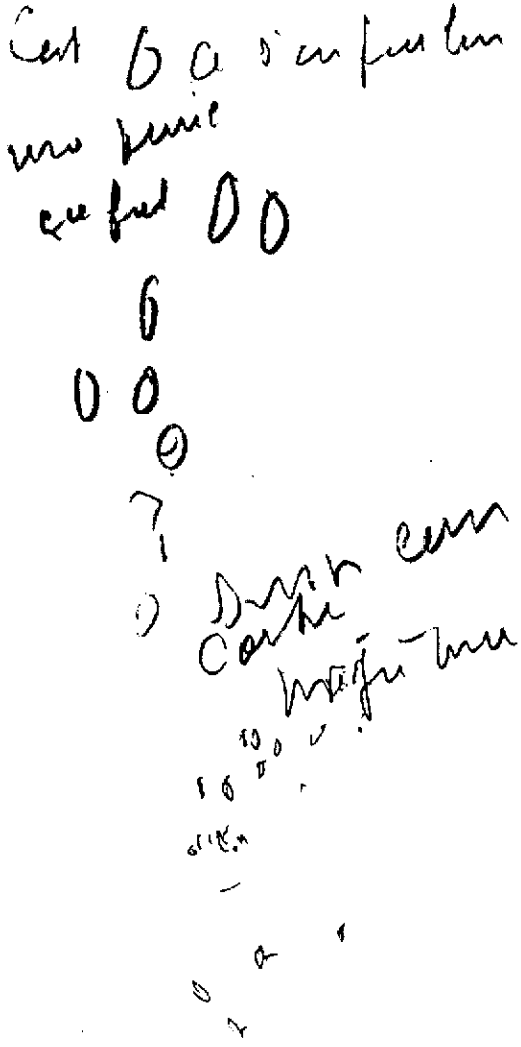
¡Líneas, cada vez más líneas, que no sé si veo realmente, aunque antes eran netas y finas (¿las sentiría entonces?), que comienzo a ver (¡qué tenues son ahora!), con sus amplias curvas, amplias! Noto que por momentos desaparecen y de nuevo se impone su amplitud verdaderamente extraordinaria si se tiene en cuenta su delgadez, y sé que el blanco que pronto voy a ver será ligeramente violeta, aunque no vea otro tono que el gris claro, claro de los enormes hilos aracneanos que alta, rítmica, incesantemente saltan por encima del vacío.

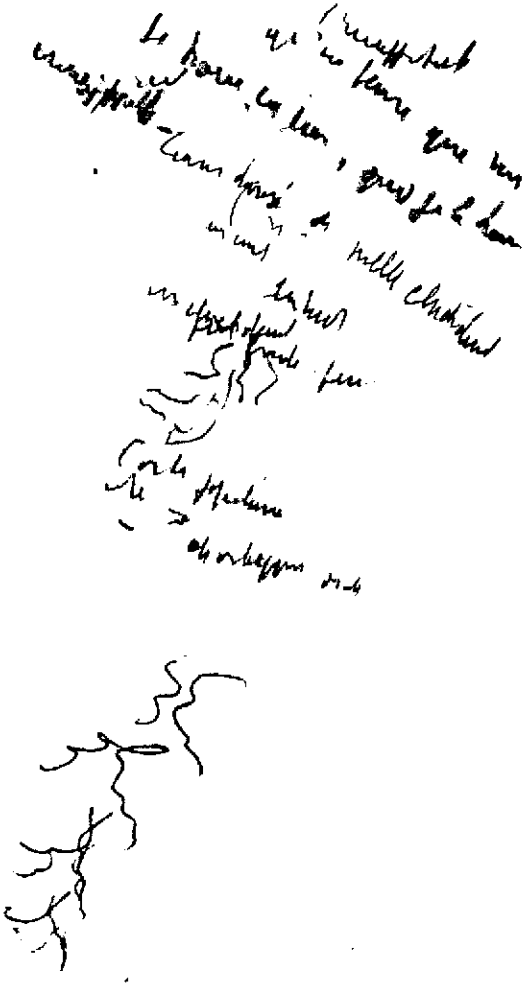
Resueltamente es enorme la amplitud de las sinuosidades, y aunque las líneas son finas podrían saltar por sobre las casas. Nunca visto. Tengo deseos de telefonear a B. para anunciarle el espectáculo formidable. Renuncio temiendo una interrupción prolongada en esta hora extraordinaria. Entonces ese pensamiento de telefonear, ese pensamiento de hace apenas algunas decenas de segundos, toma sus distancias rápida y gravemente y adquiere también una extrema importancia, como el último viajero que vemos en el andén al abandonar la ciudad natal en el tren que arranca imperturbable, indetenible. Así es este alejamiento progresivo. El (el pensamiento) sigue siempre allí como un eco, como si se encontrara en el otro extremo de la nave de una gran iglesia silenciosa (¿la del tiempo?) que me hubiera devuelto no el sonido sino la "onda de presencia". De tal modo en el silencio "resuena", si puedo decirlo así, la idea que está lejos pero que ese encuen-

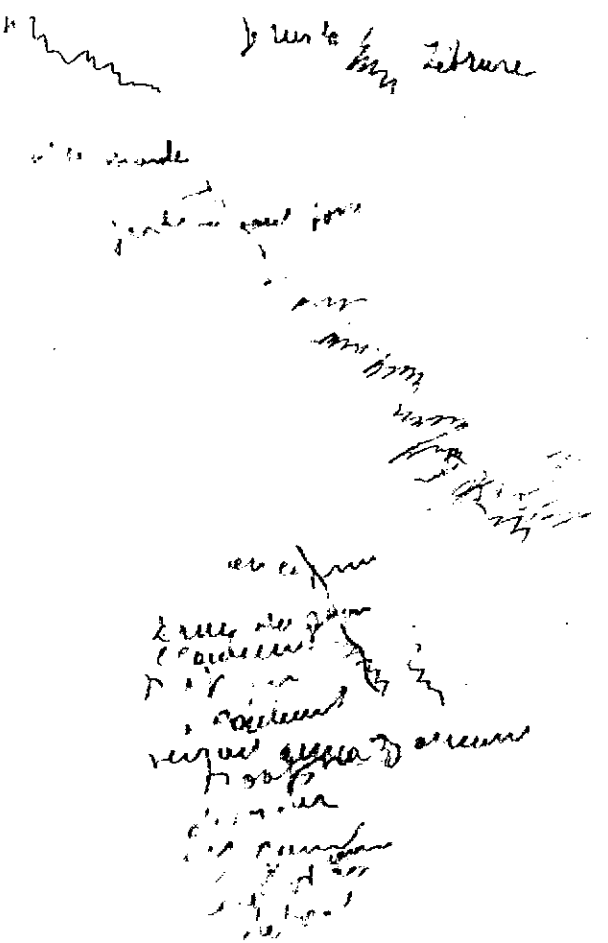
distanciación de una reflexión

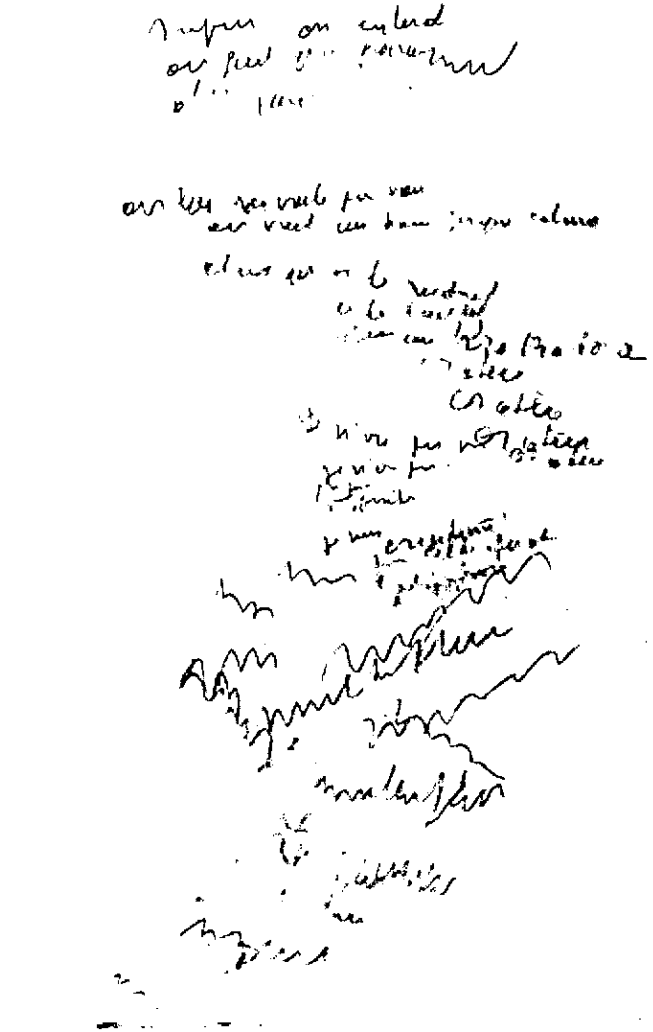
Schreiben

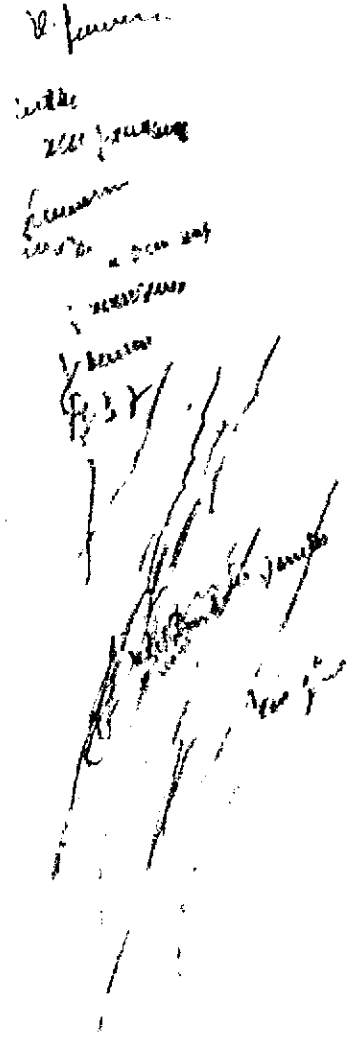


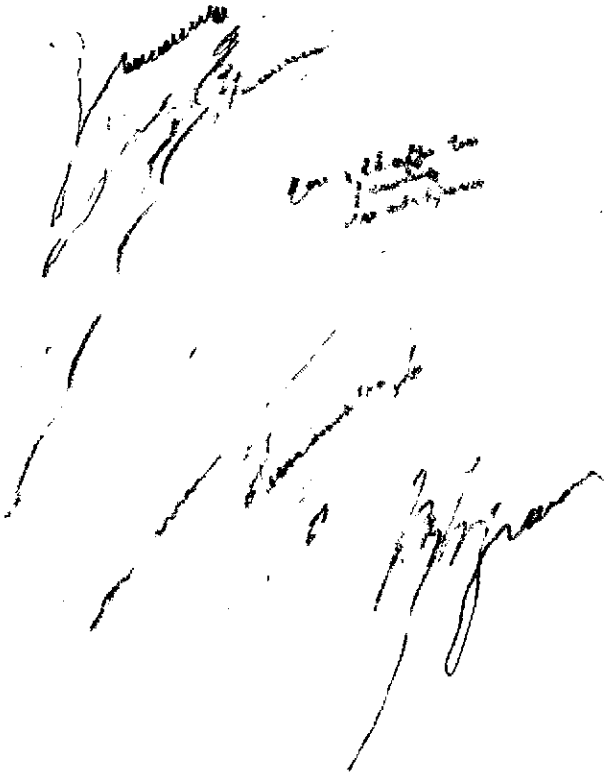












tra en el interior de la gran iglesia. Extrañamente me alegro de ser el único en saber que tuve este pensamiento, un pensamiento cualquiera por otra parte, cuya resonancia vuelve particularmente majestuoso, imperial.*

Grandes Z pasan en mí (¿"zébrures" [rayas] —vibraciones— zig zags?). Luego S quebradas, o también, lo que constituye quizá sus mitades, O incompletas, especie de cáscaras de huevos gigantes que un niño hubiera querido dibujar sin lograrlo jamás.

Formas en huevo o en S comienzan a perturbar mis pensamientos, como si unas y otras fueran de la misma naturaleza.

De nuevo me he convertido en trayecto, trayecto en el tiempo. Pues era eso el surco y el flúido que contenía absolutamente desprovisto de viscosidad; era eso por lo cual pasa del segundo 51 al segundo 52, al segundo 53, luego al segundo 54 y así sucesivamente. Es mi paso hacia adelante.

Anestesiado para el mundo de goce de mi cuerpo y para todo lo que hace una hora lo llenaba continuamente, ya no siento sino lo que va hacia adelante. Me he convertido en proa.

Estiramiento de los rostros

De tiempo en tiempo encuentro una formidable encrucijada de enervamientos, terraza de insoportables vientos del espíritu y comienzo a escribir casi sin darme cuenta, sin reflexionar, ocupado en la transmisión de estas palabras, bien significativas, pero que, sin embargo, no reconozco: "¡Demasiado! ¡Demasiado! ¡Me da demasiado!".

rostros en los acantilados

Las líneas continúan casi sin detención. En ellas se esbozan rostros, esquemas de rostros (más a menudo de perfil) se manifiestan en el trazo en movimiento, se estiran, se tuercen, semejantes a esas cabezas de aviadores sometidos a una presión demasiado fuerte que les masajea las mejillas y la frente como si fueran de caucho. Mucho más lineales éstas, menos horribles, simplemente grotescas. Lo que resulta molesto en su dimensión, dimensión de acantilados, que con las líneas sinusoidales que los impulsa parece aumentar.

---

* ¿*Vanidad* de estar solo ante esa majestad?

Salvo esos rostros grotescos que ríen en las olas (¿o era un signo de la situación que yo no comprendía?), nada.

Son los únicos navíos que esas olas desmesuradas llevan y no *sobre* ellas sino *en* ellas.

¡Qué inmensa puede ser una cosa! Hay en ello algo prodigiosamente exagerado, aunque no modifique en nada el carácter grotesco de esas cabezas, que están adornadas con perlas gris plata, a veces un poco matizado de azul, en verdad muy delicado, en contraste sorprendente con las líneas tan hiperbólicas.

Me abandonan un instante. Un no sé qué desciende en una gotera vertiginosa, pero esta situación no dura y vuelven las líneas, las líneas, las condenadas líneas de descuartizamiento.

Froto mi cabeza cada vez más insensible, sin embargo, acartonada, la froto con y en un chal, la froto maquinal y rabiosamente, única zona viva de mi ser, patria cada vez más reducida.

Y las líneas, las líneas de descuartizamiento me parecen aún más grandes. Debo esforzarme por no recurrir al azúcar, que pasa por antídoto. De todos modos me pongo a comer casi maquinalmente algunos gajos de naranja. Pues hay algo sospechoso en esas líneas que crecen, esas líneas que se convierten en acantilados, que interminablemente estiran rostros, pero como lo observo, mi observación me mantiene aún a distancia de la conciencia del hecho.

Y las líneas siguen creciendo; no sabría dibujarlas ni siquiera vagamente, pues el papel ya no basta. Me detengo, dejo el lápiz, aparto el papel y voy a hacer otra cosa.

Me habían hablado de visiones en el cristal. (Pero, en cuanto a esto, también debí de comprender mal, imaginando que podría transferir las visiones de mi cabeza al cristal.) Tomé, pues, la bola preparada a mi lado, recuerdo que la di vuelta una y otra vez en mi mano, cohibido, como un niño con un objeto nuevo, que no sabe utilizar e ignora si vale la pena, y dispuesto a volver a dejarlo. Así iba a hacer, luego de haberlo observado inútilmente en tres o cuatro posiciones en las que había visto mis dedos agrandados por la refracción, cuando... ME HUNDI.

La inmersión Fue una inmersión instantánea. Cerré los ojos para volver a encontrar las visiones, pero era inútil, lo sabía, habían terminado. Estaba desconectado de ese circuito. Perdido en una profundidad sorprendente, ya no me movía. Algunos segundos transcurrieron en ese estupor. Y de repente las olas innumerables del océano mescaliniano que desembocaban en mí me derribaron. Me derribaban, me derribaban, me derribaban, me derribaban, me derribaban. Esto ya no iba a terminar nunca más. Estaba solo en la vibración del estrago, sin perife-

En la vibración del estrago ria, sin anexo, hombre convertido en blanco que no logra recuperarse.

¿Qué había hecho yo? Sumergiéndome, había alcanzado, creo,* mi fondo, y coincidía conmigo, que ya no era observador vidente sino yo de regreso a mí y, allá de lleno sobre nosotros, el tifón.

Quizá la bola de cristal no hizo sino apresurar mi pérdida. De todas maneras yo iba a ser derribado. ¿O no? Jamás lo sabré.

Sin embargo, los objetos exteriores habían recobrado sensiblemente sus colores naturales. Es como si la excitación óptica hubiera desaparecido.** Todo volvía al orden, salvo yo.

---

* Coincidir ¿qué significa? En mi vida (cuando quiero) trato de aproximarme lo más posible a mí, pero sin coincidir, sin abandonarme, sin *darme*.
Quiero que quede un margen, que es también como un margen de seguridad. Puede parecer excesivo que para ser yo me falte una donación. Es verdad, sin embargo. Falso narciso que no va conmigo ni me somete a mí. Y no soy el único.
Hay cantidad y cantidad entre mis semejantes. No efectúan la *donación*. Tener religión no es creer en una divinidad, al contrario de los que no creen en ninguna. Es una *donación* que deseamos, deseamos de modo irresistible hacer a alguien que se halla infinitamente por encima de nosotros. El amor no postula más la existencia de una mujer de belleza perfecta. Es una donación de sí, es la necesidad de hacer esa donación y el hombre más eunuco puede desearlo de modo irrefrenable. El narcisismo sólo es posible si uno se hace donación a sí mismo. Y en ello también, es curioso, hay que *creer* (creer en sí).
Ahora bien, dejando mis "lazos volantes", mis lazos de vecindad o de urgencia, gracias a la magia de la bola, acababa de entregarme, de darme a mí mismo, de volverme como a mí, verdadera verdad-patria-unión, acababa de darme mi apellido, esto en el peor momento de mi existencia. El terrible ciclón nos atrapó a mí y a mí, unidos tan tonta e indisolublemente, y desde entonces recibí todos los golpes en vez de observarlos.

** A pesar de la midriasis muy fuerte, que, sin cambios, debía durar horas.

No encuentro palabras para decir lo atroz que eso puede ser, atroz en esencia, y al intentarlo, me siento un falsario.

(No ser nada más que su ser propio) era eso. Allí, locamente rápido, centenas de líneas de fuerza deshilachaban mi ser, que nunca llegaba a reconstituirse con suficiente rapidez, y que en el momento de reconstituirse era rastrillado por una nueva fila de líneas en forma de rastrillo, y luego más y más (¿Esto va a durar toda la vida, ahora que ha comenzado, ahora que me encuentro en el camino por donde *eso* pasa?)

Lo que rastrilla el alma

(Por un instante, como el estallido de un *flash*, me acordaba de la singular marcha de los dementes desgreñados a quienes no sólo el viento o las manos divagantes o la incuria tranforman de tal modo, sino también la imperativa necesidad interior de traducir al menos así, el rápido, el infernal peinado-despeinado de su ser indefinidamente martirizado, atravesado, trefilado.)

Así y siempre a esa incesante e inhumana velocidad, me acometía, me traspasaba la topadora eléctrica que horadaba su camino en lo más personal de la esencia de mi persona.

Me hallaba no dentro de lo humano sino en un frenético agitador mecánico, en un amasador-moledor-desmenuzador, tratado como metal en una fundición, como agua en una turbina, como viento en un fuelle, como raíz en una desfibradora automática, como el hierro sometido al movimiento infatigable de las fresas de acero para labrar engranajes.

¡Pero yo tenía que velar!

Como una curruca en la estela remolineante de un cuatrimotor, como una hormiga bajo las aguas aplastantes de una compuerta de desagüe, como no sé qué, como nadie.

Más intenso que lo intenso era ese combate, y yo estaba más activo que nunca, sobrepasándome milagrosamente, pero sobrepasado fuera de toda proporción por el fenómeno dislocante.

El horror consistía sobre todo en que yo no era más que una línea. En la vida normal uno es una esfera, una esfera que descubre panoramas. Se pasa a un castillo de un momento a otro,

se pasa sin cesar de un castillo a un nuevo castillo; tal es la vida del hombre, aun del más pobre, la vida del hombre de mentalidad sana.

Cuando uno no es más que una línea

Aquí hay sólo una línea. Una línea que se quiebra en mil aberraciones. El látigo de un carretero enfurecido me hubiera dado reposo. Tampoco hay piedad. El acelerado lineal en que me había convertido no retrocedía, enfrentaba cada desmenuzamiento, estaba por reformarse, casi iba a reformarse, cuando la fuerza más rápida que un bólido ejercida sobre él... Era atroz porque yo resistía.

¿Emoción? Ni siquiera podía retroceder en la emoción. La difusión natural de las emociones que *van* al corazón, que late más precipitada o más gravemente, así como a los pulmones, cuya respiración se modifica, no se efectuaba. Lo noté diez días más tarde cuando viendo en el cine un drama habitual en estos lugares, experimenté una emoción "que penetró mi pecho". En mis días de horror, había olvidado ese camino, esa confortación.

* * *

Haberme convertido en una línea era catastrófico, pero, si es posible, resultaba aún más inesperado, prodigioso. Todo yo debía pasar por esa línea. Y por sus sacudidas espantosas.

La metafísica aferrada por la mecánica

La metafísica aferrada por la mecánica.

Por un mismo camino, obligados a pasar, yo, mi pensamiento y la vibración.

Yo únicamente un pensamiento, no el pensamiento convertido en mí, o desarrollándose en mí, sino *yo junto a él.*

A continuación sobrevenía la vibración desarticuladora que "rechazaba" el pensamiento y luego de algunas modulaciones que para el pensamiento eran desmenuzamientos, lo eliminaba.

maltratados, era como si me hubieran reducido, a mí, a la talla microbiana

Los pensamientos luchaban furiosa, desesperadamente contra su desintegración. Pero siempre fracasaban. Sin tardanza. Un bacilo sometido a las sales de radio conoce este efecto, pero el hombre lo ignora. Está preservado.

Nunca señalaré bastante la intimidad de este fenómeno y hasta qué punto una idea es nuestro centro y qué destructible, manejable y desintegrable es. Quien no lo ha experimentado no puede saber qué desintegrables son las ideas.

Sí, una idea quizá flagelada, lisiada. No dejaban de serlo. Destrucción veinte veces más rápida que yo.

Las olas que saben amasar los pensamientos pasaban incesantemente.

La crueldad con que se precipitaban sobre un pensamiento es inimaginable. Luego de algunas escapadas en jirones, el pensamiento filamentoso desaparecía irreconocible.

corriente mortal para el pensamiento

Como si en adelante corrientes mortales para el pensamiento acabaran de tomar como camino cómodo a mi espíritu, conductor de no sé qué electricidad. El rayo y yo debíamos pasar juntos.

Imposible dejar el lecho del terrible fenómeno. No tenía otro camino que el centro de mi yo; él era casi todo, peine trepidante; yo poca cosa sin posibilidad, siempre bajo la furiosa carda. Las laminarias constantemente agitadas por las aguas de un mar violento parecerían estar de vacaciones comparadas conmigo. A mí no me ofrecían ningunas vacaciones, ni siquiera por dos segundos.

¡Terrible, más que terrible! Sin embargo, no sentía terror. Quien combate el fuego tiene otra cosa que hacer. Yo luchaba sin descanso. No podía permitirme el terror. Para eso hubiera necesitado tregua.

Veía también que no era necesario resistir como yo lo hacía, primero con mi yo, y luego con mis ideas más caras, a las que el movimiento infernal escarnecía, desintegraba, haciéndome cada vez más vulnerable, más desposeído, más perjudicado. Hubiera tenido que cambiar de procedimiento, dejar que mis tropas se las arreglaran.

El loco es un valiente que enfrenta el fenómeno destructor en lugar de dejar que sus funciones subalternas se ocupen de ello.

Pero en esa hora crítica, aflojar las riendas es difícil. Tampoco hay un instante de tranquilidad para "presentarse de otro modo".

Ideas tontas y sin importancia hubiesen bastado, aunque hubiesen estado destinadas a convertirse en pensamientos de acción mecánica y a desaparecer diabólicamente maltratadas al cabo de poco tiempo. En cambio yo presentaba, sobre todo al comienzo, mis ideas más seguras, sobre las que me apoyo, y ellas se quebraban al instante, estallaban fuera de su eje y se volvían peor que ridículas, inimaginablemente rechazadas, destruidas y nulas. Pero a pesar de haber visto el mecanismo, me obstinaba en suministrar lo mejor de mí, lo más íntimo, lo más henri michaux, si puedo decirlo así (a pesar de los consejos que yo comenzaba a darme), así como un hombre, cuyo brazo es atrapado en el movimiento rotativo de una correa, haga lo que haga, es llevado irresistiblemente al centro peligroso que va a destruirlo totalmente en una nada.

Todo lo que usted presente a la esquizo-mescaliana será triturado. No se presente usted mismo, entonces. Y no le presente ninguna idea vital, pues es horrible lo que hace con ella.

Presente lo que tiene poca importancia, imágenes, pequeñas ideas corrientes.

Si no, usted resultará totalmente inhabitable, se verá con horror; su casa en medio del torrente será objeto de irrisión para usted mismo.

* * *

En la medida en que podía tragaba azúcar. Lo hacía en terrones y en pociones calientes a grandes cucharadas. Pero lo vomitaba. Y *eso* seguía invadiéndome.

Sin embargo, había que hacer algo. En medio de la devastación que me enloquecía, de las ondulaciones que enloquecían a las ideas que pasaban a la línea del "yo", pero no las del yo al prójimo (diferente del circuito social de la palabra), llamé por teléfono a A. y hablé con calma, con demasiada calma. "Dosis excesiva. Creo que me equivoqué. Es duro soportarlo. *Me haría*

falta un contraveneno". Mi calma resultó engañosa. Uno se dice que todo irá bien, que lo más grave ha pasado. ¡Pasado! Aún no había empezado.

veo la cabeza de un loco furioso

Esa calma tenía un origen diferente. Para poder leer, en el cuarto medio oscuro, el número de teléfono del médico, había encendido la luz. La lámpara que está junto al espejo me mostró una cabeza que nunca había visto, la cabeza de un loco furioso. Hubiera infundido miedo a un criminal. Lo hubiera obligado a retroceder. Fuera de mí, completamente extravertida, espantosamente fotogénica y resuelta (mientras que yo estoy de este lado), era una cabeza de energúmeno, aunque ni ella ni yo nos hubiéramos movido, ella era la máscara abotagada de quien ya no escucha a nadie, faz terrible de loco furioso, que es en realidad el enloquecido furioso. Cuando el animal se ve acosado, su cabeza se vuelve horrible. Sin embargo, mi voz (verificada inmediatamente después por quienes la oyeron) era grave, casi dulce, y no me notaba ni siquiera una sombra de cólera o de hostilidad. "El" debía haber matado ya, pensaba, pues no podía considerar que esa cabeza estuviera al borde del crimen, como la mía. "Debe ser una cuestión de minutos ahora, de decenas de minutos". Eso me infundía calma,* la calma grave de quien es responsable de un loco peligroso, pues eso cambiaba la situación. En medio de lo atroz, aún me podían atacar gravemente de otro modo. Un hombre es tan vasto.

Cuando las trepidaciones y las destrucciones internas se vuelven intolerables, el loco tiene que expresarlas en actos correspondientes, destruyendo, quebrando, quemando, hiriendo, matan-

* Cuando llamé por teléfono más tarde —S... estaba a mi lado—, de nuevo hablé con calma, como si temiera enloquecerme yo mismo al enloquecer al doctor, quiero decir el "yo" encargado de los conductos y de la organización y que yo sabía era el último que debía atacarse o perturbarse. Se necesitaban y era lo que felizmente se hacía solo, compatimientos estancos, era mi única tabla de salvación, en tanto que una o varias partes quedaban frías, fuera de circuito y casi ajenas.
S... sorprendido por mis palabras, me arrebató el teléfono y rectificó vivamente "no es urgente", pero era demasiado tarde, ya había colgado.

do o matándose; en una palabra, cuando comience "su obra" ¿voy a poder contenerlo... hasta que se lo lleven, o, cosa ridícula como un esfínter insuficiente, no voy a poder contenerlo? En tal caso, es ahora cuando debo reclamar la camisa de fuerza.

Este era el problema que tenía que resolver con calma y juicio en un momento de ruptura y de desintegración.

Cuánto hubiera deseado, en lo posible, no llamar la atención y no malgastar por un abandono prematuro, por una floja y prudente apelación, lo que me quedaba de independencia (!) y de vida. Traga, me decía, como incitación al coraje.

* * *

Sin embargo, había algo nuevo y algo malo. Lo que había estado separado ya no lo estaba. Dos compartimientos estancos acababan de inundarse. Actualmente necesitaba luchar con to-
impulsos das mis fuerzas contra los actos ridículos que afluían a mi cabeza; al ver mi rostro, había comprendido que iban a ocurrir, pero nunca lo hubiera adivinado. Con una rapidez, una rapidez insensata, aparecían, me sacudían para que yo ejecutara el acto propuesto, me sacudían, me sacudían como un jirón a impulsos del viento de un molino, luego desaparecían. Aparecían otros, pujando, pujando, todos normales, ávidos de realización, no de una clase sino de diez, no contra tal o cual ni contra mí sino contra cualquiera, sin preferencia, insaciables, y a quienes diez crímenes y otros tantos incendios no hubieran contentado; nada podía contentarlos. Desde su aparición yo no debía intentar luchar —no se trata de esto— sino reemplazarlos por un pensamiento inofensivo pero que a menudo, después de algunas trituraciones rápidas, se volvía a su vez peligroso, pues ¿qué hay en una palabra que no pueda transformarse en cuchillo? Y después ¿cómo no tomarlo, cómo detenerlo? ¿Hacer frente? Absurdo. Soy los pensamientos. Coinciden conmigo; yo más que consentirlos, soy inseparable de ellos desde su aparición. Todo llega en medio de la locura *porque no hay retroceso.* Una idea pasa con usted el sendero único. No hay panora-

ma. No hay diversión. No hay un tercero. No hay comparación. No hay detención (tan necesaria para el juicio).

El y usted, a toda velocidad. Fenómeno capital de la demencia que quizá sea la otra cara del fenómeno de la fascinación.

Conducta desarreglada, cadena de pensamientos y de actos pensados que van mecánica y automáticamente en sentido contrario del sentido habitual.

Los impulsos perversos no se habían apoderado de todo el movimiento. En efecto, de todos modos no dejaba de maltratarme terriblemente el movimiento vibratorio. Tenía numerosos efectos. La fuerza de sus zigzags era tal que habiéndole pedido a un amigo, M. S., que viniera y permaneciera en la habitación contigua, más clara, donde, mientras no lo necesitara, podría leer, cinco minutos después de su alejamiento no lograba saber si estaba allí, incluso si había venido, o si sólo yo había pensado en pedirle que viniera. Pues cinco minutos después de ausentarse, la amplia comprobación de que estaba presente había resultado tantas veces sacudida, quebrada y sobre todo interrumpida en mi conciencia que ya no me parecía verdadera ni falsa, ni pasado ni futuro, sino un picadillo del que no podía sacar un solo hecho definitivo. Nada podía ser *detenido.*

impermanencia

La certidumbre, sacudida como un objeto, contradicha tan pronto como dicha, luego de haber adoptado decenas de posiciones matizadas, variadas, variadas y pronto contradictorias (tales como: Hubiera podido venir si yo lo hubiera mandado llamar. Puedo intentar llamarlo. En efecto, ¿por qué no haberlo llamado? o bien ¿ya lo había despedido? ¿Por qué no ha querido quedarse? o bien ¿temo aburrirlo y le he dicho que me dejara? O bien no podía permanecer más tiempo, o bien no había tenido tiempo de venir y mañana será demasiado tarde, etc., etc...), la certidumbre, indefinidamente variada, se volvía prácticamente nula e inoperante.

Completamente al azar yo pronunciaba S... en alta voz para el caso que fuera posible que no se hallara lejos de mí, y en

efecto al oír su nombre aparecía con aire cohibido. Le decía tal o cual cosa para ocultar la humillante no la peligrosa verdad.

Volvía a partir dócil y apenas había partido, la renovada certidumbre, sometida a los mismos ataques, se desmoronaba, constantemente toboganante, dejaba de ser certidumbre, para convertirse en sujeto, tema, tema de infinitas construcciones-destrucciones, y se hacía nula.

Sin fijeza, no hay más certidumbres. La permanencia constituye la certidumbre. Certidumbre de un solo segundo no vale.

astucias de loco

Con S. . ., y más tarde con el médico, yo vigilaba mis palabras, o más bien, luego de haber proferido algunas que me parecía que no hubiera debido decir, capaces de despertar sospechas, preparaba otras, sea para apartarlo de la sospecha que las primeras hubieran podido infundirle, sea para sondearlo y tratar de saber qué pensaba realmente de mi estado extraordinario que no podía hallar ordinario, aunque aparentara estar en calma. La calma, la masa de calma, la calma, en gruesas tajadas de calma de las personas mentalmente sanas, es algo fantástico e increíble. Pestañeando mil veces, no es posible creer que estén verdaderamente inmóviles y sin ideas bullentes detrás de la cabeza. Se las vigila con el rabillo del ojo, como se vigila sus palabras, donde hay un mundo para captar y retener contra nosotros, si pusieran atención en ello. ¿Pero es que no ponen atención? Se hace de modo que ninguna frase revele exactamente su sentido sino otro, próximo, menos grave o de otro género, para despistar. (Pues presentarse como normal sería imposible y tonto). Incluso se pronuncian ciertas palabras ambivalentes, para que el testigo no sepa si uno está loco o es sólo un simulador que siente placer en burlarse de los demás.

Este comportamiento completamente nuevo en mí lo observaba con sorpresa mientras hablaba o más bien inmediatamente después de haber hablado. Me había vuelto tramposo.

significación de las ausencias

Hablar con el prójimo creaba problemas, mostraba estragos. Cuando más tarde llegó el médico, a quien pude explicarle ciertas cosas y

incesantes golpes de veinte mil por segundo mil mil mil

Es insoportable estar en lo superlativo de todo

Corran solos, ustedes

me juzgó salvado (¿decía la verdad?), mientras se tranquilizaba a mi respecto, yo advertía (al curarme) que me ausentaba completa y repetidamente de la conversación, llamado con imperio por el interior de otro modo grave que no podía abandonar. La terrible carrera que se efectuaba en mí me forzaba a cerrar el paréntesis en mis palabras explicativas, que, por otra parte me parecían frívolas y de esas que se dan a una mujer mundana que pide que la informen sobre la India con tres frases. Aunque él era muy inteligente, por no hallarnos en el mismo estado, no podíamos comprendernos con medias palabras. Debía resumir. Fabricar resúmenes para su uso. Alejarme de la compleja verdad. Esos puentes que tenía que construir me fatigaban. Los abandonaba antes del fin.

Cuando partió hablé con S. . .* Por lo tanto, me recuperaba, pero no siempre tenía confianza. Estaba invariablemente en primera línea y las noticias de una próxima paz no podían hacer frente a la realidad de los combates ** furiosos a los que me convocaban a cada minuto. Por otra parte, se puede sucumbir justo antes de un armisticio. Es cosa muy sabida.

Seguramente mal, y acaso con más candor que lograda astucia, mis palabras, aun en migajas, tendían a hacerle creer que yo había vuelto a ser casi normal, mientras que, justamente, comenzaba a ver una posibilidad de desgastes permanentes en mí; me preguntaba si también él los adivinaba, y hablando, sin farfullar mucho, creo, intentaba distraerlo, desviarlo de ellos. Es posible que en tal sentido el médico le hubiera pedido que me vigilara o que eventualmente avisara a un hospital psiquiá-

* Luego de una media hora de silencio, me dice. Debido quizá a la fatiga de las primeras palabras. Después abundantemente.

** No tanto combates. Regresar a mí era más bien volver a asistir a ese formidable, extraño y sorprendente concierto de ondas totalmente no acústicas que daba sin interrupción esa invisible orquesta.

trico, aunque no correspondiera al carácter de uno ni de otro ni se acomodara a su actitud lo que yo me decía. Pero si hubieran visto el remolino en el cual me debatía, hubiera sido normal y más normal aún que me hicieran internar en seguida.

Ausencias.
Tengo ausencias.
Tengo ausencia
por millares de
perlas grises en
mí sacudidas

Durante estos cambios, yo advertía de nuevo mis ausencias. Cuando mi mal era más fuerte, cuando albergaba el rayo, atendía únicamente a *eso,* a ese grave interior. Ahora volvía por momentos al exterior, al intercambio con el exterior. Más ausencias significaba al mismo tiempo más presencias.

El huracán
mescaliniano
(desde el comienzo
por otra parte)
parecía haberse
dirigido a los
puntos a los que
yo dirigía mi
atención.
Las imágenes
primero
—Las ideas—
el yo
y cuando se me
dispersa, él se
dispersa conmigo

Me repartía entre dentro y fuera. Lo que tomaba a uno iba al otro. Ninguno lo tenía todo ahora. Esos pasajes, esa lanzadera que yo manejaba, me daba una impresión desagradable de cosa ligera y poco interesante. No los recuerdo bien. Desviado por la conversación de la estela infernal que había en mi centro, el huracán, como siguiendo mi atención, se distribuía, se dispersaba, había tomado varios caminos, estaba tanto fuera como dentro (donde era menos maníaco, menos prodigioso) y tenía más de una relación con una tempestad que sin llegar al puente se anuncia por signos diversos: botellas que ruedan o los ruidos de una lona mal ajustada que cruje y parece soltarse a causa de las ráfagas de viento, cuya fuerza aumenta y al fin disminuye, mientras el navío cabecea penosamente.

El médico volvió por la noche y después de haber discutido largo tiempo con interés y amistad, me dejó sin otro examen y aparentemente tranquilizado. Yo dudaba aún, pero parecía tonto dudar.

* * *

Me acosté; la primera noche comenzaba, la primera noche distinta de las otras. Lo que había parecido calma, se reveló, al estar en la cama, una agitación ligerísima, como para preguntarse

si lo era en realidad, una agitación que me resultaba imposible reprimir. Y en mi centro, sólo allí, una sucia y pequeña turbación, una pequeña nada del todo perversa, pero que puede descarrilarlo todo, y que la espectacular violencia de esa jornada había velado de tormentas. Pero la exaltación mescaliniana había pasado. ¿Entonces?

Ahora había motivo para estar desesperado. Sin razón, seguía loco.

Trataba de tranquilizarme poniendo todo eso a cuenta de mi corazón probablemente agitado e intentaba tomarme el pulso. Era la una y media. Recomencé no sé cuántas veces. ¿Diez veces? ¿Quince veces? ¿Veinte veces?

Comenzaba a contar mis latidos. Cuando había contado cierto número no me acordé ya a partir de qué división del cuadrante de los minutos había empezado a contar, y volvía a empezar. Habían pasado algunos segundos cuando volví a preguntarme desde cuándo contaba, o también desde cuándo dejaba de contar, pues también eso me ocurría. Para ganar tiempo reiniciaba la cuenta a partir del décimoquinto segundo o del trigésimo, luego me olvidaba, me confundía, recomenzaba al décimo segundo y antes del trigésimo me interrogaba de nuevo, perdido en incertidumbres más numerosas que los segundos y los latidos de mi corazón que —más que verificarlo— yo decidía que no excedieran de cien por minutos o acaso noventa.

Montones de ideas locas; no, una *fila* de ideas locas, pues acu-
ideas locas dían una a una, se me presentaban, y yo me ponía a pensar, sin conocer aún la afirmación de Jaspers al respecto, "que el loco que tiene *una* locura, experimenta ya una especie de reposo". Se detuvo. Me hubiera costado detenerme. (Me hallaba en el estado de hormigueo, de la polivalencia. Podía hacer mil cosas insensatas, cortarme los dedos, quebrar las baldosas, quemar las sillas, las colgaduras, abrirme las venas con la navaja, romper los espejos.) Lo contrario * del acto normal

* La fascinación de la idea falsa entre los locos, la fascinación del acto que no hay que cometer, se establecía en virtud de las leyes que rigen la

se presentaba tentador. Todo objeto se vuelve capaz de todo cuando un pensamiento para dramatizar la vida llega a apoderarse de él. No me atrevía a dormir. No me atrevía a abandonarme. No me atrevía a apagar, pues entonces en la oscuridad mis pensamientos no tenían oposición.

Algunas visiones acudieron a mí hacia las tres de la mañana. Formas como agujas, como piernas de compás, muy próximas, de ángulo agudísimo y, si no me equivoco, de un movimiento mediano. Su color: violeta pálido. Las visiones iban a volver quizá. Dejando mi centro peligroso, iba a regresar tal vez a lo que se llama el córtex visual. Falsa esperanza. Fue necesario, sin distracción (!), seguir vigilándome.

Vanamente yo trataba de atraer mi cuerpo. Con seguridad hubiera sido preciso sensualizarlo. Pero se había convertido en un extraño. Nada le interesaba.

Para eludirlo trataba de leer pasajes de libros nuevos y de otros, de esos cuya acción sobre mí, en todo género —poético, épico, místico, sentimental, heroico, erótico, chino, indio, hebraico—, yo conocía. Nada, es como si hubiera tomado ladrillos y no libros. En vano intentaba hacerme un manguito. Hubiera necesitado sensaciones agradables o emociones. Verdadero y único escudo contra la locura, el blando escudo del *consentimiento.*

sentir, tener una impresión, es hacer una instalación. La mesc. prohíbe toda instalación

"Sueño, suplicaba, hoy, esta noche entre todas, sueño, ven, si puedes. Ven a apaciguar al extenuado que ha crujido a causa de todos los vientos. Sueño, ¿es que vas a poder hallar de nuevo tus llanuras en mí? Sueño, luego de este día horrible..." Y yo imploraba. Pero no acudió. Por otra parte, me mantenía en guardia contra él, a pesar de mis solicitaciones y mis melindres para halagarlo. Sin embargo, no había echado

---

expresión y la obra de arte en general. En los pensamientos y en los actos desviados que violan las sendas normales se encontraría por vía *de acuerdos* un oprimente malestar de espíritu, malestar del cual no ven la causa, contrarrestante, parasitante, que a cada instante crea una puerta falsa.

todo a perder hablándole algo ridículamente, pero de una manera que me resultaba, estoy seguro, necesaria. En efecto, mediante ese largo rodeo, mi ser se aflojaba. De pronto, el contacto de mi manta de viaje le pareció suave y cálido a la palma de mi mano, que envió la noticia a todo el cuerpo y éste se apaciguó un poco.

¿Salvado? ¿Yo estaba salvado? Quizá no era más que un comienzo. Pero qué maravilloso: mi cuerpo me resultaba agradable. Mi locura iba a terminar. El cuerpo recuperaba su equilibrio. Conocía todos los placeres, las sensaciones antagónicas.

Al fin volvió la mañana, el alba. Hubiera debido adormecerme. Las diversas señales que se manifestaban con el día naciente eran indicaciones de renaciente realidad. Tenían todavía poca densidad, pero un poquito que yo apreciaba como conocedor, como "agradecido".

Las señales mostraban que mi cuerpo, complaciéndose en sus sentidos, iba a recobrar voz. No me iban a derribar tan pronto.

"Las hojas caídas vuelven al árbol, lo ves"... me decía. Pues, al convertirme en un extraño, "ajeno a mí", podía hablarme como a otra persona.

* * *

Al día siguiente a la siesta

Para aumentar la mejoría decidí ir al campo, visitar a F... fiel amigo de decenas de años y de un tacto casi chino.

Llegada a la estación de Montparnasse sin obstáculos. Ahora, ideas de arrojarme bajo un tren que entra en la estación. El impulso no es muy fuerte. Subo sin dificultad en el último coche. Ligero dolor de cabeza. La sucesión de los reflejos: tomar el autobús, bajarme de él, el ticket aquí, los billetes allá, las secciones, buscar los andenes; todo esto me causa una fatiga desacostumbrada.

Lengua seca. (Ayer también mi hígado tuvo que luchar con mi cabeza). Se me ocurre que es como una rabia. No hay locura

en esta observación. Pero en seguida el mecanismo de dramatización se desencadena. ¿Y si fuera la rabia? Pero no, absurdo, porque es claro que se debe a toda esa mescalina que ayer tragué. Quizá, pero ¿si me hubiera mordido un perro hace tres semanas? Absurdo, no me mordió ningún perro. ¿Pero esta herida en la mano? Pero no, un arañazo superficial. Superficial ahora, ¿pero antes? ¿Y si muerdo a la gente? ¿Y si no puedo contenerme desde ahora?... ¡Eso es! Imposible tener una certidumbre, pues el razonamiento trabaja sin descanso, infinitamente variado. ¿El miedo se oculta debajo? Miedo que se pega a esta rabia que no es posible, que sería en absoluto inverosímil, según debo probarlo sin cesar e inútilmente; miedo que no me deja respirar. Pero no es sólo miedo, pues me impulsa, sin que me dé cuenta, a morder desde ahora a personas de quienes me burlo para aliviarme de una rabia que acaso no tengo.

perversión: cambio de dirección

Mecanismo de perversidad, es decir de rebelión *a priori* contra la paz, contra la calma, contra la aceptación del *orden* habitual, contra el reflejo.

Activa perversión que automáticamente rechaza lo verdadero. Un ínfimo resto de marejada atropella, agita, suscita los accesos antagónicos.

La velada me hizo bien. Regresé apaciguado... en apariencia.

* * *

Cuatro noches más tarde el efecto de daño en la falsa pesadilla

Habían pasado algunos días.

Podía creerme curado. Entraba en la cuarta noche. Entraba, sin saberlo, en el horror, en su intimidad. Mientras dormía, descendí y en el sueño llegué a un descanso. Seguí descendiendo, luego más y más, al nivel probable de un segundo subterráneo, luego de un tercero, luego más abajo aún, más abajo, a la profundidad de un octavo, de un noveno subterráneo, más abajo, más abajo. Empujé la puerta de una celda. Se cerró. La llave

cayó por una hendidura del enlosado en un abismo. Estaba perdido. Ya que el miedo figuraba en el origen de esa acción dramática, podría creerse que el programa se había realizado. Pero esto equivale a no conocer su insaciable movimiento. Ocurrió que, sucesivamente, me retenían en una habitación; estaba encerrado entre las planchas impermeables de una cabina perdida en un transatlántico; la llave caída se convirtió en llave tragada, luego en llave que un enemigo (?) recogió, se metió en el bolsillo y perdió después; a continuación vinieron a buscarme para conducirme a una pieza en el piso inferior, un nuevo individuo hizo crujir otra puerta detrás de mí, en una cabina más subterránea, luego en otra, luego también en un calabozo, etc... cuando me desperté. No, no sudaba. Reflexionaba.

Era difícil no sentir terror: a pesar de la luz de dos lámparas eléctricas, seguía sintiéndome encerrado. Los episodios a veces contradictorios que a menudo había vivido hubieran podido anularse unos a otros, por la famosa necesidad de la elección obligatoria. Pero no era así. Las cosas estaban muy sabiamente hechas, pues al olvidar todos los detalles —algunos de los cuales, pacientemente, he intentado evocar aquí (celdas, cabinas, piezas, calabozos, etc.)— sólo había conservado su línea, sin poder justamente aferrarme a una imagen fija que, al despertar, hubiese negado con facilidad. Sólo *sabía* que estaba *encerrado.*

Me encierran

¡encerrado!

Ese saber era lo que ningún episodio había refutado y lo que todos ellos habían afianzado. Ese miedo se había *intimizado.* Y en lo íntimo había perdido los frenos. Me agarraba y me invadía cuando luchaba para oponerle los obstáculos de la lógica y me invadía cada vez más rápido. Ni el miedo ni yo nos apaciguábamos, ése era el drama. A mis esfuerzos por demostrar que todo eso no podía ser verdad —puesto que me hallaba aquí, en mi habitación, que reconocía con sus objetos familiares—, el miedo respondía fabricando episodios nuevos, episodios insensatos, contradictorios, pero tan rápidos que no disponía más que de un instante para evitarlos; ya el siguiente me acosaba y había

que responderle victoriosamente, de suerte que con la llave veinte veces perdida, y a pesar de innegables pruebas, mi habitación misma y mis libros se perdían a su vez, se irrealizaban, e incluso cuando los volvía a ver ya no podían *imponérseme* y emerger (como tampoco yo) del abismo de las inmersiones y los entierros sucesivos.

Una vez que esa proclividad al mal entra en una relación de infinitud, usted está perdido. Pues fascina. ¿Quién duda de un sonido que repercute indefinidamente? Nadie. Una especie de admiración paralizante responde a esa multiplicidad.

Yo me había dicho en determinado momento, al reconocerla —y también para convertir a ese descubrimiento en un apoyo, en un quiebra-misterio—, había pensado que, en suma, todo eso provenía del miedo a que me internaran. Esa idea de la cual se hubiera podido esperar más no ofreció mucha resistencia, y para terminar sirvió para que me sintiera más encerrado, pues una idea-sentimiento tan fuerte, la de estar encerrado, contraatacada por ideas que devora, asimila o niega, se convierte después en certidumbre de cuarto grado y cada vez más hasta ser una certidumbre vecina a lo absoluto, sobre el cual es vano discutir; el resto es lo que se ha vuelto definitivamente inseguro.

Algunas decenas de minutos bastan en este juego vertiginoso. *Usted está encerrado,* se ha hecho enteramente abstracto.

La prisión donde usted está encerrado, ahora, es la esencia de la prisión. Ya no es una pesadilla, todo el terror se ha intimizado. Piedras, puertas, llaves resultan superfluas.

Por esencial, su prisión se ha hecho invulnerable. Ya no puede salir de ella.

* * *

¿Quién puede soportar la esenciación? La tendencia a la esencia es un placer de vértigo, un secreto frenesí.

El loco tiende a la esencia, siente la fascinación de la esencia y es peligroso buscarla. Cuando la masa de los hechos experi-

mentales era pequeña, en la época en que gustaba buscar la esencia, se llegaba natural y casi únicamente a buscar la esencia de Dios.

Incluso la esencia de Dios es peligroso indagar. La religión es el infierno de los escrupulosos. A ese ser infinito, que no llegan a concebir y que los moviliza incesantemente en dirección de infinito y los arroja en las tendencias infinitizantes, responden con la conciencia de su falta infinita, de sus pecados. Viven infinitamente en falta. El escrupuloso irá quinientas veces a confesar de nuevo un pecado antiguo e ínfimo, por el cual se le ha acordado ya cuatrocientas noventa y nueve veces una absolución, pero que sin embargo la sobrepasa, pues nada puede circunscribirse, nada puede preservarse de prolongaciones sin fin, ni exceptuarse de infinito.

Hay que haber visto en la India a quienes tienen el terror de la mancha —aquellos a quienes ni ritos, ni separación de castas, ni ascetismo han podido mitigar el miedo demencial a la mancha— para comprender el infernal motor que puede ser la idea de la purificación total. Y no es el único tonel de las Danaides que deben llenar sin descanso. Los grandes libros religiosos de la India contienen todos los terrores sobre la esencia.

Hay un temperamento que quiere adorar a Dios pero no puede y al que Dios enloquece. ¡Cuántos hombres se han hecho ateos * (teófobos sobre todo) para reconquistar la paz del espíritu!

* * *

Luego de esas horas llenas de pensamientos perversos tan a punto de convertirse en actos que era un suplicio contenerme, ninguna cólera se manifestaba en mí, ni siquiera en vagas sombras o en presencia de cosas que hubieran sido normalmente irritantes.

* Acaso exista el miedo loco de los microbios, del contagio y de las suciedades, pero cuánto más tolerable y moderado...

Cuando acudían a mi espíritu actos imperiosos tales como, caminando por los muelles del Sena, empujar al agua a un hombre que veía vagar por sus orillas, había notado que carecían de agresividad y de antipatía. Un rostro desagradable más bien me hubiera detenido. Pero ante un hombre de espaldas, efectivamente neutro para mí, la tentación de arrojarlo al agua era mayor, al punto que había preferido evitar el Sena durante algunos días. El acto que iba a realizar, totalmente ajeno a todo sentimiento rencoroso, se presentaba no tanto como gratuito sino como reflejo, como ocurre cuando se patea con el pie una pelota que se encuentra en la calle, un *reflejo devuelto*. Esta completa indiferencia afectiva era su característica y la que me impresionaba tanto por ser yo un hombre de simpatías y de antipatías.

cólera demencial

Pero algún tiempo después, luego de un llamado telefónico de V..., que estaba en desacuerdo conmigo y cuyo modo machacón y obstinado me irritaba hacía tiempo, a pesar de sus intenciones amistosas, me dio un ataque de furor, un furor, un furor que no sabía dónde arrojarlo para librarme de él, un furor demente, un furor totalmente nuevo.

Mis gritos —completamente desacostumbrados— eran poca cosa, sin embargo, comparados con los ataques continuos y frenéticos que la cólera efectuaba en mí hasta perderse de vista a una velocidad inaudita.

El motivo no era especialmente su tesis y sus juicios ridículos; contra eso mi cólera hubiera sido insensata, desproporcionada. Apuntaba a su persona, y más que a su persona a su quintaesencia, en lo que tenía de más opuesto a la mía; no hubiera querido maltratarla sino anularla, abolirla definitivamente, esencia de esencia contra la cual nunca me mostraría suficientemente colérico, opositor, antagonista. Yo buscaba la esencia de nuestra fundamental oposición para hacer con ella algo definitivamente irreductible. Torbellinos de cólera mortal se agitaban en mí. Pero no me había puesto encarnado. No me hubiera bastado con abofetearlo, con derribarlo. Si lo hubiera

la ausencia de límites a nuestra oposición me exaltaba

encontrado en la calle, dudo de que lo hubiera reconocido como objeto de mi furor. Yo estaba mucho más allá y prodigiosamente sublevado.

Fanatismo nuevo

Durante toda la jornada tuve que esforzarme para distraerme del intolerable pensamiento de nuestra coexistencia en la tierra.

* * *

Era la noche de una jornada fatigosa. El viaje de madrugada, después la marcha sobre guijarros y el cambio de aire, me habían agotado.

Antes de bajar a comer, en el momento de ponerme el saco, eché una ojeada al espejo. (No, no es aún el "signo del espejo". Pero lo cierto es que el estado anormal me había enseñado la utilidad de las observaciones de lo exterior). Mi rostro era el de un hombre acosado. Vaya, otra expresión que jamás me había visto. Pero quizá era la sombra de la gran secoya que atravesaba la ventana la que deformaba mis rasgos.

Comí pronto solo. El hotel desierto tiene un parque, me dirigí a él. ¡Qué calma! Me rodeaban grandes árboles hermosos que la creciente disminución de luz ennegrecía progresivamente.

cómo sin tener un delirio de persecución, iba en camino de tenerlo, el comienzo que abortó falto de alimentos

¡De repente, me perseguían! ¿Por qué? ¿Y quién? Si me iba quizá pasaría. Pero me quedé. Había que saber. No se movía ni una hoja. La brisa marina había dejado de soplar al caer la noche. Tan súbitamente como a menudo comienza.

Era como si esa calma se hubiera establecido "contra" mí. Inmovilidad en la sombra como un revólver apuntándome. Sin embargo no pensaba en ningún revólver en ese momento. La súbita inmovilización, fuera de su contexto, si puedo decirlo así, había debido sentirse como una categoría en el espíritu. *Inmovilidad súbita = amenaza,* y ahora la amenaza se sentía, esencial, sin averiguar qué la constituía ni

de dónde podía provenir. La apariencia severa de los árboles que me rodeaban bastaba (como un telón de fondo) para mantenerla. ¿Lo que me circundaba suscitaba en mi preconsciente la impresión de la temida internación; y el crepúsculo suscitaba acaso el estado en que me hallaba (!), el estado crepuscular, necesitado también él de internación? ¿Quién sabe? Mi sentimiento-noción era *Inmovilidad más sombra = amenaza,* sentimiento que han conocido muchísimos niños e incluso no pocos *gangsters.* Los niños suelen sentir entonces "terrores nocturnos". Terrores enloquecedores, metafísicos, de los que nada pueden decir, y en los que nada imaginan, a pesar de los esfuerzos irritantes de los adultos para forzarlos a "sacar" lo que los ha espantado o lo que los espanta. Miedo del peligro. Miedo justamente que no puede canalizarse en ningún objeto. Lo real siempre está por debajo de la esencia. Todos los niños lo saben. Si yo me analizaba bien, sentía que lo que me retenía allí, en la fosa de ese sentimiento de persecución (¿por quién, por qué?), era la fascinación de estar amenazado, cosa que no deja de provocar cierto gusto, cierta aquiescencia para con el terrible sentimiento.

Por mi parte, siempre me había mantenido cerrado a esta concepción de la persecución. ¡Qué falta de orgullo —había pensado siempre, a pesar del ejemplo de grandes escritores, locos perseguidos— reconocer a los demás como enemigos y enemigos tenaces! Esta vez creía comprender. Lo que contaba no era la puesta en escena de los perseguidos. Habían comenzado por sentir la amenaza, por sentirse amenazados. Después habían encontrado amenazadores (quienes, por otra parte, no efectuaban muy bien su trabajo).

Había terminado la impresión, proveniente de las grandes presencias que me rodeaban. De manera anormal me había abandonado a ella. En lugar de observarla como indicación o comparación, había sufrido esa impresión como algo hipnotizante. Había sucumbido a la indicación dramatizante del parque. Era el sentimiento en estado puro. No, era el sentimiento tomado

como remolino. En él me zambullía. De nuevo me encontraba perdido, pues ya no veía cómo salir de él. Estaba hipnotizado por la persecución, pero sin ocuparme del todo por ver quién me perseguía. Soy demasiado perezoso.

Pero de todos modos la cosa iba demasiado lejos. Había que actuar. Era hora. Dejé el parque, me dediqué a caminar a grandes trancos, haciendo ruido y hacia el lado del mar.

Quizá yo había aplicado un mecanismo conocido a un punto desconocido. Incluso había alguna coquetería en esta persecución que tanto me había intrigado y cuya aparición no podía dejar pasar sin tratar de darme cuenta. De todos modos ese remolino * en que me deslizo cuando estoy fatigado ¿va a volver siempre?

* La expresión de mi rostro en el espejo, que ha podido influir sobre mí, era, por otra parte, más la de un hombre que siente el remolino, que la del enemigo.

Sobre la probable importancia de las interrupciones

A CAUSA de la interrupción de los pensamientos, ciertos enfermos mentales creen que les roban sus ideas (conclusión muy natural), que están hechizados, que los persiguen, que se ha hallado un medio de influir sobre ellos, fenómeno del cual miles y miles de locos de las más diferentes categorías psiquiátricas se han quejado siempre.

Por la interrupción de la atención no pueden saber con seguridad si alguien entró o no en su habitación y tienen la impresión visual de una súbita presencia que penetra en ellos como en un molino, hechos que igualmente provocan las quejas de un número incalculable de enfermos.

Es natural que teman que algo desagradable ha pasado en su ausencia, que hayan sido objeto de robo o maltrato.

Debido a la interrupción del dominio consciente del cuerpo, el paranoico dice que su cuerpo ha sido utilizado con fines extraños, que ha sido utilizado por otros, para otros, que lo han violado.

Por la interrupción en la observación los atrasados nunca pueden seguir, por ejemplo, la geometría, cuyas figuras no son suficientemente permanentes para la demostración que exige una imagen invariable.

A causa de la interrupción de la fuerza de la voluntad se piensa: "Me dominan. Van a dominarme". La sola presencia ajena los afecta, es ya una persecución. Lo restante va a ocurrir a continuación.

Las interrupciones de la voluntad suscitan el sentimiento de debilidad. Antes de razonar sobre las consecuencias de esta debilidad, tienen de ella un sentimiento directo. En sí mismos ya carecen de fuerza. Dominan de modo insuficiente su cuerpo, su ser. Los atraviesan. Los atacan. Una simple mirada los penetra peligrosamente. No pueden desviarla. La primera violación ha comenzado.

Se necesita mucha, mucha fuerza para protegerse. Cuando un rey ha perdido su trono, sus enemigos se vuelven innumerables. Los niños arrojan piedras al tímido y los perros, oliendo una falta, le muerden las piernas.

Del envenenamiento provocado por la mescalina uno se salva debido a su escasa duración. Si el estado segundo durara más, el mescalinizado conocería los males permanentes de la interrupción de conciencia y muchos otros; pero no tienen tiempo de atarse y de atarlo.

Sobre los ritmos como antídoto

Semanas después de una dosis ordinaria de mescalina, si me pongo a dibujar, sigo trazando incesantemente rasgos paralelos, muy rápidos, muy numerosos, casi maníacos. Nerviosidad repetitiva, como yo la llamaba.

Pero la noche de la absorción de las seis ampollas, la noche siguiente a ese ataque demasiado grave para permitirme manejar una pluma (y ella hubiera resultado demasiado débil para corresponderme y liberarme), no sabía a qué aferrarme para zafarme de lo que fatigaba mi cabeza, que sufría quizá la misma repetición inútil que otros días manifestaba mi pluma.

Lo que me hizo mejor, más que recobrar la sensibilidad de mi cuerpo, en lo cual casi había fracasado, fue marcar un ritmo con la mano sobre la pared de madera junto a mi cama.

Su ritmo lento, inesperado, realmente casi me había como levantado de mi cama de miseria, de mi suplicio de ebrio. Algunos minutos después recogía, inesperadamente, descansado, el

beneficio de esta buena iniciativa. Pero el esfuerzo en mi ser fatigado había sido grande y no volví a empezar en seguida, esperando que, bien reorientado, se realizara por sí solo.

La noche siguiente, temiendo el retorno de ese miedo metafísico de la víspera, y aunque me costara todavía un rudo esfuerzo (esfuerzo de arrancarme de mi estado), me puse a marcar algunos ritmos. El bien que experimenté fue inmediato.

Gracias a él, a mi vez, contuve las infinitamente pequeñas oscilaciones que sacudían mis pensamientos y atiborraban mi cabeza.

Ahora encontraba y comprendía mejor ese pensamiento chino que otras veces me había sorprendido tanto: *"El objeto de la música es moderar"*... pero no me acordaba bien. El pensamiento de Yo-Ki dice: "El objeto de la música es moderar la alegría". ¡La alegría! ¡Sería entonces tan inmensa! Por cierto que en este caso no lo era; había que moderar todo el ser que se había vuelto excesivo a causa de las horas atroces. La música lo lograba pronto, con sorprendente facilidad. En pocos instantes reunió al hombre reducido a piezas, desparramadas en todas las rutas de sí mismo, y alcanzó la quietud con los sonidos ordenados.

Mediante el dibujo yo había podido acompañar mi estado de fatiga, pero nunca había podido librarme de él. El dibujo no actúa sobre la respiración.

La montaña como antidroga

Luego de la música (buscando un ritmo mío propio, sin escuchar el de otro), lo único que me llevó en sentido contrario de la mescalina fue la altitud. No muy alto, a 1.150 metros en la garganta de la S., donde pasé algunos días. Había transcurrido un mes desde la última vez, pero su efecto persistía. La primera noche en el aire nuevo me sentía "sustraído" a ella. Al tercer día ya no la concebía.

La montaña, es verdad, ¿cómo no había ido antes?

Como en otro tiempo (pero la sentía mejor, con una atención nueva) veía volver la calma a la vez que la exaltante elevación sin objeto, señalada por una respiración amplia, segura y lenta como un buen mayordomo. Sentía en mi fuerza recuperada el impulso hacia un gran bien, hacia una gran mejoría, hacia una inefable mejoría, una mejoría que sólo un gran ideal podría satisfacer. Por otra parte, a la larga, eso podría resultar molesto.

Es en las montañas donde hay más apariciones de ángeles y de santos y donde Dios habla a los suyos. Incluso en la celda cerrada de un monasterio y en una habitación de hotel, uno siente tonificada la "virtud", se siente despervertido. Descastigado. Robusto. Ha actuado el reforzador natural de lo positivo y del esfuerzo. ¿Qué efecto hubiera tenido una droga en la montaña?

Sus particularidades, que aprecio, las encontraba adecuadas a mi resistencia al enervamiento mescaliniano. La montaña rechaza al febril, excluye al obeso. Rechaza la adulación, el compromiso, la blandura, el sentimentalismo bobo y uniforme de las capitales, y las capitales están siempre en la llanura. No aprecia el desorden. Resiste a lo que en él se envilece. Está contra los placeres obtenidos sin dolor y como robados, sin el pago del esfuerzo. Verdadera antidroga. Me convenía... Anti-complaciente, anti-abatimiento. La montaña suscita una especie de coraje elemental. Es rectificación. Es imposible estar en la montaña sin cierto esfuerzo. Forma no al hombre de las tripas sino al hombre de la pareja "pulmón-corazón", al hombre del coraje y del ímpetu (y del idealismo). Es una invitación a la acción, a la acción victoriosa. Caminar, cosa que, por otra parte, casi equivale a perder el tiempo, es noble aquí, es como una conquista. Corrige inmediatamente toda tendencia al abandono. Sigue el sentido contrario. Ordena trepar, elevarse. Es casi una fatalidad.

El cuerpo sin desechos deja de ser oscuro y tortuoso pesado y blando

Es una invitación a convertirse en buen piloto de sí mismo.

Observaba sus primeros efectos en mí y gozaba de todos los oxigenantes obstáculos que la virilizante montaña ponía a los

residuos mescalinianos que retoñaban en mí; sólo veía sus huellas sin comprenderlas y con mayor frecuencia precisamente cuando acababan de desaparecer, pues me lo advertían un redoblamiento de solidez y un nuevo refuerzo que tanto necesitaba y que, sin saberlo, había deseado tanto.

La imagen privilegiada. Observación de Be. S.

Observado en la visión a oscuras:

a) Fugaces abalorios en cantidad como para sentir vergüenza de descubrírselos en reserva.

b) Una imagen privilegiada cuyo interés es diversamente grande.

En el campo negro aparecen primero playas luminosas en las cuales se dibujan estrías infinitamente juntas, idénticas a las que todos los días me anuncian la llegada del sueño. Al animarse el campo progresivamente, las estrías se convierten en líneas de curvatura de superficies inmateriales, que son las únicas en revelar. Esas superficies se hacen cada vez más claras y alcanzan la perfección de modelos matemáticos. (Por ejemplo, las figuras asintóticas son de una agudeza extraordinaria). Su número * y la complicación de su figuración aumentan. Los signos de curvatura parecen recorridos por una perpetua circulación. De ahí el establecimiento de un sistema remolineante en evolución perpetua, pues ciertas superficies se manifiestan en capas, reaparecen de perfil y se convierten en el límite de un nuevo remolino, todo en la más serena regularidad. Cuando la imagen corre el riesgo de ser demasiado complicada para percibir, una ligera irisación, de una casi imperceptible coloración, distingue un remolino de otro, o bien aparece un punto inmaterial como una especie de convención que "marca" una línea de curvatura y permite seguir el entrelazamiento de las figuras.

* Acaso haya transición de *a* a *b* por intermedio de rosetones que se animan progresivamente.

Hacia el final de la intoxicación, el movimiento de circulación era más débil y las configuraciones menos ricas.

La permanencia * y la reaparición persistente de ese sistema (en evolución) se oponen radicalmente a la fragilidad de las demás imágenes que llegan y desaparecen.

Es la visualización de un ritmo **: cuando me familiaricé con el fenómeno y en su base misma, me pareció que la visión no era sino una manera de hacer tangible una evolución rítmica, así como el puntito convencional servía para distinguir mejor los remolinos. Toda la visión no era más que una metáfora visual.

Tenía la impresión (sin darle crédito, pues por otra parte, la experiencia era monótona a la larga y al fin y al cabo fastidiosa) de un espacio en cierto modo primordial, del cual el espacio objetivo e incluso el de las demás visiones no hubieran sido sino un epifenómeno.

La neutralidad afectiva, indiferencia casi, con la cual seguía el desarrollo del fenómeno hacía pensar en una especie de estado pre-personal, un estado de "ante existencia" infinitamente arcaico.

Conservar el dominio de la velocidad mental

A juzgar por mi experiencia con la mescalina y por lo que aprendí en otras fuentes, todas las drogas son modificadoras —habitualmente aceleradoras— de la velocidad mental (imágenes, pensamientos, impulsos).

La salud del espíritu consistiría, al contrario, en conservar el dominio de la velocidad mental, de la velocidad de esas imágenes, de esos pensamientos e impulsos.

---

* Una vez seguí el fenómeno cerca de veinte minutos.

** Si se me permite comentar esas notas de Be. S., creo que, lo mismo que la Mesc. hace con las imágenes con o sobre sentimientos que no se conocen y que *ella* revela, sobre ideas desconocidas y que se detectan más tarde, así hace ella con las imágenes sobre música que no se conoce y sobre ritmos que no se oyen. El que es incapaz de un sueño musical (o de una composición rítmica) no puede conocer el verdadero sueño de imágenes de la mescalina.

Si no se aplican continuamente frenos o "limitadores", como se diría en cibernética respecto de los circuitos retroactivos, el pensamiento no tarda en circular con demasiada velocidad, como ocurre en el sueño cuando no está sometido a control. Hay que preservar su velocidad.

Parece que de todos los animales el hombre es el que controla mayor número de barreras y pasajes libres, de "sí" y de "no", de permisos y prohibiciones. Mamífero con frenos. El animal que soporta el tablero de comando más complicado.

Las cadenas de reflejos, no tan reflejos sin embargo, solucionan muchas cosas pero no todas. ¿Qué es lo que más fatiga en la vida y lo que conduce con mayor seguridad a la locura? Permanecer despierto. Permanecer frente a su tablero de comando.

No basta el sueño de todas las noches para reponerse de las continuas, de las infinitas operaciones de control y para absorber (o neutralizar) la multitud de impresiones, de puntos de vista, de respuesta a los excitantes, de comienzos de pensamientos, con los cuales no se sabe qué hacer y que los sueños, por algún tiempo todavía, van a agitar y fijar como sea.

Todo lo que dura es insostenible para el que vigila. Tiene que despedirse. Tiene que descansar, si no cae en la enfermedad el que controla, o sea la locura. Pues no va a dejarlo todo simplemente. Va a agitarse, a realizar escapadas, a hablar sin descanso, a escribir incluso, a delirar, a oír voces, a proyectar, a emprender multitud de cosas, a imaginar otras, como si algo en la mente no exigiera sino funcionar mucho, mucho más rápido que de costumbre, mucho más rápido que lo que es su velocidad "libre", la de las pesadillas (que equivale aproximadamente a cincuenta veces la velocidad normal), la que surge en pocos segundos en el espíritu de los que se ahogan, la que se manifiesta, creadora de delirios, en muchas agonías; la de las emociones muy grandes e incluso la de la alegría súbita, que más de una vez ha enloquecido en un instante y de modo espectacular a personas que no habían podido "contrariarla" a ella y a su cortejo de pensamientos demasiado maravillosos.

Ciertos sentimientos —en ese caso justamente considerados malos— quizá fabrican además algunos venenos nerviosos capaces de deteriorar los controles, como el del diencéfalo, gran regulador y amo del sueño, u otros más, y desencadenan por eso, debido a la falta de resistencia de los controles, una nueva aceleración de ideas mayor que la primera, y anulan toda moderación, todo dominio.

No dejar arrastrarse, conservar el dominio de la velocidad, sería, por metafísicas o chatas que sean las ocupaciones de los hombres, su preocupación subyacente, su constante y secreta atención.

Bajo el hombre que piensa y a mucha mayor profundidad, está el hombre que maneja, y que sabe manejarse.

POSTFACIO

ESTE LIBRO sigue el orden cronológico. Lo que aprendo, lo aprendo poco a poco, como un principiante. Así hará el lector. Sin embargo, sin una primera y parcial síntesis, acaso no hubiera sabido de qué se trataba. De ahí el Prefacio.

La experiencia del cáñamo se efectúa después, y más tarde la cuarta experiencia con la mescalina, que será decisiva. Así como para mí fue una sorpresa, debe serlo para quien me lee. Por eso no completé el Prefacio con lo que todos podrán saber en la última parte.

No pretendo jactarme tampoco de una esquizofrenia experimental perfecta. Veo cómo se la podría completar.

La notable experiencia que realizó consigo el Dr. Morselli (*Journal de psychologie normale et pathologique,* 1936), a quien, luego de tomar 0,75 gr. de mescalina, lo acometieron impulsos tan perversos que tuvo que refugiarse en la clínica; y varias observaciones sobre enfermos o estudiantes —entre ellas las de los doctores Delay y Gérard— muestran que la locura mescaliniana no se integra mucho. Enfermos en vías de restablecimiento, luego de una muy corta interrupción, debida al choque, vuelven a encontrar el camino de la curación. No ocurrirá lo mismo si inmediatamente después o antes padecieran una grave y personal prueba *psíquica.*

Una palabra más. Los aficionados a la perspectiva única podrían tener la tentación de juzgar en adelante el conjunto de mis escritos como la obra de un drogado. Lo lamento. Pertenezco más bien al tipo de bebedor de agua. Nunca alcohol. Nada de

excitantes, y desde hace años nada de café, ni tabaco ni té. De vez en cuando, vino, pero poco. Desde siempre y de cuanto se toma, poco. Tomar y abstenerse. Sobre todo abstenerse. La fatiga es mi droga, si interesa saberlo.

Me olvidaba. Hace veinticinco años, o más, tuve que tomar siete u ocho veces éter, una vez láudano y dos veces el horrible alcohol.

Vibraciones y formas elementales que integran la mayor parte de las apariciones e impulsan a ver una pululación de puntas, astas, torrecillas y columnitas microscópicas, *así como formas esbeltas, finas, flexibles, indefinidamente repetidas, y pequeñas formas convulsivas con desplazamientos iguales de adelante para atrás y de atrás para adelante.*

INDICE

Prefacio 11

II. *Con la Mescalina* 15

III. *Caracteres de la Mescalina* 41

IV. *El Cáñamo Indio* 61

V. *Esquizofrenia Experimental* 77

Reflexiones 103

Postfacio 111

ESTE LIBRO SE TERMINO DE IMPRIMIR EL DIA 11 DE ENERO DEL AÑO MIL NOVECIENTOS SETENTA Y UNO, EN LAS PRENSAS VENEZOLANAS DE EDITORIAL ARTE, EN LA CIUDAD DE CARACAS

Henri Michaux / Miserable Milagro

"Exploración" de la mescalina, *Miserable Milagro* se presenta como una relación de tres experiencias sucesivas obtenidas por la utilización de ese estupefaciente extraído del peyotl, cuyos efectos se comparan, por cierto, con los del haschisch: al contrario de éste, la mescalina es ante todo una aceleradora de la velocidad mental, ofrece movimientos al igual que imágenes y arrastra la conciencia dentro de un "mecanismo de infinidad". En una última parte del libro, Michaux revela lo que sucedió la cuarta vez: habiendo tomado, por error, una dosis demasiado fuerte, él sufrió a pesar suyo la experiencia de la locura. Al final, en una nota, el autor resume la enseñanza de dicha experiencia: lo esencial para el hombre es ser capaz de "manejarse". A la vez *tratado* y texto poético, *Miserable Milagro* está ilustrado por una serie de láminas que reproducen páginas "escritas en plena perturbación interior" y dibujos ejecutados bajo la influencia de la droga.

"*Miserable Milagro* —explica Gaëtan Picon—: pues no hay recursos sino en el artificio, el sueño, los estupefacientes de toda índole. Milagro, sin embargo, por esa heroica decisión de combatir el mundo, de escapársele"... "En este diálogo entre el veneno y el genio —ha escrito a su vez André Rousseaux—, no es el veneno lo que más cuenta, por viva que sea la impresión que nos produzca. O más bien, ese interés que suscita en nosotros depende de todo lo que nos revela o nos deja entrever con respecto al misterio del hombre, cuando un hombre de cualidad alta y sutil se convierte en mensajero de nuestra especie en el umbral de estas tinieblas luminosas".

Nacido en Namur, Bélgica, en 1899, Henri Michaux es un nombre clave de la poesía en este siglo. Muy numerosa y diversa, su obra comprende títulos tan importantes como *Qui je fus* (1927), *Ecuador* (1929), *Mes propriétés* (1929), *Un certain Plume* (1930), *Un barbare en Asie* (1933), *Voyage en Grande Carabagne* (1936), *Au pays de la magie* (1941), *Exorcismes* (1943), *L' Espace du dedans* (1944), *Ici Poddema* (1946), *La vie dans les plis* (1949), *Face aux verrous* (1954) y *L' Infini turbulent* (1957). Situada bajo el doble signo de la fidelidad y de la aventura, no dejando de renovarse y creciendo al azar, la obra de Michaux presenta, sin embargo, al ser considerada en conjunto, la constancia de un proyecto que se realiza. A través de sus metamorfosis y experiencias, en sus largos viajes espirituales, en la droga y el ascetismo, en dibujos y poemas, en ensayos y fábulas, se trata de la misma búsqueda, de la misma pregunta ansiosa o maliciosamente formulada a sí mismo y al mundo. Relatos, descripciones, retratos, imágenes, relaciones de viajes, notas de zoología o de botánica, todo en ella sirve para reflejar los modos reales o posibles del ser.